

¡Proletarios de todos los países, uníos!

ARCHIVO

La INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL
Organo del C. E. de la
Internacional Comunista

En este número.

La crisis de la Segunda Internacional

Núm. 8

Agosto 1939

MINISTERIO DE CULTURA

MINISTERIO DE CULTURA



¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(Organo del C. E. de la I. C.)

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

ERRATA IMPORTANTE

En el núm. 7 de «La Internacional Comunista», correspondiente a julio, se ha deslizado una errata importante. En la página 60, línea 15, donde dice *al servicio de los artesanos*, debe decir *al servicio de los fines imperialistas por medio de «planes» ejecutados en primer término y fundamentalmente a costa de los obreros y empleados, de los artesanos,*

EDICIONES EUROPA-AMERICA
Sección española del BUREAU D'EDITIONS
París-México-Nueva York

SUMARIO

EDITORIAL

- Algo acerca de la crisis de la Internacional Obrera Socialista..... 3

LOS PROBLEMAS DEL DIA

- El fascismo expulsa a 225.000 campesinos..... 15
Respuesta a Thomas Mann..... 17
El «Protectorado» de los bandoleros fascistas..... 21
La «desjudaización» del pueblo checo..... 25

CUESTIONES TEORICAS Y PRACTICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y DE LA LUCHA MUNDIAL CONTRA EL FASCISMO

- W. FLORIN: Sobre el Congreso de Zurich de la Federación Sindical Internacional..... 29
F. DENGEL: Importancia de la «Historia del P. C. (b) de la U.R.S.S.» para la clase obrera internacional..... 38
F. LANG: Sobre el carácter del fascismo alemán..... 49
M. WOLF: La generación del sufrimiento y de la lucha..... 60
J. HERNANDEZ: Vázquez ha sido asesinado..... 76

EN EL PAIS DEL SOCIALISMO

- E. VARGA: ¡Alcanzar y sobrepasar!..... 82

MATERIALES Y DOCUMENTOS

- En el tercer aniversario de la rebelión militar-fascista en España.
Manifiesto del Partido Comunista Español..... 95

CRITICA Y BIBLIOGRAFIA

- F. WILLNER: La ciencia, contra las patrañas racistas..... 101

- CRONICA DE ACONTECIMIENTOS..... 109

ERRATA IMPORTANTE

En la página 71 del número 7, correspondiente a julio, la palabra TEORIAS, que forma parte del título del artículo de Bo Gu, debe ser sustituida por la palabra TAREAS.

Algo acerca de la crisis de la Internacional Obrera Socialista

Con sus acuerdos más recientes y con la interpretación que les ha dado su presidente, la Internacional Obrera Socialista confirma de un modo formal que ha dejado de considerarse como la dirección de una organización obrera internacional llamada a agrupar las fuerzas de todos los partidos adheridos a ella para la lucha internacional contra el facismo, la guerra imperialista y el capitalismo. Hace ya bastante tiempo que sólo a duras penas podían cubrirse las grietas abiertas en el edificio de la Internacional Obrera Socialista. Hoy, están a la vista de todos y revelan lo avanzado que se halla el proceso de socavamiento.

El hecho de que se haya eliminado prácticamente de la dirección de la I.O.S. a los representantes de los partidos socialdemócratas prohibidos y ahogados por el fascismo no es más que uno de los signos del rumbo que ha emprendido la Segunda Internacional. Otro signo es la renuncia oficial a tomar acuerdos políticos internacionales, subrayando con ello la absoluta sustantividad e «independencia» de cada partido de por sí.

La Ejecutiva de la I.O.S. ha dado estos pasos en un momento en que numerosas organizaciones obreras de muchos países exigen que se convoque una Conferencia obrera internacional para dar ocasión a discutir en el plano internacional y entre camaradas los problemas decisivos de la lucha común contra el enemigo común —el fascismo— y contra la expansión de la guerra imperialista, que se está desarrollando hasta convertirse en una segunda guerra mundial. Finalmente, se sanciona la ruptura de los lazos internacionales y el repliegue de las direcciones de los partidos socialdemócratas sobre «sus propios» países, en un momento en que, en las filas de la clase obrera, bajo la impresión de la derrota temporal sufrida en España, se perciben claramente el anhelo de unidad y el deseo de que se manifieste *más intensamente* la solidaridad internacional del proletariado. El presidente de la Segunda Internacional contesta a las numerosas peticiones y preguntas de las masas obreras en este sentido con el subterfugio de que la I.O.S. no puede, en estos tiempos, cumplir con su misión en las proporciones que sería de desear. *«Sufre la misma suerte de la Sociedad de Naciones. Ambas han perdido prestigio e influencia precisamente en este período de peligro inmediato de guerra, en que su labor al servicio de la paz era más necesaria que nunca»* (del discurso pronunciado en la Conferencia del Partido Laborista inglés). En este discurso, pronunciado ante el foro del Labour Party, que figura, dentro de la Segunda Internacional, entre los adversarios más decididos de una política obrera internacional de unidad contra el fascismo, contra la guerra im-

perialista y contra el capitalismo, el presidente de la I.O.S. definió ésta como una institución que representaba un pasado (!) y encarnaba un porvenir; es decir, que ni sus propios dirigentes responsables le asignan un puesto en el presente. Indudablemente, no se quiere que esa vaga «encarnación del porvenir» vaya plasmándose y tomando cuerpo en los tiempos presentes por medio de un trabajo más o menos concreto. Los dirigentes de la I.O.S. desplazan expresamente ese «porvenir» a una época lo más alejada posible de los grandes encuentros con el fascismo que se avecinan. Con ello, las autoridades que dirigen la socialdemocracia «internacional» se inhiben ante la guerra imperialista que se está desarrollando en torno al nuevo reparto del planeta y ante el peligro de su transformación en una segunda guerra mundial, para ceder el puesto a la burguesía dominante y a sus Estados Mayores. La comparación con la actitud adoptada por la mayoría de los dirigentes socialdemócratas en 1914 salta a la vista. Y dentro de las propias filas de la socialdemocracia, se alzan ya voces que, comparando la actitud de hoy con la de 1914, sacan la conclusión de que la conducta seguida actualmente por la Segunda Internacional tiene necesariamente que conducir «a una catástrofe incomparablemente mayor» que la que «el socialismo conoció en agosto de 1914» (Pietro Nenni, en «Travail»).

En un documento de los socialistas austriacos («Los socialistas austriacos y la Internacional Obrera Socialista»), se consigna:

«En la I. O. S. no existe nada de lo que tan apremiantemente necesita, en esta situación histórica, el movimiento obrero internacional: una estrategia internacional de unidad y una voluntad internacional de unidad para la lucha contra el fascismo.»

Estas afirmaciones extraordinariamente graves, salidas de las propias filas de la socialdemocracia, indican que los acontecimientos que se producen dentro de la Segunda Internacional afectan a *todo* el movimiento obrero en general y que es interés de la clase obrera internacional saber a qué atenerse acerca de ellos y de sus consecuencias.

Contradicciones y antagonismos dentro de la Segunda Internacional.

En los someros comentarios de los organismos oficiales de la I.O.S. se ha intentado presentar los cambios de organización introducidos como medidas necesarias para poner la proporción en que los distintos partidos socialdemócratas se hallan representados en los órganos de dirección de la I.O.S. a tono con el papel que en la actualidad representan esos partidos en sus respectivos países. Pero, en realidad, a lo que se ha tendido ha sido a poner el monopolio de la dirección de la Segunda Internacional en manos de un grupo de partidos. Y lo que hay de curioso y de específico en este hecho, es que con él se

pone el timón en poder de los elementos que representan dentro de la socialdemocracia la corriente que —pese a todos los antagonismos que pueden existir también dentro de ella y en el seno de cada partido— está decidida a impedir que el proletariado mantenga una política internacional de clase y cuya «dirección» se encaminará, por consiguiente, a paralizar por entero las fuerzas de los partidos socialistas en el campo internacional.

Con esto, se ahonda y se ensancha todavía más el abismo que ha existido siempre en la Segunda Internacional entre los acuerdos y los actos. En el porvenir —como dicen en su memorándum los socialistas austriacos— ya no se adoptarán resoluciones políticas de ningún género, «pues hasta los acuerdos de los últimos años, votados siempre sin compromiso y además no respetados por la mayoría de los partidos, son considerados como una carga insoportable, como un daño y una perturbación indeseable de su política nacional, por aquellos partidos que más se han opuesto a ellos».

Pietro Nenni ha ilustrado en «Travail», con los siguientes ejemplos, el abismo entre los acuerdos y los actos de la socialdemocracia:

«Nuestra Internacional ha votado, en todas las ocasiones, unas resoluciones magníficas. Pero las Secciones de la Internacional no las han aplicado, o las han aplicado con tantas restricciones, que el sentido de la acción emprendida ha quedado desfigurado. Todos estábamos de acuerdo contra la No Intervención; pero la acción que se inició contra los gobiernos que mantenían el principio de la No Intervención no llegó a asumir jamás el carácter de una lucha a vida o muerte.

Estábamos en contra del reconocimiento directo o indirecto de Franco y tuvimos que ver con dolor cómo gobiernos dirigidos por socialistas se aventuraban en esta dirección. Y todo esto, bajo el argumento excelente de que no se quería extender los conflictos de España a la política general de Europa y del mundo.»

Pero esta contradicción entre las palabras y los actos no es más que la expresión y el resultado de toda una serie de contradicciones y antagonismos existentes dentro de la Segunda Internacional y de los partidos adheridos a ella.

Uno de los antagonismos es el que existe entre los partidos legales de la Segunda Internacional y los partidos prohibidos y ahogados por el fascismo. Si mencionamos este antagonismo en primer lugar, no es porque haya de ser considerado como el decisivo, sino porque es el que aparece momentáneamente en primer plano. Nada caracteriza más nitidamente la mentalidad de los hombres dirigentes de la Segunda Internacional que la definición con la que suelen distinguir ambas clases de partidos y que consiste en designar como partidos «vivos» exclusivamente los partidos legales. En los debates internos de estos últimos años, se ha ido poniendo cada vez más en claro que los partidos socialdemócratas representados en los gobiernos de los países capitalistas o que ocupan posiciones «influyentes» en los parlamentos tienden a quitarse de encima a los partidos ilegales, a los que consideran como un lastre. En el mejor de los casos, se muestran magnánimamente dispuestos a ayudar a sus emigrados. Pero se resisten con una violencia cada

vez mayor a conceder a estos partidos el derecho a votar ni a hablar. El círculo reaccionario de líderes que rodea a Henri de Man en el Partido Obrero belga se ha burlado de las perspectivas futuras de los partidos empujados por el fascismo a la ilegalidad, calificándolas de «quimeras» y diciendo que los políticos «conscientes de su responsabilidad» no tienen por qué preocuparse de ellas. A medida que el fascismo consigue ganar terreno y ahogar a partidos socialdemócratas hasta ahora legales, estos líderes reaccionarios van reforzando y ahondando su teoría y su práctica del aislamiento nacional de los partidos obreros.

Pero entre los llamados partidos «vivos», es decir, entre los partidos legales, media la misma heterogeneidad que entre los ilegales. En el congreso de la Federación Sindical Internacional celebrado en Zurich, en el que se revelaron también los antagonismos y las contradicciones existentes en el seno de la Segunda Internacional, a la hora de votar acerca de la unidad sindical y de la resolución sobre la paz, se enfrentaron entre sí los delegados de diversos partidos «vivos». En la defensa del peregrino «pacto de no agresión» que el gobierno de Dinamarca, dirigido por socialdemócratas, ha concertado con el gobierno de Hitler, la socialdemocracia danesa se creyó obligada a polemizar con el órgano central de la socialdemocracia holandesa que, con palabra muy suave, había calificado de «pusilánime» la actitud del gobierno de Dinamarca. Entre el Partido Socialista de Francia y la dirección reaccionaria del Partido Obrero belga, existen diversos antagonismos, que se manifiestan principalmente en la política germanófila de «neutralidad» mantenida por Spaak y de Man.

Todo acontecimiento político de alguna importancia hace estallar, dentro de la Segunda Internacional, nuevos y más profundos antagonismos. Así ocurrió con motivo del pacto de Munich. Y así ocurre, en general, con motivo de las reivindicaciones imperialistas del fascismo alemán. La Segunda Internacional no está en condiciones de adoptar una actitud política homogénea frente al fascismo. Tampoco puede presentar una posición homogénea frente a la guerra ni, concretamente, ante el derecho de autodeterminación de las naciones. Aparece dividida en un sinnúmero de tendencias y de grupos, los más reaccionarios de los cuales han prevalecido siempre, hasta ahora, en los casos decisivos, sobre los más avanzados. Así, por ejemplo, un partido tan carente de influencia dentro de su propio país como el Partido Socialista de los Estados Unidos, dirigido por Thomas, puede, a través de los líderes sindicales reaccionarios capitaneados por Green, imponer su influencia reaccionaria a los partidos europeos de la Segunda Internacional. Los partidos decisivos de la I.O.S. fracasan de antemano en la lucha contra el imperialismo japonés aliado al fascismo alemán, porque su actitud ante la lucha de liberación de los pueblos coloniales es la que corresponde a los representantes de los intereses de las «grandes potencias».

¿Hay, acaso, un común denominador al que puedan reducirse todos

estos antagonismos y contradicciones? Sí, lo hay: es *la mediatización de los círculos dirigentes de la socialdemocracia por la burguesía*.

La I.O.S. es incapaz de adoptar una actitud homogénea ante el fascismo, porque los distintos partidos que la integran se hallan colocados bajo la influencia decisiva de los intereses de su propia burguesía dentro de cada país y porque, dentro de cada partido, los intereses en parte contradictorios de los distintos grupos de la burguesía impiden que se forme una actitud homogénea, a tono con la posición de clase del proletariado.

La I.O.S. es incapaz de adoptar una actitud homogénea ante la guerra, porque en su seno se enfrentan y chocan las influencias de los diferentes grupos de intereses de la burguesía, que impiden que la I.O.S. abrace ante la guerra una posición a tono con los intereses de toda la clase obrera internacional.

Bajo la influencia de la burguesía, la I.O.S. ha pasado, en la práctica, a escindir el interés de toda la clase obrera internacional en los intereses «nacionales» aislados de los obreros de los diversos países. De este modo, arrebatada a los obreros que se hallan bajo su dirección su arma más poderosa, la solidaridad internacional, que hoy día es lo único que puede dar a la clase obrera la superioridad sobre todas las demás fuerzas. Además, con ello se priva a la clase obrera de cada país de su sostén internacional y se la entrega al despotismo de la propia burguesía.

Los partidos de la I.O.S. en los países fascistas.

En algunos países, los partidos socialdemócratas han sido prohibidos por el fascismo, ahogados y colocados fuera de la ley. Partidos que antes se contaban entre los puntales de la Segunda Internacional han sido quitados de en medio por el fascismo. Sus afiliados y sus activistas dentro del país se hallan expuestos al terror fascista. Sus dirigentes viven en la emigración.

¿Acaso la situación a que se han visto empujados estos partidos ha movido a la I.O.S. a sacar algunas enseñanzas y consecuencias?

Ocho años hace que la Internacional Obrera Socialista no convoca ningún congreso internacional. La última conferencia internacional de esta organización se celebró hace seis años. Por tanto, se ha dejado manifiestamente a un lado el foro ante el que, con arreglo a los estatutos de la I.O.S., hubieran debido discutirse los cambios provocados por el fascismo. El último congreso de la I.O.S. ratificó la «política de tolerancia» de la socialdemocracia alemana, que acabó allanando el camino al fascismo. La última conferencia celebrada por la Segunda Internacional se convirtió en una «justificación» de la política de la socialdemocracia alemana, condenada por la realidad. Los círculos dirigentes de la socialdemocracia alemana no compartían el afán de sus propios afiliados de buscar y tantear los caminos para no caer en el abismo.

Del mismo modo que en la Segunda Internacional no existe, hasta hoy, un enjuiciamiento homogéneo del fascismo, no existe tampoco un criterio homogéneo acerca de la funesta política de la socialdemocracia alemana. Mientras que en las masas obreras se ha ido desarrollando la conciencia de que el camino de la socialdemocracia alemana es la condenación histórica de la política de la armonía de clases y de que el establecimiento de la unidad debería agrupar las fuerzas de la clase obrera y oponerlas a la ofensiva del fascismo, los círculos dirigentes de la Segunda Internacional seguían aferrados a la política de la armonía de clases. La actitud seguida por la dirección de la I.O.S. hizo que ni los partidos socialdemócratas que entonces no habían sido aplastados aún por el fascismo y la reacción ni los que se hallaban ya oprimidos por el fascismo sacasen ninguna enseñanza fundamental de la bancarrota de la socialdemocracia alemana. En efecto, las direcciones de algunos partidos socialdemócratas empujados a la ilegalidad por el fascismo siguen, hasta hoy, dejando que sus afiliados y activistas dentro del país combatan en las nuevas condiciones de lucha sin dotarlos de nuevas armas.

Al subir al Poder el fascismo, la dirección de la socialdemocracia alemana hizo todo lo posible porque los nazis la tolerasen como un partido de «oposición» legal y leal. Incluso llegó a defender abiertamente en el parlamento la línea de política exterior de la dictadura fascista. Rompió todo vínculo con la Internacional Obrera Socialista, para poder seguir viviendo, en su caso, como «partido obrero nacional». Cuando todos estos intentos fracasaron, creó fuera de Alemania una imitación, como una sombra, de la anterior dirección del partido, se dió durante algún tiempo aires de querer proceder a un profundo viraje teórico y práctico, pero pronto volvió a ingresar en los gremios de la I.O.S., como si no hubiese ocurrido nada de particular, para reanudar su política en el punto en que había quedado interrumpida por la subida del fascismo al Poder. Ahora bien ¿en qué se apoya esta dirección de la socialdemocracia alemana que se halla en la emigración? Las capas dominantes de la burguesía la han repudiado. No cuenta tampoco con ninguna posibilidad de ejercer una oposición legal dentro del país. Esta dirección no ha querido abrazar tampoco el camino de organizar la lucha revolucionaria encaminada a derrocar el fascismo, a pesar de que los socialdemócratas más activos dentro del país han reconocido ya que este camino es el único acertado y a pesar de que también entre los emigrados socialdemócratas han aumentado en número y en importancia los exponentes de las tendencias revolucionarias. Esa sombra de dirección de partido socialdemócrata se ha orientado hacia las fuerzas de la burguesía alemana que ella supone que podrán llegar a ser los elementos llamados a sustituir al régimen actual. Al mismo tiempo, esta dirección se ha vinculado en el extranjero con ciertas fuerzas con cuyo apoyo cree poder contar, en su aspiración de llegar a hacer cambiar, sin revolución, el actual régimen fascista. No tiene nada de extraño que estas fuerzas sean las que, dentro de la I.O.S., se cuentan entre los

círculos reaccionarios, que entorpecen la lucha antifascista internacional. Así se explica que esta dirección de la socialdemocracia alemana no haya intentado o no haya podido establecer un contacto estrecho ni con el Partido Socialista español ni con las fuerzas progresivas del Partido Socialista de Francia. En cambio, mantiene contacto, en ambos partidos, con los grupos enemigos de la unidad y que abogan por la armonía de clases y el anticomunismo. Entre los méritos «teóricos» que puede alegar esta dirección de la socialdemocracia alemana en la emigración, se cuentan el descubrimiento de tendencias «progresivas» en el fascismo y la justificación pseudo-marxista de la anexión de Austria.

También la socialdemocracia checoeslovaca ha roto temporalmente sus relaciones con la I.O.S., para situarse sobre el «terreno de los hechos», de la «realidad» creada por el fascismo. Sin entrar a examinar en detalle la situación especial en que se encuentran este país y su socialdemocracia, no podemos por menos de consignar que, después de la capitulación de la burguesía reaccionaria de su país ante el fascismo alemán, el Partido Socialdemócrata de Checoslovaquia marchó a remolque de su propia burguesía y renunció a desempeñar un papel independiente en la lucha por reconquistar la independencia de la Checoslovaquia oprimida.

Los «socialistas revolucionarios» de Austria se presentan ahora como críticos severos del fracaso de la Segunda Internacional y de su liquidación efectiva, pero han prestado un flaco servicio a la clase obrera de su país al enjuiciar como un acto de «progreso histórico» el avasallamiento de Austria por el fascismo alemán, capitulando con ello ante el problema más importante, ante el problema decisivo, que la clase obrera austriaca tiene planteado en la lucha contra el fascismo: la unión y la cohesión del pueblo austriaco para la reconquista de su independencia.

Estas someras referencias al estado en que se hallan algunos de los partidos socialdemócratas ahogados por el fascismo, no tienen la pretensión de ser completas. Pero sí ponen de relieve el punto más débil de cada uno de estos partidos. Y es característico que este punto se presente siempre allí donde se encuentra la medula de las tareas de la clase obrera en cada país.

Resumiendo, podemos decir, en lo que se refiere al estado y al papel de los partidos socialdemócratas en los países más importantes dominados por el fascismo, lo siguiente: la gran enseñanza que encierra la victoria del fascismo no ha hecho ninguna mella en las direcciones de estos partidos, pues no les ha movido a rectificar, ni siquiera a examinar con un sentido autocrítico, los errores fundamentales de su política, que hicieron posible esa victoria. Por oposición a los combatientes antifascistas más activos que han surgido de los cuadros de estos partidos dentro de los propios países, las direcciones, que se hallan en la emigración, y los funcionarios que dependen de ellas, siguen moviéndose por los viejos carriles, absolutamente gastados. De

este modo, ellos mismos contribuyen a que las grandes masas de sus antiguos partidarios carezcan de una orientación revolucionaria acertada, lo que, por tanto, les impide erigirse en la medida necesaria en organizadores de los movimientos populares antifascistas, dentro de los diversos países.

La dirección de la I.O.S. no ha sacado de la victoria del fascismo en algunos países la conclusión de que hay que hacer lo posible y lo imposible por acabar con la política que ha abierto el paso a la victoria del fascismo y por imponer una política que impida los nuevos avances del fascismo en el plano internacional. Lejos de ello, ha desarrollado todavía más la política de la armonía de clases y de la sujeción a los intereses de la propia burguesía, continuando esta política de un modo tan «consecuente», que necesariamente tenía que llevar, de hecho, a la ruina a su propia Internacional.

La actitud de la Internacional Obrera Socialista ante el socialismo.

La actitud de la I.O.S. ante el fascismo y ante las enseñanzas que se derivan de la bancarrota de algunos de sus partidos más importantes se halla directamente relacionada con su actitud ante el socialismo. Desde la primera guerra mundial imperialista, el socialismo se halla instaurado victoriosamente en una sexta parte del mundo. El país en que se ha realizado el socialismo, la doctrina de Marx y Engels, se desarrolla hacia el comunismo. Hoy, quien pretenda ser socialista puede ya apoyarse en *algo más* que en una teoría. Esta teoría ha salido victoriosa de la prueba. Se ha convertido en realidad. Basándose en las experiencias de la lucha de los bolcheviques contra el imperialismo y en las experiencias de la edificación del socialismo, la teoría de Marx y Engels ha sido desarrollada e impulsada por Lenin y Stalin.

Cuando decimos que hoy quien pretenda ser socialista puede apoyarse ya en una teoría realizada, afirmamos también que en nuestra época *no se puede ser un verdadero socialista sin apoyarse en el socialismo concreto, en el socialismo ya realizado, en el socialismo puesto en práctica.*

Pero no es ésta, ni mucho menos, la actitud en que una parte de los dirigentes de la socialdemocracia internacional se coloca frente a la Unión Soviética. Estos dirigentes son socialistas de palabra, pero de hecho enemigos del socialismo puesto en práctica. Hablan vagamente de un porvenir socialista, tan nebuloso, que se halla desconectado en absoluto de la realidad presente, pero silencian y falsean la verdad acerca de la realización del socialismo en la Unión Soviética. Afirman que la I.O.S. no puede, desgraciadamente, por el momento, cumplir sus verdaderas tareas, pero aíslan artificialmente de la Unión Soviética al movimiento obrero europeo que se halla bajo su influen-

cia y escinden a la clase obrera internacional al intentar, por su hostilidad contra el país en que se ha puesto en práctica el socialismo, levantar una muralla entre los obreros de los países capitalistas y los obreros y los trabajadores de la Unión Soviética socialista. Los dirigentes socialdemócratas, los hombres dirigentes de la I.O.S., al abstenerse de hacer todo lo que serviría para hacer ver a los obreros de los países capitalistas la realidad socialista existente en la U.R.S.S., haciendo en cambio mucho por calumniar a la Unión Soviética y hacerla desmerecer a los ojos de la clase obrera, han contribuido a minar en ésta la fe y la seguridad en su triunfo inevitable.

Lenin demostró en 1914 que la bancarrota de la Segunda Internacional a comienzos de la primera guerra mundial imperialista era una consecuencia de la influencia funesta del oportunismo.

La decadencia de la I.O.S., reconstituída después de la guerra mundial, se explica por las mismas causas y por la actitud negativa y hostil de la mayoría de los dirigentes socialdemócratas ante el socialismo puesto en práctica.

La Internacional Obrera Socialista está infestada del veneno del anticomunismo. Ni los propios socialistas austriacos pueden por menos de confesar, en su memorandum, que los partidos reformistas «no se sobreponen, frecuentemente, al vulgar antibolchevismo burgués.» Los círculos dirigentes de la I.O.S. no se sienten solidarios de las fuerzas, poderosas y preñadas de porvenir, que han llevado a la realidad, en una sexta parte del mundo, lo que Marx y Engels razonaron científicamente y anunciaron proféticamente en el «Manifiesto Comunista». Lejos de ello, esos elementos se han declarado reiteradas veces solidarios de las fuerzas que representan el pasado, de los mencheviques, que no son nada ni representan nada, y de la escoria trotskista, instrumento de la reacción internacional para descomponer las fuerzas del proletariado.

El hecho de que en las filas de los socialistas austriacos y en el seno de otros partidos de la Segunda Internacional haya quien critique la liquidación de la actuación internacional de la I.O.S. *sin* remontarse a esta causa decisiva, sin penetrar hasta las mismas raíces, significa que estos críticos se detienen también en la superficie. Los autores del memorandum de los socialistas austriacos llegan a más, pues con objeto de hacer apta para los salones su crítica de los responsables de la decadencia de la Segunda Internacional, la combinan con «argumentos» falsos y traídos de los pelos para injuriar y «negar» al mismo tiempo a la Internacional Comunista. ¿A quién —es cosa de preguntarse— beneficia esto y de quién parte? Por muchos detalles exactos que contenga la crítica que se hace contra los responsables de la decadencia de la I.O.S., si niega o pretende justificar la causa fundamental de esta situación, la tal crítica más daña que beneficia. Quien, viéndose obligado a reconocer que la dirección de la Segunda Internacional no sigue ya una política internacional proletaria, de clase, silencie o discuta sin embargo que la actitud que los políticos dirigentes de la Se-

gunda Internacional adoptan ante la Unión Soviética socialista es, precisamente, la expresión de esta repulsa contra la clase obrera internacional y contra su lucha para triunfar sobre la burguesía, lo que hace en último resultado es contribuir a desanimar todavía más a los obreros desengañados de la actitud de la I.O.S., empujándolos para que se echen en brazos de los demagogos burgueses o fascistas. Y este peligro es extraordinariamente grave con vistas a la guerra imperialista; por eso el rechazar semejante crítica falsa y tergiversada con respeto a la Internacional Comunista responde a una necesidad urgente.

En los años transcurridos desde que terminó la primera guerra mundial imperialista, la mayoría de los partidos socialdemócratas han dirigido los gobiernos de sus países durante un período de tiempo más o menos largo o influido considerablemente en ellos. Si quisiésemos investigar en detalle cómo estos partidos han correspondido a la confianza depositada en ellos por la clase obrera y cómo se han aprovechado de la coyuntura que se les ofrecía para ampliar la fuerza y el poder de la clase obrera, nos encontraríamos con muchos ejemplos del hecho de que allí donde los partidos socialdemócratas llegan al Poder se debilitan en un espacio de tiempo relativamente corto las posiciones de la clase obrera incluso dentro de la democracia burguesa. Los mismos dirigentes socialdemócratas que, valiéndose de argumentos francamente reaccionarios o de un refinado «radicalismo», se negaban a seguir el camino de los bolcheviques, han conseguido debilitar a la clase obrera dentro de cada país y ayudar a la burguesía a seguir avanzando, gracias a su política de coalición con los partidos burgueses sobre el plano de la armonía de las clases.

Recordemos que la socialdemocracia era el partido que empuñaba las riendas del gobierno *simultáneamente* en los siguientes países: Francia, España, Bélgica, Suecia, Noruega y Dinamarca, a la par que en Checoslovaquia tenía posiciones importantes en el gobierno. Una parte muy grande de Europa se hallaba gobernada por los socialdemócratas, sin que ni Europa ni la clase obrera europea se diesen apenas cuenta de ello. Estos gobiernos no mantenían una política antifascista homogénea de paz; por el contrario, fueron precisamente algunos gobiernos dirigidos por socialdemócratas los que apuñalaron por la espalda a la República española, dejando vía libre al agresor fascista.

Los hombres dirigentes de la I.O.S. no rompieron los lazos que los vinculaban a la burguesía ni siquiera cuando el movimiento de las masas obreras era tan potente e impetuoso como en Francia en 1936-1937 o en España durante los mismos años. Y que el resultado era, en fin de cuentas, el mismo ya se tratase de socialdemócratas que se llamaban francamente amigos de los burgueses o de socialdemócratas que se las daban de «radicales» lo demuestran los daños bastante parecidos que causaron a la lucha del pueblo español el derechista Prieto y el «izquierdista» Largo Caballero, y lo demuestra también el último acto de la guerra de España, en el que intervinieron mano

a mano los elementos trotskistas y anarco-sindicalistas y los elementos socialdemócratas de la extrema derecha.

Los intentos de seguir una «política obrera» sobre el plano de la armonía de las clases y en frente del socialismo implantado en la Unión Soviética han llevado, hasta hoy, a la bancarrota a todos los partidos socialdemócratas, sin haber beneficiado en lo más mínimo al movimiento obrero internacional. Solamente allí donde los socialdemócratas han roto resueltamente los lazos con la burguesía, para dejarse llevar exclusivamente por los intereses de la clase obrera y de las masas trabajadoras; solamente allí, han podido los socialdemócratas servir verdaderamente al pueblo. Pero el gran ejemplo que se nos ofrece a este respecto: la actitud de Negrín y del sector de la socialdemocracia española que le sigue es también un ejemplo del carácter que en casos tales reviste la lucha de los elementos reaccionarios contra las fuerzas progresivas.

¿A qué obliga la decadencia de la I.O.S. a los internacionalistas dentro de la Segunda Internacional?

El grado de decadencia a que ha llegado la Internacional Obrera Socialista, por efecto de la política de capitulación y de retirada dentro de cada país y de traición a los principios del marxismo, hace que quede casi completamente descartada la posibilidad de que se opere, en un próximo porvenir, un viraje resuelto en el plano internacional. Los elementos reaccionarios de la Internacional Obrera Socialista y de la Federación Sindical Internacional harán cuanto de ellos dependa por seguir paralizándolo y dividiendo a las fuerzas de la clase obrera internacional, para impedir que estas fuerzas desbaraten sus planes reaccionarios.

Esto acrecienta la responsabilidad y la misión de los verdaderos internacionalistas y socialistas en el seno de la I.O.S. Estos no cumplirían con su misión si, siguiendo las huellas de algunos «socialistas revolucionarios», pretendiesen aguardar a que la derrota del fascismo, derrota con la que hay que contar más tarde o más temprano, conduzca a tiempos mejores. Esta tesis se parece mucho, en el fondo, a aquella «encarnación del porvenir» de que habla el presidente de la I.O.S., un porvenir completamente desconectado del presente.

Hasta los socialistas austriacos declaran, en su memorandum, que «se puede hablar de que se han abandonado los fundamentos y de que la Internacional Obrera Socialista procede a una liquidación política abierta», y Pietro Nenni habla de la catástrofe que amenaza, catástrofe que, según él, sería incomparablemente más grave que la de 1914; pues bien, estas afirmaciones debieran ya, por sí solas, obligar a los verdaderos internacionalistas y socialistas dentro de la Segunda Internacional a laborar del modo más serio *en los momentos presentes*.

Los dirigentes reaccionarios de la I.O.S. se han pasado años y años entorpeciendo la unidad de acción de la clase obrera; mientras, por una parte, declaraban que esto era de la competencia de cada partido —y no de la I.O.S.—, de otra parte proclamaban que este problema sólo podía resolverse en el plano internacional. La gravedad de la situación y el estado en que se halla la I.O.S. imponen la necesidad de impedir que la unidad de acción siga viéndose imposibilitada o entorpecida por organismos que niegan el papel independiente de la clase obrera en los tiempos actuales. Como mejor pueden los verdaderos internacionalistas y socialistas dentro de la I.O.S. demostrar que se mantienen fieles a los principios del marxismo es marchando en todas partes de acuerdo con los comunistas para llevar a cabo la unidad de acción. Este es, al mismo tiempo, el medio mejor y más seguro contra el descrédito de la solidaridad internacional por obra de los dirigentes liquidadores de la I.O.S. Y es, finalmente, el medio para impedir que siga desarrollándose la cerrazón nacional de horizontes entre la clase obrera y sobre todo entre su descendencia, entre la juventud obrera.

Para evitar que la decadencia de la Internacional Obrera Socialista por culpa de los liquidadores entregados a la burguesía redunde exclusivamente en provecho de ésta, es necesario que los verdaderos internacionalistas y socialistas que hay dentro de la Segunda Internacional colaboren con los comunistas; es necesario, sobre todo, que se lleve a cabo esa Conferencia obrera internacional sugerida por muchas organizaciones obreras y propuesta por la Internacional Comunista a la I.O.S.; es necesario que se movilicen en común las fuerzas de todos los obreros revolucionarios para conseguir de una vez el frente único de la clase obrera contra el fascismo, contra la guerra imperialista y contra el capitalismo.

Los problemas del día

El fascismo expulsa a 225.000 campesinos.

En el pasado mes de julio circuló por la prensa una noticia que produjo sensación, a pesar de vivir en un tiempo en que la sensibilidad para las miserias humanas se halla embotada y a pesar de tratarse «solamente» de 225.000 hombres.

Es, en efecto, una cifra «pequeña», en tiempos como estos en que vivimos, en que los seres condenados a perecer se cuentan por cientos de miles. Sin embargo, el acuerdo recaído entre el fascismo alemán y el fascismo italiano acerca de los 225.000 austriacos avecindados en el sur del Tirol es tan monstruoso, tan infame, que ha despertado la atención de Europa.

El tratado de paz de Saint-Germain, concertado hace 20 años, puso bajo la dominación italiana a 225.000 tirolese de habla alemana que habitaban la comarca situada al sur del Brenner. Hasta 1922, estos hombres vivieron bastante en paz, pero al subir al Poder el fascismo en Italia, cambió la situación. En los últimos 17 años, el fascismo italiano ha hecho todo lo posible por alejar de su patria a los campesinos tirolese, mortificándolos y torturándolos con la mira de italianizar por el viejo método imperialista el territorio situado al sur del Brenner. Pero los campesinos del sur del Tirol hicieron frente al terror fascista, oponiéndole una resistencia callada y tenaz. Ni las medidas económicas adoptadas contra ellos ni la opresión política les hicieron ceder.

Cuando Dollfuss y Schuschnig se sometieron al fascismo italiano, los campesinos tirolese contemplaron con ira contenida esta traición a su causa y se aferraron todavía con más fuerza a su tierra natal. Algunos de ellos se vieron, por entonces, arrastrados por la demagogia nazi, cuyos periódicos escribían contra los italianos, y cifraron sus esperanzas en Hitler. Hoy, reciben su merecido por haber confiado en un hombre y en un sistema cuya misión consiste en vender a su propio pueblo en interés de los grandes tiburones financieros. Los campesinos del sur del Tirol han sido, literalmente, vendidos. Hitler y Mussolini han concertado un «acuerdo» por el que se dispone acerca de su suerte. Naturalmente, a los campesinos tirolese no se les ha consultado, pues el tener en cuenta la voluntad del pueblo es un método puramente democrático. Los fascistas resuelven por sí solos. Ordenan lo que ha de hacerse con los hombres y el precio que se les ha de abonar a ellos por esta operación. El pueblo no tiene más que obedecer, mientras el fascismo se embolsa el precio concertado.

Por lo que se refiere a los campesinos tirolese, la operación de cambalache de hombres negociada por el fascismo consiste en lo si-

guiente: los 10 o 12.000 tirolese del sur que eran súbditos del Estado austriaco deben emigrar a la Alemania fascista. A los 200.000 restantes se les da a escoger entre trasladarse también a Alemania o ser enviados al sur de Italia. Su tierra será ocupada por bandidos fascistas «probados». Por tanto, según este plan los campesinos del sur del Tirol pueden escoger entre ejecutar trabajos forzados de construcción de carreteras en la Alemania fascista o en la Italia fascista.

En este pequeño rincón de la tierra y en la suerte de estos 225.000 hombres se revela todo el carácter bestial del fascismo, toda su mentira, los cambalaches de hombres con los que destruye a sangre fría la vida de cientos de miles de seres. Hablan de los intereses «nacionales» y atacan a un pueblo tras otro con el pretexto de velar por los «hijos del pueblo alemán», pero en realidad lo que buscan es descubrir nuevas fuentes de ganancia para el gran capital. Al mismo tiempo, venden a los «hijos de su pueblo» al nacionalismo italiano, que lleva años y años manteniendo una guerra cruel contra los campesinos honrados. En Dantzig, provocan una guerra para perseguir sus objetivos imperialistas contra un pueblo vecino, y en el sur del Reich entregan a 225.000 hombres a merced del enemigo inexorable. Tienen razón los periódicos franceses e ingleses cuando escriben que el problema de la ciudad libre de Dantzig podría resolverse también por ese método: mandando a Alemania a los súbditos alemanes, asentando a los demás en Bielorussia y poniendo en su lugar a Polonia; de este modo, la «ciudad alemana de Dantzig» dejaría de existir. Y no es que los fascistas alemanes sean, en principio, contrarios a semejante cambalache. ¡Nada de eso! Lo que ocurre es que, para sus planes imperialistas de guerra, les conviene más «defender» en Dantzig los intereses nacionales, mientras en el sur del Tirol venden a los campesinos. ¡Y todavía tienen el cinismo de seguir hablando del estado campesino como de la fuente del pueblo y la osadía de hacerse pasar por representantes de la nación alemana! Seguramente que en toda Alemania no hay otros campesinos más apegados a su tierra y a su patria que los del sur del Tirol. Más de mil años hace que viven en aquella comarca. Sus padres y abuelos han ido arrancando la tierra a la montaña a fuerza de un trabajo durísimo. Más de una vez, han defendido su suelo con las armas en la mano. El famoso campesino Andreas Hofer, que se puso al frente de los tirolese sublevados contra Napoleón y contra sus mercenarios de Baviera y arrojó por tres veces del Tirol a los soldados invasores, era coterráneo suyo. También él fué traicionado y vendido a los italianos. Y la canción popular nos habla de la muerte de este héroe, «encadenado en Mantua» ante el pelotón de ejecución. El espíritu combativo de Andreas Hofer no ha muerto; sigue viviendo en los campesinos tirolese, al sur y al norte de esta hermosa región. Estos campesinos son rudos, fuertes y tozudos. Ningún señor, hasta hoy, ha conseguido avasallarlos; han logrado reconquistar siempre su libertad y defender victoriosamente sus derechos democráticos de campesinos. Con este pacto ignominioso, el fascismo les demuestra ahora que es el mismo en

el norte y en el sur de su país. Por eso, en lo sucesivo lucharán todavía más que hasta aquí como un pueblo que defiende un país, el Tirol, que ha sido siempre austriaco, y lo seguirá siendo en su totalidad. El espíritu de rebeldía del Tirol se refleja en las palabras de los campesinos tirolese que, al conocer los planes del fascismo, dijeron al corresponsal de un periódico inglés (el «Daily Express»):

»Jamás me arrojarán de mi país. Dispararé contra el que venga a sacarme de aquí. Antes pegaré fuego a mi casa sobre mi cabeza que tolerar esto.»

«Si nos obligan a abandonar nuestro país, colgaremos a nuestras mujeres y a nuestros hijos de los árboles y bajaremos al valle con las horcas y las guadañas, para degollar a todos los italianos que encontremos.»

Los tirolese no son aficionados a las grandes frases, pero suelen hacer lo que dicen. Este pueblo lucha por su derecho y por su patria. Los tirolese del sur no estarán solos. A su lado no estarán solamente los tirolese del norte del Brenner. No puede haber ningún hombre honrado y sincero que no apoye su lucha, que no apele a la conciencia del mundo contra esta nueva infamia del fascismo.

Respuesta a Thomas Mann.

El gran escritor alemán Thomas Mann, en cuya persona se encarna el humanismo burgués puesto en pie contra la barbarie fascista, figura desde hace muchos años en las filas de los luchadores que defienden la verdad, la libertad y la dignidad humana contra el «totalitarismo» de la destrucción. En la evolución personal de esta figura prestigiosa, que ha salido del retraimiento del «apolítico» para elevarse a la conciencia de que es en la política donde se plantea «en todo su alcance decisivo y vitalmente peligroso, el problema del hombre», creemos ver reflejada la evolución general de la parte mejor de la intelectualidad burguesa. Thomas Mann, hoy en la emigración, sigue hallándose unido, al igual que antes, por hilos finos y firmes, a los intelectuales alemanes que viven expuestos al odio salvaje, a la infamia brutal y a la vileza inhumana del fascismo alemán. Y hay muchos indicios de que estos intelectuales oponen a los corruptores fascistas de Alemania no sólo una repugnancia cada vez mayor, sino además un principio de combatividad antifascista. Nosotros, los comunistas, consideramos como un deber importante de la clase obrera el prestar toda la ayuda posible a estos intelectuales que repudian el fascismo y que, en parte, son ya antifascistas, sin perder de vista que el humanismo que mueve a estos hombres es un humanismo burgués, es decir, un humanismo en el que las tradiciones burguesas se asocian a los prejuicios burgueses. Pero hay algo sustancial que nos une, y no sólo en el terreno de la táctica, sino también en el terreno de los principios: es la confesión de la libertad y de la razón, la idea incommovible de que el hombre no es sólo un ser zoológico, formado por «la sangre, la raza y el instinto», sino un ser que se distingue del mundo animal por la conciencia humana, fuente

suprema de la dignidad del hombre; es el esfuerzo y la aspiración de organizar todas las relaciones humanas sobre la base de la razón y de la libertad, de la paz y de la cultura, del respeto a los demás hombres y a los demás pueblos. Nos une el ver en el fascismo el enemigo mortal de todas estas concepciones y esfuerzos, el enemigo mortal de la humanidad. Lo que nos separa es, ante todo, la respuesta a la pregunta de cómo puede instaurarse y qué características debe presentar un estado social que garantice realmente la libertad, la cultura y la dignidad humana y que libre a la humanidad de hundirse en la barbarie.

Para establecer una comunidad sincera de lucha contra el fascismo, es necesario que señalemos también sinceramente, sincera y cordialmente, lo que nos separa. La comunidad de lucha antifascista de los comunistas, de los obreros revolucionarios, con todas las fuerzas que aspiran honradamente a defender la libertad y la paz, la cultura y la civilización contra la barbarie fascista, no debe descender hasta el terreno de una «maniobra táctica», no debe degenerar en el intento de «explotarse» arteramente los unos a los otros. Todos estos intentos conducen necesariamente a silenciar durante algún tiempo, malamente, las discrepancias profundas de opinión, hasta que un buen día estallan coléricamente. Se proclama la «inteligencia» cuando ésta no existe todavía, y las diferencias de criterio se manifiestan en una explosión de ira en el momento menos indicado.

Consideramos oportuno tomar pie de un incidente de que fué protagonista, contra su voluntad, Thomas Mann, para pronunciarnos abiertamente acerca de esta cuestión. En una conferencia pronunciada en los Estados Unidos y publicada hace ya bastante tiempo, Thomas Mann calificó al bolchevismo de un modo completamente falso y profundamente contrario a la realidad. Diversos elementos turbios, cuya misión consiste en sembrar la confusión y la discordia entre la emigración alemana y en todo el frente antifascista, se aprovecharon inmediatamente de estas observaciones para desencadenar una rabiosa campaña contra los comunistas y contra la Unión Soviética. En vez de dar de lado a estos elementos con ademán de desprecio, entrando a analizar serenamente las concepciones falsas y por tanto dañosas de Thomas Mann, la agencia «Runa» permitió a uno de sus colaboradores injuriar a Thomas Mann y hacerle objeto de sospechas. Es indiscutible que, con sus observaciones, este escritor ha hecho, objetivamente el juego a los enemigos de la U.R.S.S., pero esto no justifica, ni mucho menos, el que se le trate de «ignorante reaccionario» y de «vendido» al capital norteamericano. Lo indicado era y es hacer constar, fundamentalmente, que nosotros no condicionamos el respeto que nos merece el escritor y el humanista Thomas Mann al hecho de que enjuicie con acierto o con desacierto el comunismo, pero sí esperamos de él y de todo antifascista honrado un estudio más profundo del bolchevismo y de la Unión Soviética, un juicio concienzudo y no un prejuicio formulado de prisa y corriendo.

La actitud que se adopte ante la Unión Soviética, ante su carácter, ante sus realizaciones y sus problemas, no es, hoy, un asunto puramente privado, sino un problema extraordinariamente importante de la lucha contra el fascismo. Thomas Mann, en una polémica henchida de pasión moral y de claridad política, ha llamado a capítulo a los hombres y a las potencias de la burguesía reaccionaria que en Munich traicionaron la libertad y la paz de los pueblos, creyendo estimular y pertrechar con ello al fascismo alemán para una «cruzada» contra la Unión Soviética. Sus palabras tienen un valor de permanencia:

«La historia de la traición perpetrada por la democracia europea contra la República checoslovaca, la historia de la entrega al fascismo de este Estado vinculado a la democracia y que confiaba en ella, para salvar al fascismo, para afianzarlo de un modo duradero y servirse de él como de un mercenario contra Rusia y el socialismo; esta historia, figura entre las comedias más sucias que jamás se hayan representado.» *

¿Cómo quiere Thomas Mann poner esta afirmación, tan fuerte por la verdad que encierra, en consonancia con otro pasaje de la misma conferencia pronunciada en los Estados Unidos, en el que califica al fascismo alemán de un «bolchevismo de tipo especial» y añade:

«Son hermanos enemigos, de los cuales el menor ha aprendido del mayor, del ruso, casi todo, menos lo moral, pues su socialismo es moralmente falso, mentiroso y despreciativo para el hombre...»

Aquí, clama una contradicción tanto más sorprendente cuanto que Thomas Mann ve precisamente el criterio decisivo de toda política en su contenido moral, cuanto que es él precisamente quien censura como la más profunda decadencia, que conduce al fascismo, el que «no se reconozca ya, en general, la diferencia entre la verdad y la mentira», cuanto que es él precisamente quien marca con el hierro candente al fascismo alemán como «la confusión total de la política y la canallería». Por tanto, si, como reconoce Thomas Mann, el bolchevismo se distingue fundamentalmente del fascismo en lo moral y si, según afirma en la misma conferencia, «el carácter moral de todo verdadero socialismo se acredita también en el caso de Rusia, a la que hay que reconocer como un poder de paz», ¿cómo puede, al mismo tiempo, definir al fascismo como un «bolchevismo de tipo especial», como un «bolchevismo envilecido», como «una forma moralmente inferior del bolchevismo, desligada de toda idea de humanidad»? Aunque Thomas Mann rechace el materialismo histórico, no negará, seguramente, que las propiedades morales de una sociedad se hallan en conexión con su sistema social, que no es un azar el que en la Unión Soviética se acredite «el carácter moral de todo verdadero socialismo», que no es un azar el que la Unión Soviética sea un poder de paz, que lucha por la paz desde que existe. Ni puede considerarse tampoco como un azar el que los bolcheviques digan siempre a las masas la verdad, por amarga que

* Thomas Mann, «Achtung Europa!».

ésta sea, el que nada les repugne tanto como el abismo entre las palabras y los actos, entre la teoría y la práctica, el que para ellos propaganda sea sinónimo de educación. Thomas Mann ha anatematizado repetidas veces el principio de la propaganda fascista como la antítesis más absoluta del principio de la educación. Pues bien: si lee el discurso de Stalin y los acuerdos del Comité Central de los bolcheviques, la «Historia del P. C. (b) de la U.R.S.S.» y cualquier obra de propaganda del marxismo-leninismo, verá que su médula es la educación, la educación incansable, paciente, de las masas populares. Thomas Mann ha señalado repetidas veces que los fascistas consideran la cultura, el espíritu, el arte, la idea, como «la morralla idealista del siglo XIX»; pues bien, no tiene más que fijarse en el amor con que los bolcheviques defienden la herencia cultural, en el cuidado con que recogen y continúan todas las tradiciones del humanismo, en el respeto y en la ayuda de que disfrutaban el arte y la cultura en la Unión Soviética. El humanismo que florece en la U.R.S.S. no es un humanismo anémico y enfermizo, sino un humanismo combativo, «militante», un humanismo al que pueden aplicarse las palabras de Thomas Mann:

«Lo que necesitamos es un humanismo de la voluntad y de la decisión combativa al servicio de la propia conservación. La libertad debe descubrir su hombría, debe aprender a saltar sobre la silla y defenderse contra sus enemigos mortales; debe comprender por fin, después de tan amargas experiencias, que con ese pacifismo que confiesa querer la paz a toda costa, lo que hace es provocar la guerra en vez de evitarla.» *

Si Thomas Mann subraya la necesidad de «batirse al lado de los que quieren dar a la tierra un sentido, un sentido humano», no puede por menos de reconocer que los bolcheviques concentran toda su fuerza en dar a la tierra, a la vida, este sentido, que los Planes quinquenales representan la elevación sistemática del nivel de vida y de cultura, la transformación del trabajo en «una cuestión de honor, de fama y de heroísmo», la educación de toda la sociedad para un optimismo valiente, racional y acerado.

¿Acaso todo esto es, simplemente, obra del azar? ¿Y lo es asimismo, por otra parte, el hecho de que los fascistas alemanes pisoteen la verdad, nieguen el espíritu, destruyan la cultura, destrocen la paz, desprecien, maltraten y descuarticen a los hombres? No; ni una cosa ni la otra es obra del azar, y todo antifascista debe penetrar hasta el fondo de los fenómenos y descender a las raíces de los dos sistemas. Y estas raíces consisten en que los bolcheviques suprimen la explotación del hombre por el hombre, mientras que los fascistas llevan hasta su límite extremo esta explotación. Es cierto que el fascismo ha intentado imitar ciertas formas externas, que habla de «Planes cuatrienales», que pretende hacerse pasar por un sistema de «socialismo», que adopta actitudes «revolucionarias», etc., pero por que un antropófago devore a sus víctimas con cuchillo y tenedor no hay razones para afirmar

* Thomas Mann, «Achtung Europa!».

que ha aprendido de su «hermano», el hombre civilizado, «casi todo, menos lo moral».

En gracia a la verdad y en gracia a la lucha antifascista, consideramos indispensable que, ante un problema de importancia tan decisiva como es el de la actitud que se adopte ante la Unión Soviética, los antifascistas burgueses no se dejen engañar por las apariencias ni por los prejuicios. Nosotros no tratamos de imponer a ningún antifascista burgués nuestra ideología, pero queremos y tenemos derecho a exigir que no se informen de ella de segunda mano, que tengan conciencia de la importancia decisiva de la Unión Soviética en la lucha por la libertad, por la paz, por la cultura y por la dignidad humana, y por tanto del alcance de su actitud ante la U.R.S.S.

Nuestro camarada Dimitrof, figura querida no sólo de los obreros, sino también de los antifascistas burgueses de todos los países, ha afirmado en su importante artículo sobre el XX aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre:

«La actitud adoptada ante la Unión Soviética constituye, en efecto, la divisoria histórica entre las fuerzas del fascismo, de la guerra y del capitalismo, de una parte, y de otra las fuerzas de la paz, de la democracia y del socialismo; no una actitud puramente formal ante el Poder Soviético y el socialismo, sino la actitud que se tome, concretamente, ante la Unión Soviética, que lleva ya veinte años de existencia real y efectiva, con su lucha incansable contra los enemigos, con su dictadura de la clase obrera, con su Constitución staliniana, con el papel dirigente del Partido de Lenin y Stalin.» *

Creemos que antifascistas como Thomas Mann no podrán por menos de reconocer, después de examinarla seriamente, la verdad histórica de estas palabras.

Nos parece que no es mucho pedir el esperar de antifascistas como Thomas Mann y todos los elementos afines espiritualmente a él, que se inicien en los problemas fundamentales del leninismo, que conozcan los discursos y los trabajos de Stalin y la «Historia del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S.» y que luego se pregunten seriamente si cuando creían emitir un juicio no se dejaban llevar más bien de un prejuicio. Y al sugerir esto, no lo hacemos para «convertir» a los antifascistas burgueses, sino porque penetrando certeramente en lo que es y en lo que significa la Unión Soviética, se fortalecerán ellos mismos y fortalecerán nuestra causa común.

El «Protectorado» de los bandoleros fascistas.

Todos los que opinan que «no merece la pena» luchar por la libertad, y que es más «razonable» someterse al agresor fascista, debieran seguir atentamente los acontecimientos que se producen en la Checoeslovaquia avasallada. Es cierto que los conquistadores alemanes

* J. Dimitrof, «Problemas del Frente Unico y del Frente Popular», edición española, pág. 200.

mantienen el territorio por ellos ocupado herméticamente aislado del mundo exterior, para que éste no vea cómo, en pleno corazón de Europa, se saquea, se maltrata y se estrangula sistemáticamente a un pueblo civilizado y democrático. Pero esto es una razón más para poner nuevamente de manifiesto ante todos los pueblos libres la suerte reservada a un pueblo enterrado vivo, traicionado por la burguesía reaccionaria y entregado al fascismo alemán.

Hay todavía gentes que creen o aparentan creer que el «protectorado» del fascismo alemán sobre los territorios checos invadidos representa una especie de autonomía, de administración autónoma. No ven o no quieren ver que el «Protectorado» no es más que una de las formas con ayuda de las cuales se propone el fascismo nazi colonizar y germanizar a Europa. Subestiman tanto la rapidez como la audacia con que el fascismo alemán marcha hacia sus objetivos. Mientras ellos discuten o cavilan dónde, en rigor, acaba la competencia del protectorado y comienza la competencia de la llamada autonomía checa, el fascismo alemán va apretando más y más la soga de sus órdenes y decretos al cuello del pueblo avasallado.

La yuxtaposición de organismos del Reich y de organismos del «Protectorado», entre los que hasta hoy no se ha deslindado la jurisdicción, es precisamente la forma específica de un régimen enmarañado de despotismo que paraliza totalmente la vida económica y política y permite al fascismo alemán engañar a la opinión pública internacional con respecto al alcance de la colonización y germanización efectivas de una parte de Europa.

La actuación de los invasores del territorio checo comenzó con el saqueo económico sistemático del país. Por orden de las autoridades militares de ocupación, fueron arrebatados con destino al Reich todos los stocks militares y públicos, así como también las existencias privadas, hasta el límite del 20 por ciento. En acción de gracias por este desarme y este saqueo del pueblo, el territorio sometido al protectorado deberá abonar a los bandidos un «canon» anual de 3.000 millones de coronas checas.

La creación, poco después de esto, de la Oficina de Economía de guerra bajo la dirección de los generales Thomas y Weygand, que son los que, con una Comisión de asesores económicos alemanes, deciden acerca de la concesión de suministros al Estado, de la distribución de materias primas y del reparto de divisas, inició la penetración y la conquista económicas de las empresas checas. La implantación del sistema de dos patrones de moneda, las medidas de la llamada economía vinculada, la aplicación del sistema de compensación de créditos con países extranjeros a través de Berlín, la reglamentación nazi del comercio de pagos entre el Reich y el «Protectorado», allanaron al capital financiero alemán el camino para penetrar en las empresas checas, hacerse cargo de su dirección o comprarlas, pagándolas con papel sin valor alguno. Y si se mantienen provisionalmente en pie las fronteras monetarias y aduaneras, es simplemente para poder embol-

sarse los 3.500 millones de divisas checoeslovacas depositados en el extranjero y los posibles remanentes de la exportación.

Con ayuda de los estatutos de bancos y sociedades anónimas, que, aún careciendo de fuerza legal, se aplican prácticamente, el capital financiero deslizado furtivamente en las empresas checas se asegura también la dirección y el derecho de disposición sobre el capital checo. El capital extranjero es desplazado.

Un paso decisivo para la expropiación de la riqueza nacional checa lo constituye el llamado decreto contra los judíos, que permite al capital financiero alemán conquistar también las empresas que hasta ahora han opuesto resistencia a la desnacionalización de la economía. Ha venido a poner remate a esta cruzada de avasallamiento de la economía checa el decreto por el que se utiliza la ley checa de defensa del Estado de 1938, destinada a defender la República contra la amenaza de invasión nazi, como un arma contra la economía checa y el pueblo checo. Esta ley de defensa del Estado, «confiscada» por los conquistadores, no sólo concede a los fascistas alemanes en los llamados tiempos de paz un amplio control de la economía, y principalmente de la industria de guerra, sino que además les permite, en los casos que se llaman «graves» y que pueden proclamarse en todo momento, apoderarse de toda la economía del país. Añádase a esto que los invasores pueden, con ayuda de esta ley, como lo harán, movilizar toda la riqueza mobiliaria y a toda la población para servicios auxiliares de guerra a las órdenes de la Alemania hitleriana. Por tanto, el pueblo checo no sólo se ve condenado en la actualidad a la esclavitud, sino que además, una vez desarmado, puede llegar a verse convertido en carne de cañón del imperialismo alemán.

El poder político reside, prácticamente, en manos de las autoridades centrales del Reich en el «Protectorado», autoridades agrupadas en varios departamentos centrales. Bajo las órdenes del «Protector» se halla un departamento interior y otro exterior, departamentos de Economía, Agricultura, Transporte, Cultura y un departamento de «Política nacional» (una oficina de arianización y desnacionalización); en total, unos 20 organismos centrales que constituyen, de hecho, el gobierno y tienen metidas en un puño a las llamadas autoridades autónomas del «Protectorado» checo. Hacia abajo, velan por la ejecución de los decretos y las órdenes de los organismos centrales del «Protectorado» dos jefes de demarcación, situados en Praga y en Brünn, veinte inspecciones regionales y las autoridades de distrito, encarnadas también en funcionarios alemanes, además de las legiones alemanas de empleados, agentes de policía y tropas.

Junto a estas autoridades, actúan las del partido, que agrupan a los alemanes en organizaciones sometidas a las autoridades del Reich y que ocupan los puestos decisivos, sobre todo en la administración municipal. Doce tribunales alemanes de distrito instalados en el territorio checo administran de hecho toda la justicia, ya que entienden no sólo de los delitos políticos y de los delitos comunes, sino también de los

litigios privados que afectan a los alemanes. El número de empleados y comisarios alemanes, sin incluir los militares ni los agentes de la Gestapo, se calcula en unos 30.000. Y hay que tener en cuenta que este aparato se desarrolla cada vez más.

Pondremos algunos ejemplos demostrativos de cómo se gobierna, prácticamente, y de cómo se deslindan las competencias en la zona del «Protectorado»:

El llamado gobierno autónomo del «Protectorado» presentó a propuesta del Comité de la «Comunidad nacional», proposiciones de ley sobre contratos de tarifas, subsidios contra la carestía y ordenanzas de precios. Antes de que se llegase a un resultado, apareció un decreto del «Protector» prohibiendo las huelgas y las subidas de salarios. El jefe de la Oficina de política de salarios, consejero de gobierno Schröder, que depende del grupo 1.º bajo la autoridad del «Protector» del Reich, declaró que este decreto privaba de validez jurídica a todos los aumentos de salarios concedidos hasta entonces, aumentos que, además, habían sido otorgados, en su mayoría, como consecuencia de una amenaza de huelga. Otro ejemplo: el gobierno vasallo delibera acerca de las leyes contra los judíos, distintas de las de Nuremberg; de pronto, aparece un decreto del «Protector», fulminando una ley contra los judíos. Otro: la comisión de Agricultura de la «Comunidad nacional» y el gobierno vasallo examinan la necesidad de fijar precios rentables para los cereales; de pronto, aparecen unas órdenes emanadas de un organismo del «Protectorado» estableciendo la necesidad de cultivar plantas industriales con arreglo a las normas de la «batalla de la producción» de Goering; por ejemplo, asignando al territorio del «Protectorado» 8.000 hectáreas de lino en vez de 4.000.

El infame engaño nazi de la «autonomía» ha sido puesto al desnudo, por último, con la publicación de los poderes concedidos por el Canciller del Reich al «Protector» y que confieren a éste el derecho de convertir en cualquier momento el territorio autónomo en territorio del «Protectorado», siempre y cuando que así lo exija «el interés común» o que un derecho cualquiera se oponga al régimen de «protección» por el Reich. Según este decreto, los preceptos y las medidas emanados del «Protector» quedan sustraídos a la fiscalización de las autoridades administrativas y judiciales autónomas del país checo.

La lengua oficial es, en realidad, la lengua alemana, ya que las verdaderas autoridades del gobierno, los negociados dependientes del «Protector» y las autoridades nazis sólo se sirven de esta lengua. Pero, además, un decreto del «Protector» amenaza ya con implantar la lengua alemana como lengua general para el trato y el comercio social. En el terreno cultural, a las escuelas se les prescribe lo que han de enseñar y a los teatros lo que deben representar, y a unas y otros lo que les está prohibido enseñar y poner en escena. Se obliga a teatros puramente checos, entre ellos el Teatro Nacional, a dar representaciones en alemán, habiéndose confiscado teatros checos para fines de germanización y escuelas checas para fines militares. Además del espectáculo coti-

diano de los obreros y empleados checos llevados a rastras al Reich, se amenaza con «recolonizar» a los obreros, funcionarios, ingenieros y campesinos checos, canjeándolos por alemanes. No es nuestro propósito enumerar aquí en detalle todas las medidas adoptadas por los invasores nazis. Los ejemplos aducidos bastan para indicar hasta la saciedad cómo la soga de la dominación nazi se va apretando y va estrangulando cada vez más al territorio del «Protectorado», imponiendo a los checos una suerte peor que la de cualquier pueblo colonial. Las mallas de los derechos aparentes que aún se dejan en pie no tienen más finalidad que engañar y desorientar a la opinión pública internacional, servir de maniobras diversionistas y azuzar a los alemanes contra los checos y a unos checos contra otros.

Además, los conquistadores creyeron en un principio que lograrían atraerse a una contada minoría de checos escogidos, lo que les permitiría dar a la opresión un tinte «autónomo». Estas esperanzas han resultado fallidas; fuera de un puñado de granujas, de gentes del hampa, de sujetos literalmente comprados, la nación checa en su totalidad no guarda para los invasores más que odio y desprecio. Por eso la dominación extranjera va renunciando cada vez más a la demagogia y opone más y más a los checos el terror escueto y brutal.

La suerte del pueblo checo es una severa advertencia a todos los pueblos para precaverse contra la traición de la burguesía reaccionaria, barrer a tiempo a los capituladores y defender su libertad antes de que sea tarde.

La «desjudaización» del pueblo checo.

El antisemitismo, como arma de las clases dominantes para saquear al propio pueblo y desviar a las masas populares de la lucha contra el régimen imperante, no es una invención del fascismo alemán. Lo que sí ha «inventado» el fascismo alemán es el antisemitismo como arma para saquear y expropiar a fondo a pueblos extranjeros. El decreto del «Reichsprotector» Neurath acerca de la llamada «desjudaización de la economía checa», que lleva fecha de 22 de junio de 1939, pasará seguramente a la historia como ejemplo clásico del saqueo y la expropiación de pueblos extranjeros por el fascismo con ayuda del antisemitismo.

Este decreto consta de 12 artículos. Los artículos 1, 2 y 3 dicen que las empresas y sociedades judías sólo podrán disponer y conceder derechos sobre industrias, fincas, alquileres, títulos o participaciones en empresas, con una autorización escrita especial del «Protector», el cual podrá delegar en todo o en parte su competencia. Se da como plazo máximo el del 31 de julio de 1939 para notificar al departamento regional correspondiente todas las propiedades inmuebles de judíos. Los artículos 4 y 5 del decreto prohíben a los judíos adquirir fincas, participar en empresas económicas ni tomarlas en arriendo, adquirir o transferir títulos y valores, enajenar objetos de oro, plata, platino,

pedras preciosas, perlas, joyas y objetos de arte, siempre que se trate de un objeto suelto o de una colección cuyo valor exceda de 10.000 coronas.

El artículo 6 define con arreglo a las leyes de raza de Nuremberg, quienes deben ser considerados «judíos».

Los artículos 8 a 12 conceden al «Protector» el derecho a nombrar y revocar fiduciarios, delegados y administradores forzosos, lo que constituye un medio de desnacionalización, ya que estos apoderados del «Protector» son siempre, naturalmente, alemanes. Estos artículos establecen, además, las penas y las normas de ejecución.

Pero el artículo decisivo, el que puede llamarse el verdadero artículo de expropiación de la economía checa, es el artículo 7, que determina cuándo puede una empresa considerarse judía. Según este artículo, se consideran como judías, no sólo aquellas empresas cuyo titular sea judío, sino también todas las que tengan uno o varios socios judíos personalmente responsables o en cuyo consejo de administración o de inspección figuren uno o varios judíos. Se consideran también como judías las filiales de una empresa calificada de tal. Las filiales de una empresa no judía se consideran judías cuando en su dirección individual o colectiva figure un judío. Este artículo indica claramente que el decreto contra los judíos no es más que un saqueo contra la riqueza nacional checa y contra las posesiones nacionales de este país. Con la confiscación de la riqueza y de las propiedades judías, se trata de expropiar ampliamente la economía checa en favor del capital financiero alemán, ya que, según declara este artículo, la economía checa se halla «mediatizada por los judíos» en grandes proporciones.

Gracias a la lucha mantenida contra el antisemitismo por la clase obrera y por Masaryk, en el pueblo checo apenas existían sentimientos antisemitas. Los judíos checos se habían asimilado ampliamente a la vida económica, cultural y nacional del pueblo checo. El movimiento nacional checo de carácter democrático desarrollado bajo la monarquía austro-húngara durante la guerra mundial, el desarrollo democrático de la época de la postguerra y el movimiento antifascista de los últimos tiempos, fomentaron este proceso de asimilación. Los judíos que no militaban en el movimiento proletario, apoyaban al régimen democrático-burgués. Había y hay muchos judíos checos que ignoran en absoluto que su abuelo o su abuela fuesen judíos y que sólo pensaban y actuaban como checos. Nadie se había preocupado de ir a olfatear los orígenes de raza de estos hombres; los judíos se hallaban plenamente equiparados en todas partes, en el Estado y en la economía, en toda la vida pública y nacional, a los demás checos, sin tropezar con prejuicio alguno. Esta asimilación completa de los judíos checos a la vida nacional del país, hace que sean muy pocas las empresas checas de alguna importancia que presenten una estirpe puramente «aria», por decirlo así.

El decreto contra los judíos ha producido también gran indignación en el campo de la burguesía checa. Es cierto que una parte de

esta burguesía acaricia aún sus ilusiones y no acierta a creer que los nazis se atrevan a expropiarlos por los métodos de los gangsters. El partido checo de la «Comunidad nacional» habla del derecho de la nación a las propiedades de los judíos y los periódicos checos opinan que no se debe hablar de «arianizar», sino de convertir las propiedades judías en propiedades checas, ya que estas propiedades proceden de la riqueza nacional. Estas gentes no acaban de darse cuenta de que lo que se está jugando es su pelleja.

Pero aún esta prensa checa, sincronizada, que abriga semejantes ilusiones, caracteriza la moral de bandidos de los nazis al invitar a la población checa a que no se deje en modo alguno atemorizar por gentes que se presenten con el uniforme de la Gestapo, entregándoles las joyas, las piedras preciosas, etc., y a que denuncien sin miedo a estos individuos. Es decir, que para ella el uniforme de la Gestapo, signo de soberanía del Reich nazi, constituye en cierto modo el signo distintivo del oficio de bandolero y de la moral de bandidaje, y como tal lo pone públicamente en la picota.

Por todas partes, se oyen reproches. Los círculos fascistas y reaccionarios de los capituladores checos, que con sus campañas antisemitas han facilitado la obra de los nazis, echan en cara a otros elementos checos el haber sido los culpables de este decreto, por haber vacilado y haber rechazado el antisemitismo. Los círculos del gobierno vasallo y de la dirección del partido de la «Comunidad nacional» reprochan a las autoridades nazis el que no contestan a sus consultas y propuestas, y las autoridades nazis replican en tono maligno y brutal que las autoridades autónomas del «Protectorado» están incapacitadas para actuar; más aún, las acusan de favorecer a los judíos. En la repulsa de la cruzada antisemítica de los nazis y de la campaña antisemítica de los círculos reaccionarios checos, en la que el pueblo checo veía acertadamente un medio para su avasallamiento, nació, bajo la presión de esta resistencia del pueblo, el concepto de «arios honorarios», con el que se quería salvar de la persecución a ciertos checos de origen judío que gozaban de alguna popularidad, como por ejemplo el conocido redactor deportivo Laufer. Esta repulsa de la cruzada antisemita sirvió de pretexto al fascismo alemán para justificar la imposición de la ley contra los judíos a espaldas de las autoridades autónomas.

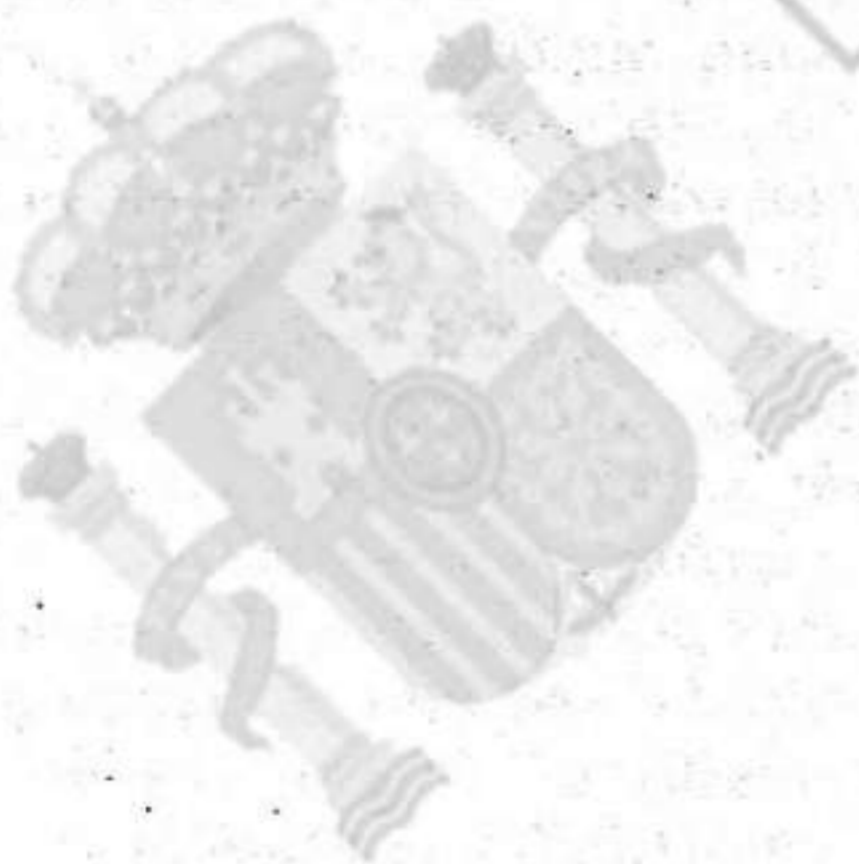
La violenta discusión entablada en torno a esta ley hubo de mover a los invasores, no sólo a procurar no herir a la burguesía checa, sino además a desviar la atención del pueblo checo del inmenso alcance de esta ley.

Una pequeña parte de la burguesía checa sigue confiando en poder librarse de consecuencias peores con su servilismo de esclavos ante los invasores. Pero, por otra parte, este nuevo y rudo golpe asestado al pueblo checoslovaco, aumenta el movimiento nacional de resistencia contra los dominadores extranjeros.

Las masas comprenden que el golpe va dirigido contra todos, que la llamada «arianización» no significa más que la dominación total

y absoluta del capital financiero alemán sobre la economía checa, sobre las empresas y los obreros checos. Los checos son expulsados del «espacio vital» conquistado por el imperialismo alemán y hacinados en el cuarto de la servidumbre. Esto y no otra cosa es lo que el imperialismo alemán llama su «espacio vital»: la expropiación y la esclavización despiadadas de pueblos extranjeros, la «totalidad» del poder con que convierte a naciones extranjeras en un tropel de «descamisados».

Los antisemitas son, en todas partes, los que preparan el camino al imperialismo alemán. «¡Más vale un pequeño pogromo que un gran impuesto sobre la riqueza!», dijo un día un capitalista judío reaccionario. Hoy, el mundo empieza a darse cuenta de que las leyes pogromistas del fascismo alemán no sólo preparan un gran «impuesto sobre la riqueza», sino el saqueo y la expropiación más completos de la nación en favor de los bandoleros fascistas.



W. FLORIN.

Sobre el Congreso de Zurich de la Federación Sindical Internacional

Por segunda vez desde la implantación de la dictadura fascista en Alemania se ha reunido, esta vez en Zurich, un Congreso de la F.S.I. El anterior Congreso, celebrado en Londres en 1936, hubo de enfrentarse con el hecho de que el fascismo había destruido el gran movimiento sindical de Alemania y Austria y de que los Estados fascistas, después de su asalto contra Abisinia, preparaban nuevas agresiones. Aquel Congreso registró, al mismo tiempo, la impresión del movimiento creciente de resistencia contra el fascismo en una serie de países, y sobre todo de los éxitos del Frente Popular en Francia y en España. Coincidió con la gran sensación que los acuerdos del VII Congreso mundial de la Internacional Comunista produjeron entre las masas obreras del mundo entero en el sentido de la cohesión, de la resistencia contra el fascismo y de la lucha en defensa de los derechos democráticos del pueblo y de la paz. Coincidió con la impresión producida por la actitud firme y consecuente de la Unión Soviética socialista contra los agresores fascistas en su asalto contra Abisinia. Las fuerzas avanzadas de la F.S.I., y a la cabeza de ellas los delegados españoles y franceses, señalando el creciente peligro del fascismo en una serie de países y las nuevas intenciones agresivas de los Estados fascistas, exigieron en el Congreso de Londres que se mantuviese una lucha resuelta contra el fascismo y se tomase la iniciativa para implantar la unidad sindical internacional.

Incluso los acuerdos a medias, nacidos de la componenda, que recayeron después de violentas luchas en las comisiones, hubieran servido, si se hubiesen aplicado consecuentemente, para oponer grandes dificultades a los agresores fascistas. Pero, inmediateamente después de terminarse el Congreso, sus acuerdos fueron sabotados por una serie de centrales sindicales y por la propia dirección de la F.S.I.

En el Congreso de Londres, se votó, a pesar de todas las zancadillas de los elementos enemigos de la unidad, un acuerdo en el que se encomendaba a la dirección de la F.S.I. entrar en negociaciones con los Sindicatos soviéticos para su ingreso en la organización internacional. También este acuerdo fué sabotado por la dirección de la F.S.I. Hubo de mediar la presión de las masas y de algunas centrales nacionales avanzadas, para que la F.S.I. enviase a Moscú, en el otoño de 1937, una delegación encargada de entablar negociaciones. Como es sabido, estas negociaciones condujeron a un acuerdo entre ambas partes. La delegación de la F.S.I., formada por Jouhaux, Schevenels y Stolz, declaró en Moscú que intercedería cerca de la dirección de la Interna-

cional Sindical en pro de la reivindicación de los Sindicatos soviéticos; más aún, manifestó que esta reivindicación coincidía, en lo esencial, con las concepciones de la F.S.I.

En vista de esto, millones de obreros empezaron a confiar en la realización de la unidad sindical internacional. La prensa reaccionaria, los órganos del gobierno de una serie de Estados democrático-burgueses y toda la prensa fascista desencadenaron una campaña rabiosa contra la unidad sindical internacional, que empezaba a abrirse camino. La prensa reaccionaria apelaba a la «razón» de los dirigentes sindicales reformistas, a los que adulaba y amenazaba al mismo tiempo. Ante esta campaña, Schevenels se apresuró a renegar de lo que había declarado por escrito en Moscú. Los dirigentes sindicalistas reaccionarios se revolvieron con una hostilidad furiosa contra toda colaboración con los Sindicatos soviéticos, y sus «argumentos» coincidían de un modo sorprendente con los de la prensa provocadora y fascista. Algunos de ellos amenazaron con la escisión de la F.S.I. En mayo de 1938, se reunió en Oslo la Conferencia deliberante de esta organización internacional. Una serie de líderes sindicales, capitaneados por Citrine y Mertens, propugnaron una política que equivalía a una preparación ideológica de la capitulación de Munich dentro del movimiento obrero organizado. Las discrepancias en torno a esta línea, discrepancias que se agudizaron en Oslo ante el problema de la admisión o no admisión de los Sindicatos soviéticos, no podían salvarse ya mediante resoluciones de componenda. El antagonismo existente entre los amigos y los adversarios de la unidad era, al mismo tiempo, el antagonismo entre los que querían que se luchase enérgicamente contra el fascismo y los capituladores. Las fuerzas del progreso salieron derrotadas en Oslo, pero su punto de vista ha demostrado posteriormente la razón que le asistía, y algunos de los que lucharon contra él en Oslo se han convencido luego, afortunadamente, de que estaban equivocados.

Los acuerdos de Oslo, el avasallamiento de Checoslovaquia y de Albania por los rapaces Estados fascistas, la derrota del heroico pueblo español, causada por la política de «no intervención» y por la traición, y las cínicas confesiones de Hitler y Mussolini acerca de su intervención descarada desde el primer momento, la continuación de la guerra japonesa contra China y las amenazas de agresión de las potencias fascistas del Eje en el Occidente y en el Oriente, hacen que hoy las masas obreras del mundo entero reclamen más enérgicamente todavía la unidad sindical internacional y la acción internacional contra el fascismo. Por eso en el Congreso de Zurich se ha vuelto a plantear el problema de la colaboración con los Sindicatos soviéticos y su ingreso en la F.S.I. La central sindical inglesa, sin abandonar ni mucho menos su actitud negativa ante los Sindicatos soviéticos, se ha visto obligada, teniendo en cuenta el estado de espíritu de sus afiliados, la situación internacional y las vacilaciones de la política inglesa, a presentar una propuesta para que volviese a invitarse a los Sindicatos soviéticos, pero sin preocuparse seriamente de obtener una mayoría para ella .

En la Conferencia de Oslo, la admisión de los Sindicatos soviéticos se rechazó por 16 votos contra 4 y una abstención; en Zurich, el acuerdo ha vuelto a ser negativo, pero por 46 votos contra 37 y habiéndose eliminado los 4 votos de los delegados españoles. Desde un punto de vista formal, votaron en pro de la invitación a los Sindicatos soviéticos los representantes de 9,3 millones de afiliados y en contra los representantes oficiales de 6,2 millones, a pesar de lo cual la propuesta se ha considerado desechada, teniendo en cuenta la peregrina mecánica de los mandatos en esta organización.

Pero, en realidad, la proporción de votos debe enjuiciarse de otro modo, pues los adversarios de la unidad no pueden afirmar, ni mucho menos, que los afiliados a los sindicatos formalmente representados por ellos, los respalden en su actitud. Esta confesión se ha escapado incluso de labios de uno de los elementos más reaccionarios y más enemigos de la unidad, de labios del sueco Lindberg:

«Es cierto que los obreros de todos los países son, por razones puramente sentimentales, partidarios de la colaboración con la Unión Soviética. Así ocurre no solamente en Inglaterra, sino también en los países escandinavos e incluso, indudablemente, en los Estados fascistas.»

Sin embargo, esta confesión no encierra más que una parte de verdad.

Hay, en los países capitalistas, millones de obreros con conciencia de clase, sindicalmente organizados, que sienten mucho más que una simple «simpatía» por la Unión Soviética, que exigen una estrecha colaboración con los Sindicatos soviéticos y están dispuestos a defender a la U.R.S.S. por todos los medios contra cualquier ataque de los Estados capitalistas. Y, a pesar de que los dirigentes sindicales oportunistas que les representan conocen perfectamente, como vemos, la voluntad de las masas de sus sindicatos, su anhelo de unidad, estos enemigos de la unidad y estos capituladores ante el fascismo han cerrado el paso a la unidad sindical con sus votos en el Congreso de Zurich.

Esto sugiere la pregunta: ¿a quién representan, qué voluntad y qué intereses exteriorizan estos líderes sindicales enemigos de la unidad? Nos lo indica palpablemente la actitud adoptada por ellos ante los problemas íntimamente relacionados con la unidad y en primer término el problema de la lucha contra el fascismo y contra la agresión fascista. Se planteaba el siguiente dilema: ¿acciones internacionales del proletariado mundial o continuación de esa política funesta de simples protestas y de pasividad? ¿Reforzamiento del frente de los Estados amantes de la paz para cerrar el paso a las nuevas agresiones, o confabulación para la continuación de la política de Munich?

Los portavoces de los enemigos de la unidad procedían casi todos ellos —y no es extraño que así fuese— de los países que mantienen la política suicida de debilitación de la Sociedad de Naciones, de sabotaje del artículo 16 de su Estatuto, la política suicida de la llamada «neutralidad» frente a la agresión fascista y de tolerancia de las cons-

piraciones fascistas en el interior y de la ingerencia de los Estados fascistas en sus asuntos interiores.

Siguiendo las instrucciones de sus gobiernos, dictadas por el deseo de contemporizar con los Estados fascistas, estos delegados se manifestaron en contra tanto de toda acción proletaria internacional como de la conclusión de un pacto efectivo de paz de los Estados contra las agresiones fascistas. No cabe prueba más elocuente de esto que las calumniosas palabras de Lindberg:

«Nosotros, los que representamos a Estados neutrales, no queremos ser, a través de la Internacional Sindical, peones de ajedrez en el tablero de las grandes potencias.»

En realidad, son ya, al adoptar esta actitud, verdaderos *peones de ajedrez* en manos de Hitler sobre el tablero mundial. Debilitan el frente de lucha, calumnian a la F.S.I. y hacen el juego a la propaganda fascista. Al hablar simplemente de los bloques de las grandes potencias, ocultan que sólo es el fascismo el que quiere la guerra e impiden que se organice una lucha eficaz contra él. Convierten a sus pueblos en juguete de los Estados fascistas, como lo demuestra el ejemplo de Dinamarca, entregan sus pueblos al fascismo, quieren que sus pueblos trabajen para los agresores y les entreguen sus riquezas naturales también durante la guerra. En eso consiste su «neutralidad». No dudamos que los obreros de estos países se darán pronto cuenta de la realidad de esa política, advertirán los peligros que lleva consigo y se opondrán a ella.

En el Congreso de la F.S.I. se ha reflejado la crisis política de la Segunda Internacional y el peligro de la escisión de la Internacional Sindical, pues la intervención de una serie de oradores ha revelado que no están dispuestos a romper la coalición con su burguesía, aunque ésta estimule todavía más la agresión fascista, y que para ellos esta coalición está por encima de la pertenencia a la F.S.I. Del mismo modo que los gobiernos «neutrales» se han esforzado en reducir a la impotencia la Sociedad de Naciones, ciertos dirigentes sindicales, los de los países escandinavos por ejemplo, aspiran a reducir la F.S.I. a una oficina de estudio e información, no sólo para sustraerse a la crítica y a la dirección internacionales, sino también para privar a la F.S.I. de la posibilidad de organizar ninguna acción internacional.

El importante discurso del camarada Jouhaux en el Congreso de Zurich, discurso que reflejaba el punto de vista de las grandes masas sindicales, puede sintetizarse, sustancialmente, en los términos siguientes:

1) La F.S.I. ha contribuido, con su pasividad, a provocar la situación de Munich; el problema, ahora, consiste en saber si la F.S.I. va a seguir contentándose con simples protestas morales o va a proceder a una acción organizada.

2) Es necesario luchar por que se opongan a los agresores fascistas barreras infranqueables mediante la cohesión de todos los Estados, grandes y pequeños, amantes de la paz. Resistencia colectiva a toda agresión; ninguna nación debe permanecer ajena a este frente de resis-

tencia. Los sindicatos deben laborar en primera fila por conseguir este objetivo, deben luchar en vanguardia contra el fascismo.

3) Los sindicatos deben luchar con todas sus fuerzas por que sus pueblos no alimenten a los agresores fascistas, no produzcan para ellos, no trabajen para ellos.

He ahí un programa de lucha. Desgraciadamente, tenemos que reconocer que este discurso programático no ha ido acompañado por los acuerdos de lucha adecuados a él. La actitud de los Mertens (Bélgica), de La Bella (Holanda), de Lindberg (Suecia), de Weber (Suiza), de Watt (Estados Unidos), de Schevenels y de sus secuaces, hace que la F.S.I. se mantenga en el terreno de los acuerdos a medias y se halle incapacitada para la acción ante ningún problema internacional serio.

¿Cuáles han sido, en Zurich, los principales argumentos de los enemigos de la unidad?

Primer argumento: desde Oslo, no se ha producido en la situación ningún cambio que obligue a revisar los acuerdos allí tomados (Mertens, Bélgica).

A Mertens le tiene sin cuidado que, después de Oslo, el fascismo haya avasallado al pueblo checo, al pueblo español y al pueblo albanés y que una sangrienta guerra siga asolando a China. Mertens no quiere ver las posiciones militares para una ofensiva que Hitler ha hecho construir en la frontera belga, ni quiere reconocer que puede repetirse la sangrienta invasión y el avasallamiento del pueblo belga en 1914. No le inquieta tampoco el hecho de que se haya encendido un nuevo foco de guerra en la frontera polaca. Desde la Conferencia de Oslo, el peligro de una guerra general provocada por los Estados fascistas en Europa es todavía mayor que antes. En realidad, no hay nadie en el mundo que no se dé cuenta de esto. ¿A quién pretende servir Mertens con su intento de silenciar estos hechos?

Segundo argumento: el ingreso de los Sindicatos soviéticos en la F.S.I. debilitaría esta organización internacional e impediría, en ciertos casos, algunos de sus movimientos (Mertens). ¿Cuál es la realidad? La realidad es que el ingreso de los Sindicatos soviéticos en la F.S.I. elevaría a más del doble la fuerza de esta organización. Se traduciría en un auge de todo el movimiento sindical mundial. Reforzaría poderosamente la fuerza interior de la F.S.I. Permitiría rechazar más fácilmente todos los ataques del fascismo contra el movimiento sindical. Ese argumento sólo pueden esgrimirlo quienes, como Mertens, abrigan la intención de contribuir a la escisión y a la destrucción de los sindicatos, caso de que éstos lleguen a ser un peligro para el capitalismo.

Tercer argumento: «El pacto ruso en favor de la paz es necesario, pero la unidad sindical con los rusos debilitaría a la F.S.I.... No cabe unidad entre dos principios que se excluyen como el agua y el fuego» (Dr. Max Weber, Suiza). ¿Qué principios son estos? Los Sindicatos soviéticos abogan por el socialismo en el mundo entero. El Dr. Max Weber aboga por la continuación del capitalismo. Tales son los dos principios que se excluyen como el agua y el fuego. Donde Max Weber

ve una debilitación es, precisamente, donde nosotros vemos el fortalecimiento de la F.S.I. Se debilitaría, indudablemente, a los defensores del capitalismo dentro de la F.S.I., pero se fortalecería a las fuerzas socialistas que hay en su seno. Interesa, sin embargo, hacer constar que los Sindicatos soviéticos no han puesto como condición para ingresar en la F.S.I. el reconocimiento por ésta de sus principios.

Cuarto argumento: los Sindicatos soviéticos no son, según algunos, sindicatos libres, sino organizaciones del Estado, vinculadas al gobierno (Robert Watt, Estados Unidos). Este argumento fué mantenido también por algunos anticomunistas como Lindberg, lo que obligó a Jouhaux a poner ante sus ojos la trampa de su juego: «Para proceder imparcialmente —dijo Jouhaux—, habría que investigar la relación que media entre ciertas centrales sindicales y sus gobiernos, la sumisión de ciertas centrales sindicales a los acuerdos y a las órdenes de los gobiernos». Seguramente que el representante del ministro de Negocios Extranjeros de Suecia comprendió lo que Jouhaux quería decir.

Analicemos este argumento. En Rusia, los sindicatos nacieron después que el partido político obrero y por iniciativa de los bolcheviques. Los sindicatos estuvieron siempre íntimamente vinculados al partido de la clase obrera y dirigidos política e ideológicamente por él. Por tanto, los sindicatos no han surgido después de fundarse el Estado soviético, sino que, lejos de ello, contribuyeron a conquistar por la lucha este Estado y han sido siempre y siguen siendo, por consiguiente, sindicatos revolucionarios. Los sindicatos eran organizaciones independientes del Estado capitalista y de su gobierno. Bajo la dirección de su partido político, la clase obrera conquistó el Estado de los obreros y campesinos, su Estado y su gobierno, que, por serlo, era también el gobierno que apetecían los sindicatos, el gobierno por el que éstos habían luchado y al que apoyaban sin reservas. ¿Es que los sindicatos soviéticos no iban a contribuir a organizar y fortalecer el Estado de los obreros y los trabajadores? ¿Iban a permanecer indiferentes ante la edificación del socialismo? ¿O iban, incluso, a enfrentarse con su propio gobierno, al modo como la clase obrera se enfrenta con los gobiernos de los países capitalistas? Como vemos, este argumento no puede ser más podrido ni más demagógico.

Permitásenos ahora decir algunas palabras acerca de la situación en que se hallan algunas centrales sindicales en los países capitalistas. En su llamamiento de Primero de Mayo de este año, la Segunda Internacional se refería a los Países escandinavos, hablando incluso de que en ellos se edificaba el «socialismo». En todos estos países, se hallan en el Poder gobiernos socialdemócratas. Sin embargo, en dos de ellos rigen leyes que amordazan a los sindicatos. La central sindical de Suecia, bajo la presión del gobierno, ha concertado un pacto con los patronos, cuya finalidad es restringir la libertad de los sindicatos. Este pacto se hizo público. Las organizaciones sindicales y de masas protestaron contra él. No obstante, la dirección de la central sindical intenta obligar a las organizaciones a aplicarlo. En Noruega recaen, a base

de leyes antisindicales, sentencias judiciales contra los sindicatos y sus afiliados. En Dinamarca, el gobierno socialdemócrata ha promulgado una ley que restringe extraordinariamente la libertad de acción de los sindicatos contra los capitalistas, contribuyendo con ello a que entre el grueso de las masas obreras los salarios se mantengan bajos. En Finlandia, se halla en el Poder un gobierno socialdemócrata de coalición. Sin embargo, los sindicatos finlandeses se hallan constantemente vigilados y fiscalizados por la policía secreta. Lo cual no es obstáculo para que los dirigentes sindicales defiendan la política del gobierno contra la crítica de las masas y se mantengan constantemente en estrecho contacto con los gobiernos.

La socialdemocracia holandesa, aunque no se halla representada en el gobierno, mantiene una política de coalición con la burguesía. Esta política encadena también a los sindicatos, en los que la socialdemocracia tiene una influencia decisiva. En Bélgica, Mertens se ha pasado varios años ejecutando las órdenes del gobierno de Spaak, y en Suiza Grimm sabe perfectamente con cuánta frecuencia intervienen los gobiernos en las medidas de los sindicatos. También los ingleses han empleado este argumento, que hoy han abandonado, pues la colaboración de los dirigentes sindicales con Chamberlain no es ya un secreto para nadie.

Tales son los hechos. No; los dirigentes sindicales oportunistas, que no se mantienen solamente en una relación de dependencia respecto a sus gobiernos, sino en una relación contractual de compromiso con respecto a las organizaciones patronales; que han contribuido ellos mismos a que los sindicatos viesen restringida de cien maneras su libertad de acción a fuerza de leyes y decretos; que han inventado una «teoría» glorificando este estado de cosas, no son los más indicados para venir a «descubrir» la falta de libertad de los sindicatos soviéticos.

Cuando Julián Racamond, en un impresionante y claro discurso, criticaba el que la F.S.I. no haya organizado ninguna acción internacional contra el fascismo ni haya prestado al heroico pueblo español la ayuda que hubiera podido prestarle; cuando un delegado chino criticaba el que desde 1938 la F.S.I. no haya ayudado para nada a la lucha de liberación de China; cuando el representante de la India reprochaba a la F.S.I. su pasividad con respecto a las masas trabajadoras del Oriente; cuando el representante de Palestina criticaba la deficiente lucha de la F.S.I. contra las persecuciones de raza, cuando Spieckmann, miembro del secretariado profesional de empleados, se lamentaba de la indiferencia de la F.S.I. y de las organizaciones nacionales en punto al apoyo a los sindicatos clandestinos en los países fascistas, trazaban en conjunto un cuadro vergonzoso de inactividad ante problemas internacionales de la mayor importancia. En el Congreso de Zurich, Mertens desarrolló un informe sobre la lucha para prevenir y atenuar las crisis económicas, sobre el problema del paro forzoso y de la reducción de la jornada de trabajo. Es significativo que no se abriese discusión algu-

na sobre este punto. Mertens, que mantuvo una «teoría» oportunista sobre el modo de prevenir las crisis bajo el capitalismo, defendió, sobre el modo de evitar las crisis y de luchar contra ellas, orientaciones que no son otra cosa que la podrida teoría del capitalismo «organizado». El holandés Kupperts completó este punto de vista en su informe sobre «los Sindicatos y el Estado», en el que, entre otras cosas, mantuvo la concepción reaccionaria de que el Estado debe intervenir en la reglamentación de los conflictos sociales y de que los sindicatos deben aspirar, dentro del Estado capitalista, a una llamada economía planificada democrática.

Mertens y Kupperts no han tenido más remedio que reconocer que, en lo que se refiere al aseguramiento de la vida de los parados, no se registran resultados favorables. Se han visto obligados, asimismo, a confirmar que, en lo tocante al problema de la reducción de la jornada de trabajo, no se advierte desde el Congreso de Londres ningún avance, sino más bien, en ciertos países, un retroceso. Y hubieran hecho bien en criticar a la F.S.I. por no haber incitado a los sindicatos de todos los países a luchar por la semana de 40 horas, después de lograda en Francia esta reivindicación. Pero esto les habría obligado a criticarse a sí mismos. Habrían tenido que criticar el hecho de que la F.S.I. dejase a los obreros franceses en la estacada cuanto los ataques de la burguesía menoscabaron sus conquistas. En vez de esto, Mertens reconoce que sólo cifraron sus esperanzas en la Oficina Internacional del Trabajo, con lo cual se ha conseguido que la solución del problema de la reducción de la jornada de trabajo se haya aplazado por tiempo indefinido. A Mertens no se le ocurre otra cosa que recomendar a los sindicatos que emprendan «acciones encaminadas a que los propios obreros se den cuenta de la importancia del problema, para afrontar de nuevo la lucha en el momento adecuado». Pero los obreros no necesitan de esto para comprender la importancia del problema. Lo que los dirigentes sindicales debieran hacer es enfocar seriamente el problema de la reducción de la jornada de trabajo como un problema de acción inmediata, y el momento adecuado para resolverlo se presentaría mucho antes de lo que se piensa.

En el Congreso de la F.S.I. no se admitió como delegado con voz y voto a ningún representante del movimiento sindical clandestino de los países fascistas. Este hecho encierra un carácter de principio y es, en realidad, una concesión que se hace a los dictadores fascistas. Hasta qué punto los obreros de los países fascistas se sienten vinculados al movimiento obrero internacional lo demuestra una carta recibida de Austria, en la que 250 delegados de empresa, en nombre de 97.000 obreros, exigían la unidad sindical y el ingreso en la F.S.I. de los Sindicatos soviéticos.

Por lo que se refiere a la política y a la táctica de la Federación Sindical Internacional, el Congreso de Zurich no ha marcado ningún progreso visible. Pero las centrales sindicales más avanzadas han conquistado para sus propuestas y para su política a muchos partidarios

nuevos dentro de las grandes masas del movimiento sindical mundial, a pesar de no haber logrado que estas propuestas y esta política triunfasen en el Congreso de Zurich. En los demás países, la mayoría de las masas sindicales aboga también por una política avanzada, pero esta mayoría no se halla todavía bastante en movimiento para obligar a los órganos dirigentes de sus sindicatos a que se respete su voluntad.

El Congreso de Zurich ha revelado el gran antagonismo que media entre los enemigos oportunistas de la unidad y los dirigentes progresivos. Ha revelado que entre los enemigos reaccionarios de la unidad y las grandes masas sindicales existe un abismo cada vez más hondo. El organismo de dirección de la F.S.I. recientemente elegido no expresa, por su composición, la voluntad de las grandes masas sindicales. Hoy, es perfectamente claro que la minoría progresiva de la dirección representa a la inmensa mayoría de los afiliados.

Apenas conocerse la votación recaída en el Congreso de Zurich contra la unidad, grandes masas reunidas en muchas asambleas sindicales, en la mayoría de los países europeos, han protestado contra los acuerdos antiunitarios de la F.S.I., prometiendo proseguir hasta el triunfo la lucha contra los enemigos de la unidad. Esta promesa fue formulada también por los representantes de las delegaciones que votaron por las propuestas unitarias.

Ante la agudización de la situación internacional y la profunda crisis de la Segunda Internacional, cada vez son mayores las masas obreras que ven en la unidad sindical la posibilidad más fuerte de organizar acciones proletarias internacionales conjuntas contra los agresores fascistas, por la libertad y la paz de los pueblos. Ningún obrero consciente podrá, indudablemente, comprender que mientras, de una parte, se aboga en favor de la inteligencia de Inglaterra y Francia con la Unión Soviética contra los agresores fascistas, de otra parte se sabotee por todos los medios el acuerdo de los obreros de los países capitalistas con los obreros de la U.R.S.S. Esta labor, contraria a la cohesión internacional de los obreros sindicalmente organizados de todos los países para la defensa en común de los intereses obreros más elementales, del pan, de la libertad y de la paz, choca con los sentimientos naturales de todo obrero. Seguramente que no hay muchos problemas ante los cuales la aplastante mayoría de la clase obrera internacional tenga un punto de vista tan unánime como ante el problema del ingreso de los Sindicatos soviéticos en la F.S.I., ante el problema de la unidad sindical internacional. El no ceder en este problema, defendiendo con ello la voluntad de la aplastante mayoría de la clase obrera internacional, constituye, por tanto, uno de los deberes más importantes de los comunistas y de todos los partidarios de la unidad obrera. Es precisamente en este terreno donde hay que hacer todo lo posible para vencer la resistencia de los escisionistas. Es precisamente en este terreno donde con mayor facilidad se puede conseguir, dentro de cada país y en el plano internacional, un triunfo de la unidad, y con él un poderoso auge del movimiento obrero.

F. DENGEL

Importancia de la "Historia del P. C. (b) de la U. R. S. S." para la clase obrera internacional

En su informe ante el XVIII Congreso del P. C. (bolchevique) de la Unión Soviética, dijo el camarada Stalin:

«Lo más importante que la burguesía de todos los países y sus acólitos reformistas tratan especialmente de conseguir, es desarraigar en la clase obrera la fe en su fuerza, la fe en la posibilidad y en el carácter inevitable de su triunfo, perpetuando con ello la esclavitud capitalista. Pues la burguesía sabe que si el capitalismo no ha sido aún derrocado y sigue subsistiendo, ello no se debe a sus virtudes, sino al hecho de que el proletariado carece aún de una fe suficientemente fuerte en la posibilidad de su triunfo. No se puede decir que los esfuerzos realizados por la burguesía en este sentido hayan sido completamente estériles. Hay que reconocer que la burguesía y sus agentes dentro de la clase obrera han conseguido, hasta cierto punto, envenenar el alma de la clase obrera con la ponzoña de la duda y de la falta de fe». («La Internacional Comunista», número extraordinario dedicado al XVIII Congreso del Partido bolchevique, pág. 491).

Es evidente que, durante estos años de la nueva guerra imperialista, en la que los agresores fascistas han hundido a cientos de millones de hombres, el movimiento obrero internacional no ha desempeñado el papel que hubiera podido desempeñar con arreglo a su fuerza y a su importancia. El movimiento obrero internacional cumplió defectuosamente con su deber para con el pueblo español, que hizo frente durante más de dos años y medio a la superioridad de fuerzas de los invasores fascistas y a las intrigas y a la labor de zapa de la burguesía reaccionaria de los otros países capitalistas y de sus agentes. Ha cumplido y cumple defectuosamente con su deber para con el pueblo chino, que, a su vez, lleva ya dos años luchando contra los bandoleros japoneses. Y no porque la gran mayoría de los obreros de los países capitalistas no simpatizaran y simpaticen con el pueblo español y el pueblo chino, no porque el proletariado internacional no estuviese y esté dispuesto a ayudar, sino porque falta la conciencia de que esta ayuda sólo era y sigue siendo posible si la clase obrera de cada país da la batalla a su propia burguesía imperialista reaccionaria. Lo que falta es la fe de los obreros en su fuerza y en la posibilidad de dar la batalla a la propia burguesía reaccionaria, poniéndose a la cabeza de los pueblos para derribar el fascismo e impedir una nueva guerra mundial.

La burguesía no perdona nada para oscurecer en los obreros la conciencia de su misión, la conciencia del papel que están llamados

a desempeñar en el actual período de agudización extrema de la situación internacional. No puede negarse, por ejemplo, que la propaganda de los bandoleros fascistas en cuanto al problema nacional ha ejercido y sigue ejerciendo cierta influencia sobre el movimiento obrero. Las insolentes charlatanerías de estos criminales acerca de las reivindicaciones de las «naciones proletarias» contra las «naciones ricas», acerca del «pueblo sin espacio», acerca de su derecho a «participar en las materias primas del mundo», es decir, en las colonias, a oprimir a otros pueblos, su intento de «justificar» sus empresas de bandolerismo con la invocación del «derecho de autodeterminación» de los pueblos, como en los casos de Memel y Danzig; toda esta cínica palabrería, siembra la confusión en las filas de la clase obrera y no se la combate suficientemente.

A su vez, los promotores reaccionarios de la guerra en los demás países capitalistas intentan razonar el apoyo efectivo que prestan a los criminales fascistas con el supuesto argumento de que se trata de «salvar la paz». Y tienen incluso la osadía de acusar de «instigadores de guerra» a los que quieren que se levante una barrera contra los nuevos crímenes de los agresores fascistas. Hablan de las supuestas «debilidades» de la Unión Soviética y exageran, de una parte, los descuidos en cuanto a la defensa del propio país y de otra parte la fuerza militar de los Estados fascistas.

Esta propaganda descarada y mentirosa de los fascistas y de la burguesía reaccionaria no hubiera podido sembrar la confusión que indudablemente ha sembrado y sigue sembrando entre la clase obrera si la «cola reformista de la burguesía», los socialdemócratas reaccionarios, no se hubiese dedicado precisamente a apoyar esta propaganda profascista. Estos elementos han contribuido lo suyo a envenenar a los obreros con la ponzoña de la duda en su fuerza y en la posibilidad y en el carácter inevitable de su triunfo, para de este modo obligarla paulatinamente a capitular ante el fascismo.

Hay que reconocer que los comunistas no han conseguido todavía, ni con mucho, salir al paso de esta propaganda de los fascistas, de la burguesía reaccionaria y de su cola reformista. Todavía hoy se siguen dando casos en que los comunistas no penetran plenamente en los recovecos y repliegues de la propaganda fascista y profascista y se dejan desviar del camino derecho. Pondremos un ejemplo.

El fascismo alemán, que ha sojuzgado y oprime a los austriacos y a los checoslovacos, que amenaza a Polonia, a los países bálticos, a Dinamarca, a Holanda y, en unión de Italia, la independencia de Francia, de Suiza y de los países bálticos, chilla contra el «cerco», contra el avasallamiento de Alemania por los «países ricos». Algunos socialdemócratas alemanes reaccionarios empiezan a contar ahora la fábula de una posible desmembración imperialista de Alemania en caso de una guerra provocada por los fascistas alemanes, poniendo «en guardia» contra ello. Con esto, esos socialdemócratas reaccionarios se preparan, manifiestamente, para pasarse en su día al campo de la

burguesía imperialista alemana. Los comunistas alemanes tenían que penetrar y desenmascarar el carácter reaccionario, profascista, de esta propaganda. Pero no lo hicieron así, sino que, en parte y durante algún tiempo, se dejaron arrastrar a este camino sinuoso, en vez de declarar con toda claridad que quienes rechazan la agresión fascista alemana mantienen una guerra justa, que nadie amenaza al pueblo alemán; que, lejos de ello, la Alemania actual no es más que una cárcel de pueblos que amenaza la independencia de otros países, y que si llega a hacerse necesaria una guerra justa, una guerra de defensa contra el agresor, el peligro que hay que tener en cuenta no es el de la desmembración de Alemania por la burguesía reaccionaria de Inglaterra y Francia, sino el de que esta burguesía reaccionaria, traicionando a sus pueblos, llegue a un acuerdo con el fascismo alemán contra la Unión Soviética.

Refiriéndose a estas fallas de los comunistas en los países capitalistas, dijo el camarada Manuliski, en su informe ante el XVIII Congreso del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S., en nombre de la delegación del Partido bolchevique en el C. E. de la I. C.:

«Los Partidos Comunistas no han aprendido todavía a luchar como es debido contra la demagogia fascista: no han sabido hacer fracasar la especulación del fascismo alemán con el problema nacional en el Sarre, en Danzig ni en la región de los Sudetes.

No se han asimilado todavía más que muy debilmente el gran arte stalinista de prever los acontecimientos, de tener en cuenta el papel de los diversos Estados, y el de las clases y el de los Partidos dentro de ellos, de adelantarse a las maniobras del enemigo y saber deshacer a tiempo sus planes.

Los comunistas de los países capitalistas no están suficientemente preparados para los bruscos virajes de los acontecimientos, ni dominan aún las formas de lucha que exige la tensión de la situación internacional.» («La Internacional Comunista», número extraordinario dedicado al XVIII Congreso del Partido bolchevique, pág. 79.)

Los comunistas son, en todos los países, la parte más avanzada del movimiento obrero. De su actuación, de su política, de su perspicacia y capacidad para enjuiciar acertadamente todas las circunstancias y para hacer frente a los bruscos virajes de los acontecimientos, depende la medida en que el movimiento obrero dentro de cada país y en el plano internacional esté en condiciones de asumir la dirección en la lucha contra el fascismo y contra la burguesía profascista, contra la burguesía imperialista reaccionaria.

Los acontecimientos vienen a dar la razón a los comunistas. La burguesía se enreda cada vez más en sus propias contradicciones. Los dirigentes reaccionarios de la socialdemocracia se revelan cada vez más descaradamente como los cómplices de su burguesía, lo que infunde una inquietud cada vez mayor a las masas de sus partidos. Pero lo que sobre todo ayuda a los comunistas a cumplir su misión es la realidad del socialismo en una sexta parte de la tierra, la importancia cada día mayor de la Unión Soviética en el mundo, la actuación del gobierno de la Unión Soviética bajo la dirección del Partido bolchevique, bajo la dirección del camarada Stalin.

«Si los éxitos alcanzados por la clase obrera de nuestro país, su lucha y su triunfo —dice el camarada Stalin al final de su informe en el XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S.—, pueden servir para levantar el espíritu de la clase obrera de los países capitalistas y fortalecer en ella la fe en su fuerza, la fe en el triunfo, nuestro Partido puede decir que no trabaja en balde. Y no cabe duda de que así será.» («La Internacional Comunista», número extraordinario dedicado al XVIII Congreso del Partido bolchevique, página 50.)

Es necesario hacer ver a las masas obreras toda la grandeza, toda la importancia del ejemplo de la clase obrera de la Unión Soviética en el pasado y en el presente. El *conocimiento* de este ejemplo es la mejor arma en la lucha contra la propaganda de la burguesía y de su cola reformista, es la mejor arma para la unión de la clase obrera sobre la base de la fe en su fuerza, de la fe en la posibilidad y en el carácter inevitable de su triunfo sobre el fascismo y sobre el capitalismo.

La inmensa importancia de la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» consiste en que permite a los comunistas, a los simples obreros, asimilarse esta *ciencia*, la ciencia de las condiciones de la lucha de clases de los métodos para dominar las dificultades de esta lucha bajo las condiciones más complicadas, la ciencia de las premisas que han de darse para que sean posibles y seguros el auge y el triunfo de la clase obrera, la ciencia de la fuerza creadora del proletariado para crear un mundo nuevo y mejor, el mundo del socialismo, la ciencia de la superioridad del socialismo sobre el capitalismo.

En la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.», esta ciencia se transmite sobre la base de la experiencia viva; es una ciencia documentada y confirmada con hechos, con ejemplos concretos.

De entre la multitud de problemas planteados en este libro destacaremos solamente unos cuantos, con el fin de hacer ver la importancia que tiene esta obra para los tiempos actuales.

Una tesis que encontramos mantenida como hilo de engarce a lo largo de toda la obra es la de la *importancia de la teoría* para la lucha revolucionaria de la clase obrera. En el período de formación del partido político de la clase obrera rusa, del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, Lenin luchó contra los llamados «economistas», oportunistas que declaraban «normal» el desbarajuste ideológico que existía por aquel entonces en el movimiento obrero ruso, proclamando que el interés fundamental de los obreros era la lucha económica por la subida de salarios, etc. Lenin asestó un golpe demoledor a esta filosofía oportunista, sobre todo con su famoso libro «¿Qué hacer?». La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» analiza este libro en los términos siguientes:

«Lenin señaló que el prosternarse ante el movimiento obrero espontáneo y el rebajar el papel del elemento consciente, el papel de la conciencia socialista, de la teoría socialista, significaba, en primer lugar, burlarse de los obreros, que tienden hacia la conciencia como la planta hacia la luz, y en segundo lugar, desprestigiar a los ojos del Partido la teoría, es decir, el

arma gracias a la cual el Partido tiene conciencia del presente y prevé el futuro, y en tercer lugar, hundirse total y definitivamente en la charca del oportunismo.

«Sin teoría revolucionaria —dice Lenin— no puede haber tampoco movimiento revolucionario... Sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir su misión de combatiente de vanguardia.» (Lenin, ¿«Qué hacer?», Obras completas, ed. rusa, t. IV, pág. 380.)

Lenin señaló que los «economistas» engañaban a la clase obrera al afirmar que el movimiento espontáneo del proletariado podía engendrar una ideología socialista, pues en realidad ésta no brota del movimiento espontáneo, sino de la ciencia. Al negar la necesidad de inculcar en la clase obrera una conciencia socialista, los «economistas» allanaban el camino a la ideología burguesa, ayudándola a infiltrarse, a penetrar en la clase obrera y, por consiguiente, enterraban la idea de la fusión del movimiento obrero con el socialismo y prestaban un servicio a la burguesía.

«*Todo lo que sea prosternarse ante el movimiento obrero espontáneo —decía Lenin—, todo lo que sea rebajar la importancia del «elemento consciente», la importancia de la socialdemocracia, equivale —en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace— a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros.*» (Obra cit., pág. 390). («Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.», ed. española, págs. 43-44).

En el período que siguió a la derrota de la revolución rusa de 1905 comenzaron a manifestarse también en la socialdemocracia rusa tendencias de descomposición, y una serie de escritores empezaron a atacar los fundamentos filosófico-teóricos del marxismo. Saliendo al paso de esas tendencias y de esos ataques, escribió Lenin su obra titulada «Materialismo y empiriocriticismo», acerca de cuya importancia dice la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» (pág. 120):

«Para poder juzgar la enorme importancia que esta obra de Lenin tiene en la historia del Partido bolchevique y comprender qué riqueza teórica era la que defendía Lenin contra todos y cada uno de los revisionistas y degenerados del período de la reacción stolypiniana, es necesario detenerse a examinar, aunque sea brevemente, los fundamentos del materialismo dialéctico e histórico.

Este examen es tanto más necesario cuanto que el materialismo dialéctico e histórico constituyen el cimiento teórico del comunismo, las bases teóricas del Partido marxista, y todo militante activo del Partido Comunista está obligado a conocer estos fundamentos teóricos y a asimilárselos.»

Y la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» traza, en un capítulo especial, una síntesis maravillosamente clara y asequible a los obreros del materialismo dialéctico e histórico, «cimiento teórico del comunismo».

Lenin y Stalin han subrayado siempre que sin dominar la teoría marxista-leninista es imposible desarrollar una actuación práctica consecuentemente revolucionaria. Uno de los pilares fundamentales de la teoría de Lenin es que el Partido revolucionario de la clase obrera tiene la misión de inculcar a la clase obrera la conciencia socialista, como condición previa para unir a los obreros en la lucha contra el capitalismo.

Hay todavía comunistas que prestan poca atención a estas enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin, que no trabajan suficientemente sobre sí mismos para colmar las lagunas que hay en su prepa-

ración teórica, que invocan y repiten hasta la saciedad sus muchas ocupaciones prácticas para disculpar esta falta imperdonable. Esta defectuosa preparación teórica es precisamente la que hace que algunos comunistas no sepan, con frecuencia, orientarse en las situaciones complicadas, no sean capaces de prever o descubrir a su debido tiempo los cambios operados en la situación, no se hallen en condiciones de desbaratar la propaganda del enemigo.

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» demuestra que si los bolcheviques, si Lenin y Stalin, pudieron salir airoso de los problemas más difíciles y más complicados fué, exclusivamente, porque dominaban magistralmente la teoría, la ciencia del socialismo, fundada por Marx y Engels, porque la enriquecieron y la desarrollaron con arreglo a la nueva situación, a las nuevas experiencias y a los nuevos problemas.

Dominar la teoría del socialismo científico, preocuparse de los problemas teóricos, abordar la solución científica de los problemas decisivos de cada país, refutar de un modo científico y concienzudo la propaganda enemiga de la burguesía y de su cola reformista, son deberes indeclinables de todo comunista, tal como la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» los enseña.

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» nos enseña, además, que la parte más avanzada y más consciente de la clase obrera, los comunistas, lograrán sin ningún género de dudas *unir a la clase obrera* y desplazar y liquidar la influencia de la burguesía, siempre y cuando que sepan aplicar una política acertada.

Un ejemplo elocuente de esto nos lo ofrece el año 1917. A raíz de la revolución de Febrero, la mayoría de los obreros de Petrogrado y de Moscú seguía a los partidos de la componenda con la burguesía, a los mencheviques y socialrevolucionarios, a pesar de que los bolcheviques eran los que dirigían a las masas en la lucha directa de la calle.

En el breve espacio de ocho meses, los bolcheviques, bajo la dirección de Lenin, pertrechados con el socialismo científico, preparados por toda su historia anterior y templados en las luchas revolucionarias y en la ilegalidad, lograron conquistar la mayoría de la clase obrera.

He aquí lo que dice acerca de esto la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.»:

«El Partido, tomando como base los acuerdos de la Conferencia de abril, desplegó una labor intensísima por la conquista de las masas, por su educación combativa y por su organización. La línea del Partido, durante este período, estribaba en conquistar la mayoría dentro de los Soviets y aislar de las masas a los partidos menchevique y socialrevolucionario por medio del esclarecimiento paciente de la política bolchevique y el desenmascaramiento de la política de componendas de aquellos partidos.

Además de su labor en el seno de los Soviets, los bolcheviques desarrollaban un trabajo gigantesco en los sindicatos y en los comités de fábricas y empresas industriales.

Pero donde los bolcheviques realizaban la labor más intensa era en el seno del ejército...

Gracias a esta labor de propaganda y agitación de los bolcheviques, se consiguió que ya en los primeros meses de la revolución los obreros de muchas ciudades procediesen a reelegir los Soviets, en particular los de distrito, expulsando de ellos a los mencheviques y socialrevolucionarios y sustituyéndolos por afiliados al Partido bolchevique» (pág. 22).

La consigna central de lucha de los bolcheviques, durante este periodo, era la de «¡Todo el Poder a los Soviets!». En julio —después del aplastamiento de la manifestación pacífica organizada por los obreros y soldados de Petrogrado—, la contrarrevolución pasó a la ofensiva contra la clase obrera revolucionaria.

«Ante los cambios operados en la situación —dice la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.—, el Partido bolchevique decidió cambiar de táctica. Pasó a la clandestinidad, ocultando a su jefe, Lenin, en sitio rigurosamente secreto, y comenzó a prepararse para la insurrección, con el fin de derrocar el Poder de la burguesía mediante las armas e instaurar el Poder Soviético» (pág. 228).

«El período pacífico de la revolución ha terminado» —dijo el camarada Stalin—; ha comenzado el período no pacífico de la revolución, un período de choques y explosiones...» (Lenin-Stalin, «1917», pág. 308) («Historia», pág. 230).

Pero en agosto había vuelto a cambiar la situación. El general Kornilov organizó abiertamente un complot contra la revolución, para, en unión de todas las fuerzas contrarrevolucionarias, acabar con los Soviets y desarmar a los obreros.

Bajo la dirección de los bolcheviques, se formó el frente único de los obreros para dar la batalla a la contrarrevolución; bajo la dirección de los bolcheviques, los obreros y los soldados aplastaron la intentona kornilovista.

Acerca de esto dice la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.»:

«Los líderes socialrevolucionarios y mencheviques, entre ellos Kerenski, muertos de miedo, iban a buscar amparo en los bolcheviques, convencidos de que éstos eran la única fuerza efectiva de la capital capaz de aplastar a Kornilov.

Pero, aun movilizando a las masas para aplastar el movimiento de Kornilov, los bolcheviques no cesaron en su lucha contra el gobierno Kerenski, desenmascarando ante las masas a este gobierno y a los mencheviques y socialrevolucionarios, que, con toda su política, ayudaban objetivamente a la intentona contrarrevolucionaria de Kornilov» (pág. 235).

A través de estas luchas, el Partido bolchevique se fué convirtiendo en la fuerza decisiva de la revolución. Al mismo tiempo, el aplastamiento de la intentona de Kornilov puso de manifiesto la formidable fuerza revolucionaria de los Soviets. Los bolcheviques fueron conquistando la mayoría en los Soviets de todos los centros decisivos del país, uno tras otro.

A fines de octubre de 1917, los bolcheviques estaban ya en condiciones de llevar a la clase obrera a la insurrección victoriosa, a la conquista del Poder.

Con su lucha audaz y perspicaz, los bolcheviques conquistaron la

dirección de la clase obrera, con lo cual la clase obrera de Rusia conquistó, a su vez, la dirección del pueblo ruso y llevó a cabo la alianza de los obreros con los campesinos.

Esta experiencia del proletariado ruso da a la clase obrera de todos los países la certeza de que puede conquistar la dirección del pueblo y llevar a cabo la alianza con los campesinos, siempre y cuando que rompa todas las amarras con la burguesía y defienda resueltamente su propia causa como la causa de todo el pueblo. Mantener a todo trance y bajo todas las circunstancias una política independiente de clase, la política de la clase obrera, encontrar rápidamente la nueva orientación táctica en cada nueva situación, aunar la firmeza imperturbable con la máxima flexibilidad táctica: he ahí lo que todo comunista puede y debe aprender en la historia de los bolcheviques.

Y las experiencias del movimiento obrero ruso, de la revolución y sobre todo del año 1917, demuestran que la clase obrera sólo podrá emanciparse de la influencia burguesa y conquistar el Poder si está dirigida por un Partido «libre de oportunismo, intransigente frente a los oportunistas y capituladores y revolucionario frente a la burguesía y al Poder de su Estado» («Historia», pág. 412).

Este Partido fué el que creó Lenin, sacando de la nueva situación creada —del imperialismo, del período de la revolución proletaria— las conclusiones adecuadas en cuanto a la organización, a la estructura y al contenido de la política de la vanguardia organizada de la clase obrera, del partido revolucionario del proletariado.

Sólo el *Partido revolucionario de la clase obrera, Partido de nuevo tipo* formado y educado por Lenin en una incesante lucha consecuente y tenaz contra el oportunismo y contra todo lo que significase componendas, podía estar en condiciones de conquistar la confianza de la clase obrera, de unirla, de infundirle la conciencia de su fuerza y de su misión histórica y de llevarla a la victoria, en la revolución proletaria.

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» traza un cuadro plástico *de la fuerza creadora de la clase obrera después de la conquista del Poder*, de su fuerza para vencer todas las dificultades, a condición de que se halle a su frente un partido completamente fiel a la clase obrera, íntimamente vinculado con ella y pertrechado con el arma del marxismo-leninismo. A la clase obrera de Rusia le fué relativamente fácil, como dice el camarada Stalin, conquistar el Poder; lo que ya no le resultó tan fácil fué el asegurar el Poder y el construir el socialismo. La Unión Soviética fué el primer país que se lanzó por el camino inexplorado de la realización del socialismo. Y sigue siendo, hasta hoy, el único país en que el socialismo se ha realizado; se vió, pues, obligada a construir el socialismo sin tener ningún precedente en qué apoyarse y rodeada por un cerco capitalista enemigo. Cuando la clase obrera de Rusia conquistó el Poder, se encontró con un país atrasado, agotado y estremecido por la guerra. La contrarrevolución y los intervencionistas extranjeros intentaron aprovecharse de esta

coyuntura para estrangular al joven Poder Soviético. Pero, conducida por el Partido bolchevique y aliada a las masas trabajadoras del campo y a los pueblos que habían vivido oprimidos bajo el zarismo, la clase obrera derrotó a los ejércitos de la contrarrevolución y de los intervencionistas y los arrojó del país o los aplastó, a pesar de estar mal armada, mal vestida y mal calzada, a pesar del hambre y de las epidemias.

Bajo la dirección sabia y audaz de los bolcheviques, con Lenin y Staín al frente, la clase obrera venció todas las dificultades con que se tropezaba para la restauración del país y para la reconstrucción socialista. Bajo la dirección de los bolcheviques, bajo la dirección de Stalin, la clase obrera de la Unión Soviética ha realizado la obra histórico-mundial de suprimir radicalmente la explotación del hombre por el hombre y de realizar la sociedad socialista.

«La burguesía de todos los países afirma continuamente —dice Stalin en su informe al XVIII Congreso del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.— que el pueblo no puede vivir sin capitalistas ni terratenientes, sin comerciantes ni kulaks. La clase obrera de nuestro país ha demostrado prácticamente que el pueblo puede vivir con éxito sin explotadores.

La burguesía de todos los países afirma continuamente que la clase obrera, cuando destruye el viejo régimen burgués, es incapaz de construir nada nuevo sobre las ruinas de lo antiguo. La clase obrera de nuestro país ha demostrado prácticamente que es perfectamente capaz, no sólo para destruir el orden antiguo, sino para edificar un orden nuevo y mejor, el orden socialista, un orden en el que no se conocen las crisis ni el paro forzoso.

La burguesía de todos los países afirma continuamente que los campesinos son incapaces de marchar por la senda del socialismo. Los koljosianos de nuestro país han demostrado prácticamente que pueden marchar con éxito por la senda del socialismo («La Internacional Comunista», número extraordinario dedicado al XVIII Congreso del Partido bolchevique, págs. 49-50).

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» nos enseña que sólo bajo el régimen de la clase obrera pueden los pueblos desarrollarse y prosperar libremente y en fraternal colaboración, sin el menor atisbo de opresión nacional.

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» nos enseña, a la luz de docenas de ejemplos concretos, que la dominación de la clase obrera representa un cambio fundamental de la política exterior con respecto a la política exterior de los países capitalistas. Esta nueva política exterior no presenta ni la más leve huella de imperialismo, razón por la cual sólo prevalece en ella la preocupación de laborar por mantener y asegurar la paz entre los pueblos.

Lo que los mejores y más grandes hombres de todos los tiempos habían exigido y anhelado como el ideal de las relaciones entre los pueblos y en cuya realización dudaban dentro de la situación existente, es hoy una realidad en la Unión Soviética.

De este modo, la «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» enseña a todos los hombres progresivos del mundo que la humanidad ya no puede seguir avanzando más que bajo la dirección de la clase obrera. El triunfo de la clase obrera representa un salto de la huma-

nidad hacia adelante, hacia una etapa más elevada del desarrollo humano.

La burguesía reaccionaria y fascista no tiene inconveniente en hundir a la humanidad en la barbarie, con tal de salvar su dominación. Claro está que echa sus cuentas sin contar con la clase obrera, a la que no puede destruir sin destruirse a sí misma. A la postre, en la historia ha vencido siempre, pese a todas las derrotas pasajeras y parciales, el progreso, y no la podrida reacción. Y en nuestro tiempo, es la clase obrera la que representa el progreso de la humanidad; por eso tiene necesariamente que vencer, y vencerá.

Pero, por el momento, se trata de asegurar este auge y este triunfo de la clase obrera, sin el que se hundirán necesariamente en el infierno del fascismo nuevas docenas de millones de hombres. Se trata de impedir que el fascismo siga avanzando y de preparar de este modo su derrota final.

Y esto se conseguirá si la clase obrera se pone a la cabeza de esta lucha dentro de cada país y en el plano internacional, si se une para mantener esta lucha.

A los obreros no les falta voluntad de luchar; lo que sí les falta, muchas veces, es la fe en su fuerza, la confianza en su capacidad. La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» ofrece a los comunistas una nueva e importante posibilidad de infundir a las masas de millones de hombres esta fe, esta confianza.

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» es, en primer término, un manual de estudio para los comunistas. Es deber de todo comunista, no sólo leer este libro, sino penetrar en el fondo de él, en su entraña, hasta llegar a dominar la teoría marxista-leninista tal y como se indica en el capítulo final de la obra:

Poseer la teoría marxista-leninista significa asimilarse la *esencia* de darse de memoria todas sus fórmulas y conclusiones y aferrarse a la letra de ellas. Para poseer la teoría marxista-leninista hace falta, ante todo, aprender a distinguir entre su letra y su esencia.

Poseer la teoría marxista-leninista significa asimilarse la *esencia* de ella y aprender a aplicarla para resolver los problemas prácticos del movimiento revolucionario en las diversas condiciones de la lucha de clases del proletariado.

Poseer la teoría marxista-leninista significa saber enriquecer esta teoría con la nueva experiencia del movimiento revolucionario, saber enriquecerla con nuevas tesis y conclusiones, saber *desarrollarla e impulsarla*, sin retroceder ante la necesidad de reemplazar, partiendo de la esencia de la teoría, algunas de sus tesis y conclusiones, caducas ya, por otras nuevas, con arreglo a la nueva situación histórica» (pág. 415).

Pero, además, este libro tiene que llegar a los millones de obreros que luchan y que buscan su camino, y los comunistas deben ayudarles a penetrar en su esencia. Este libro constituye un arma maravillosa en la lucha por la unión de los obreros, por su emancipación de la influencia burguesa, del veneno del oportunismo, de la duda y de la falta de fe.

Los comunistas deberán esforzarse también en poner este libro al

alcance de los campesinos avanzados, revolucionarios, pues desde muchos puntos de vista este libro constituye un arma en la lucha por la realización de la alianza entre los obreros y los campesinos.

Una gran parte de la intelectualidad progresiva se siente indignada ante las infamias de la barbarie fascista. Está dispuesta a incorporarse a la lucha contra el fascismo y busca el puesto que le corresponde en esta lucha. La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» ayudará a estos intelectuales a sobreponerse a sus vacilaciones y a encontrar su camino hacia la clase obrera.

La «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S.» viene a demostrar la justeza del marxismo-leninismo y su seguridad en el triunfo. En este libro se describe el capítulo más sublime y más victorioso hasta hoy de la historia de la humanidad. Comprender este libro significa adquirir la convicción de que el triunfo de la clase obrera es inevitable. Este libro fortalece la fe de los obreros en su fuerza, en su capacidad para vencer y para construir un mundo mejor.

En los momentos presentes, es una tarea decisiva de todos los Partidos Comunistas la de velar por que sus cuadros de lucha se asimilen este libro, sin descansar hasta que lleguen a comprenderlo.

La aparición de este libro les impone el deber de revisar radicalmente sus actividades de propaganda y de organizarlas de un modo nuevo.

Los comunistas, que luchan por el frente único y el frente popular contra el fascismo y contra la burguesía imperialista reaccionaria, no sólo deben hacer llegar este libro a millones de obreros, campesinos e intelectuales avanzados, sino que además no deben escatimar ningún esfuerzo para ayudarles a comprenderlo.

El cumplimiento de estas tareas contribuirá esencialmente a unir a los obreros, a fortalecer su alianza con las grandes masas del pueblo y a preparar la victoria sobre el fascismo y el capitalismo.

F. LANG.

Sobre el caracter del fascismo alemán

Seudosocialistas, agentes conscientes e inconscientes del fascismo, acumulan desde hace algún tiempo nuevos y nuevos «argumentos» para demostrar que el fascismo encierra, a pesar de todo, algo de «progresivo» y que puede llegar a ser, a pesar de todo, un «punto de partida del socialismo». Para salir al paso de estos «argumentos», es necesario decir algo acerca de los orígenes del fascismo y detenerse a examinar, aunque sea a grandes rasgos, su desarrollo.

El imperialismo alemán, después de su derrota en la guerra.

La derrota sufrida por él en la guerra, en 1918, hizo que el imperialismo alemán, que pisó la escena mundial más tarde que el de otros países, quedase rezagado por unos cuantos decenios. Perdió sus dominios coloniales, vió cerrársele el camino hacia Bagdad, y su influencia, que había llegado a ser dominante en varios países, fué desplazada. La industria alemana perdió su base de mineral de hierro de Lorena y toda una serie de importantes fuentes de materias primas y hubo de renunciar a su monopolio de la potasa y a importantes mercados de venta para sus productos. La exportación de capitales de Alemania se paralizó; el capital financiero alemán tuvo que abandonar importantes bases de inversión y de participación en el extranjero, principalmente su participación en la industria petrolera de Rumanía y de Galitzia. Alemania se convirtió de un país acreedor en un país deudor. Según cálculos del perito italiano en materia de reparaciones Mario Alberti, citados por Richard Lewinsohn en su libro «El reajuste de las fortunas europeas», pág. 350, la riqueza nacional de Alemania descendió de 83.000 millones de dólares en 1912-13 a 58.000 millones de dólares en 1920-21; es decir, quedó reducida a menos de las tres cuartas partes. Según otros cálculos, la riqueza nacional de Alemania antes de la guerra imperialista mundial ascendía a 95.000 millones de dólares, quedando reducida después de la guerra a 60.000 millones, lo que representa una pérdida de más de la tercera parte. Pero estas cifras no dan más que una idea muy ligera de las formidables pérdidas materiales sufridas por Alemania a consecuencia de su derrota en la guerra.

El aparato de poder del imperialismo alemán quedó considerablemente reducido. Con arreglo al tratado de Versalles, Alemania no podía mantener un ejército reclutado a base del servicio militar obligatorio; se le prohibía fabricar determinados materiales de guerra; quedaba obligada a destruir su armamento y su material bélico, a demoler sus fortificaciones y a entregar su marina de guerra.

Este derrumbamiento del imperialismo alemán fué un mazazo tanto más fuerte para sus representantes y les aturdió tanto más cuanto que, hasta el final de la guerra, las tropas alemanas ocuparon gran parte del territorio enemigo (Francia, Bélgica, Italia, la Polonia rusa, Ucrania, etc.), mientras que los escuderos del imperialismo proclamaban los «objetivos de guerra» más disparatados y se dejaban llevar de las ilusiones más aventureras. Todavía en junio de 1918 —es decir, cinco meses antes de la catástrofe—, el jefe del Estado Mayor austriaco, Arz, comunicaba al ministro de Negocios Extranjeros de Austria, Burian, un informe del jefe del ejército del Este, general de infantería Alfredo Krauss, acerca de los vastos planes de los imperialistas alemanes. En él, se decía, entre otras cosas:

«Los alemanes persiguen en Ucrania (ocupada entonces por ellos, *F. L.*), un determinado objetivo económico-político. Quieren... tener en sus manos para siempre el camino más seguro hacia Mesopotamia y la Arabia, hacia Bakú y Persia, que les ha abierto la ocupación de Ucrania... Con este fin, los alemanes... se proponen quedarse con la Crimea bajo una forma u otra..., la preciosa península de Crimea ya no la soltarán jamás...» («La ocupación de Ucrania por los alemanes. Documentos secretos», ed. alemana, pág. 79).

El final desastroso de la guerra vino a echar por tierra todos estos sueños de bandolerismo. La gran burguesía alemana había ganado con los suministros de guerra —según Lewinsohn, en su citada obra— 10.000 millones de marcos oro; el final de la guerra puso término a esta fuente de ganancias fabulosas. Por el momento, la clase dominante no podía pensar en arrancar al proletariado ganancias superiores al tipo «normal» de explotación; por el contrario, veíase obligada a hacer considerables concesiones al proletariado, para contener sus avances arrolladores. Las consecuencias desastrosas de la guerra desencadenada por la gran burguesía, las pérdidas enormes de vidas humanas, las consecuencias de la derrota, que se hacían sentir cruelmente por todo el pueblo alemán y de que era responsable la clase dominante, comprometían a ésta a los ojos de las grandes masas. A pesar de algunos retrocesos pasajeros importantes, la clase obrera, impulsada por la influencia alentadora de la Gran Revolución Socialista de Octubre, avanzaba. Y como la clase dominante no estaba en condiciones de ofrecer nuevas posibilidades de auge a los que habían sido sus puntales más seguros, a las capas medias de la ciudad y a los campesinos, estos elementos que marchaban detrás de ella empezaron a desprenderse de su influencia, como lo demuestran las cifras de votos obtenidos por los partidos socialistas durante la postguerra. Las masas, viéndose arrastradas al abismo por sus antiguos dueños y se-

ñores, perdieron la confianza en su omnipotencia y en la inconvertibilidad del régimen capitalista.

Pero no se crea que el imperialismo alemán, minado y bastante anémico, se convirtió, al sentirse más débil, en un imperialismo más blando, más pacífico y más transigente. Por el contrario, esta debilitación interna *no hizo más que aumentar su agresividad*; su afán de expansión cobró formas todavía más excesivas. La derrota sólo sirvió para dar al imperialismo alemán nuevo impulso, nuevo pábulo. La pérdida de importantes bases de materias primas y de importantes mercados movió a la industria pesada alemana a «apretar sus filas». El período de la postguerra se caracteriza, en Alemania, por un formidable movimiento de trustificación de la industria, por un entrelazamiento todavía más acentuado con el capital bancario, por un «respaldamiento» todavía mayor por el Estado, cuyos recursos iban a parar, bajo los títulos más diversos, a los insaciabls bolsillos de los grandes industriales, de los magnates financieros y de los terratenientes.

Este proceso contribuía a agudizar todavía más las contradicciones internas del imperialismo alemán. La formación de consorcios y trusts acentuaba en proporciones cada vez mayores el *carácter monopolista* de la economía alemana. Dicho en otros términos, el final de la guerra, final verdaderamente catastrófico para la gran burguesía alemana, fué precisamente el que extendió la *base* del imperialismo alemán: las organizaciones monopolistas, a la par que derucía hasta el máximum su radio de acción. El imperialismo alemán era como una locomotora a toda presión que no pudiera moverse del sitio, por hallarse los railes bloqueados. Se había procedido a repartir el mundo sin tener en cuenta a la burguesía alemana.

La agresividad del capital monopolista alemán, privado de toda salida, de toda válvula de seguridad, estalló hacia adentro. El imperialismo alemán devoró a Alemania, sin dejar ni rastro de ella. Con la inflación, sus fauces se tragaron casi todos los ahorros del pueblo. Los poseedores de obligaciones, cuya fortuna total se calculaba por aquel entonces en unos 5.000 millones de marcos oro, y los propietarios de fincas urbanas, los pequeños y medianos capitalistas, fueron expropiados. Los grandes tiburones empezaron a devorarse unos a otros en una rabiosa competencia, mantenida por los medios más desvergonzados; grandes consorcios, como por ejemplo el consorcio de Stinnes, el de Michail, etc., se hundieron. De vez en cuando, la tensión interior del capital financiero alemán estallaba en formidables explosiones (inflación, deflación, crisis comerciales), pero sin que por ello se purificase la atmósfera.

La oligarquía financiera e industrial alemana se hallaba en posesión de una multitud enorme de medios económicos de poder; había acumulado en sus manos riquezas y fortunas fabulosas, y sin embargo no podía moverse del sitio, ya que el cambio operado en cuanto a la

situación de Alemania en el mundo la privaba de toda posibilidad de expansión.

Como vemos, la clase dominante de Alemania veíase obligada, por el momento, en virtud de la presión extraordinariamente fuerte de las potencias vencedoras, a enrollar su bandera imperialista desgarrada y a dejar descansar sus sueños de conquista; incluso dentro de Alemania, hubo de renunciar a ciertas posiciones, para salvar las fundamentales. Vióse obligada a situarse en «el terreno de la realidad». Un órgano dirigente de la clase dominante, las «Deutsche Führerbriefe», se iba de la lengua al escribir, en septiembre de 1932:

«El problema de la consolidación de la Alemania burguesa de la postguerra se caracteriza por el hecho de que la burguesía dirigente se halla demasiado aislada para encontrar la fuerza en sí misma. Por eso... debe establecer lazos con capas sociales ajenas a ella, pero que le presten el formidable servicio de apoyar su régimen en las masas. Durante el primer período de consolidación, al final de la guerra, este apoyo del régimen burgués fué la socialdemocracia» (tomado del francés, del libro de Dzelepy, «Le vrai «Combat» d'Hitler», pág. 177).

Pero la clase dominante no obtuvo «gratis» este «apoyo»; hubo de pagar el «servicio» que se le prestaba con ciertos «sacrificios» y algunos puestos en el Estado, reservados antes a los junkers prusianos y a los lacayos fieles y probados de los grandes capitalistas. Gentes socialdemócratas y demócratas «liberales» pasaron a ocupar los puestos de presidentes de policía y jueces, fueron designados para los altos cargos del Estado. La burguesía vióse obligada a capear el temporal y a maniobrar. Los sindicatos habíanse convertido en una fuerza muy seria, los grandes fabricantes tenían que resignarse a que se impusiesen ciertas restricciones a su omnipotencia en las fábricas y la burguesía no tenía más remedio que avenirse a una cierta moderación. Pero esto hacía que la gran burguesía monopolista se enredase también dentro de Alemania en contradicciones y antagonismos y que los conflictos y las tensiones interiores aumentasen. Aunque por el momento los intereses de la clase capitalista se hubiesen puesto a salvo; aunque se hubiese logrado lo más urgente, que era poner estos intereses «bajo techo», la burguesía no podía ni quería resignarse, a la larga, a semejante estado de cosas. El puñado anónimo de omnipotentes magnates financieros, grandes industriales, nobles y grandes terratenientes, no quería resignarse, a la larga, a no «mandar en su propia casa», a tener que hacer concesiones a las masas, a no disponer de una base de masas suficiente en la que pudiera apoyarse para proceder a la demolición del tratado de Versalles y a la «fecundación» y resurrección del imperialismo alemán.

Esta situación doblemente contradictoria —carencia de una base propia de masas en el interior y de posibilidades de expansión en el exterior— no podía resolverse por los medios «normales», sino que reclamaba una solución violenta. El capital trustificado, comprometido hasta los huesos, ardía en deseos de procurarse una gran base de masas, de restaurar su poder ilimitado, de poner en pie un aparato de

fuerza, de arrancar a las masas sus organizaciones, de someter al pueblo a su mando inmediato y de obligarle a supeditar sus propios intereses a los intereses de los imperialistas; en una palabra, de demoler la democracia, para —después de resolver la contradicción interior— poder acometer la solución de la contradicción exterior, conquistando para el imperialismo sin «espacio» nuevo «espacio», nuevos territorios y zonas de influencia

Y como la clase obrera alemana, a causa de su división, a causa de la colaboración de la socialdemocracia —a la que seguía la mayoría del proletariado— con la burguesía y a causa de la inexistencia de un partido bolchevique de masas, no consiguió implantar una República consecuentemente democrática y echar las cargas del tratado de Versalles sobre los hombros de la clase capitalista, la clase dominante pudo acumular fuerzas, lanzarse a la ofensiva contra las masas populares, inferir al proletariado una derrota y obligar al pueblo a soportar los más espantosos sacrificios en aras del afán de expansión del imperialismo alemán.

El fascismo hitleriano.

La derrota sufrida en la guerra suministró también a la burguesía los medios para resolver la crisis en un sentido imperialista.

Después de perdida la guerra, apareció en el «mercado» interior de Alemania la formación social predestinada a ser la base de masas, la vanguardia, en la cruzada de conquistas del imperialismo alemán, el enterrador de la democracia, el promotor de nuevas guerras imperialistas de rapiña. Esta formación social fué la que se enroló en el movimiento fascista, nacionalsocialista, que dió a la gran burguesía la base de masas y los cuadros que destrozaron las organizaciones del proletariado y los medios de fuerza para repeler los ataques de la clase dominante.

Decenas de miles de oficiales y suboficiales, que durante cuatro años de guerra habían hecho una carrera brillante y a los que la victoria habría reservado un porvenir más brillante todavía; decenas de miles de hombres que, al disolverse el ejército, habían perdido su profesión; decenas de miles de descendientes de junkers prusianos y de nobles venidos a menos, vástagos de familias de funcionarios de vieja estirpe que habían pertenecido siempre a la alta burocracia del Estado y que ahora se veían, de pronto, excluidos de los cargos y las dignidades, contemplando cómo los ocupaban elementos por los que ellos habían sentido siempre el mayor desprecio; patronos arruinados por la competencia implacable de los grandes capitalistas, competencia que se hacía más rabiosa que nunca en aquella Alemania empequeñecida, en la que no había sitio para todos; en una palabra, todas las huestes de la clase dominante, que veían disiparse sus ilusiones. Estos fueron los elementos que plantaron la bandera del imperialismo, que se lanzaron contra la democracia y el socialismo y se convirtieron

en el puntal del fascismo. Era una formación social que había pertenecido siempre a la clase dominante, que había formado siempre su aparato de poder, que había suministrado siempre sus cuadros administrativos, que había estado siempre al lado de la burguesía.

Esta formación social era la que había «guerreado por su cuenta» en la Alta Silesia y en el Báltico. Esta capa social comenzó a cometer atentados «contra quien fuese», según las palabras de un escritor a sueldo del fascismo. Fué ella la que reclutó destacamentos de voluntarios, la que organizó asesinatos vindicativos, la que armaba camorra en los locales y disolvía a palos y a tiros las reuniones obreras. Friedrich Wilhelm Heinz describe la formación de los destacamentos de voluntarios en los siguientes términos:

«Estos destacamentos de voluntarios se reclutaban entre los elementos más heterogéneos: oficiales y cadetes..., formaciones de marina..., colonos de Baden y de Franconia, deseosos de conquistar una nueva patria, alemanes de las regiones fronterizas expulsados de su suelo..., lasquenetes, ansiosos de aventuras, obreros y soldados... que gustaban de lucir sus cabellos al viento bajo el casco de acero, y también la escoria de las grandes ciudades, salteadores y antiguos afiliados a partidos que habían degenerado... y con fiaban en encontrar un botín y una vida fácil. Mezclados entre ellos, los representantes de viejos linajes nobles del Báltico.»

En estas breves líneas se traza una imagen certera de la capa social que, después del final desastroso de la guerra, se convirtió en la abanderada del afán imperialista alemán de conquistas y de expansión. La bancarrota de sus ilusiones, el fracaso de sus esperanzas, su desengaño al ver perdido el botín, la convirtieron en el exponente más agresivo del afán de conquistas de la gran burguesía. Si estudiásemos de cerca las biografías de los «personajes» fascistas, veríamos que sus vidas han estado siempre íntimamente vinculadas a la clase dominante.

Es cierto que una gran parte de esta capa social vivía ya al margen de su clase, desarraigada de ella, pero esta circunstancia era precisamente la que la convertía en un elemento tan indispensable, tan valioso para la clase dominante. Estas vidas fracasadas, que dependían con todas las fibras de su ser de la burguesía y traducían las aspiraciones de ésta, no necesitaban imponerse ninguna reserva. Los grandes terratenientes, agresivos y codiciosos, veíanse obligados a tener en cuenta la situación existente en cada momento; tenían que silenciar sus afanes, sólo podían expresarse por medio de alusiones e indirectas. En cambio, estos náufragos, agresivos y codiciosos también, hambrientos de prestigio, de poder, de «vivir sin trabajar», podían hablar al sabor de la boca, podían forjar planes que, si fracasaban, no eran más que cavilaciones de «irresponsables»; podían tramitar complots, perpetrar asesinatos y cometer atentados, sin comprometer directamente con ello a la burguesía. Los representantes legítimos de la burguesía no podían atreverse, inmediatamente después de terminar la guerra, a exigir la disolución de los sindicatos y de todos los partidos, el aplastamiento de las instituciones demo-

cráticas, la liquidación de todas las libertades personales y la esclavización completa de las masas populares. Pero los «irresponsables» sí podían hacerlo. La «honorable» clase poseedora se hacía representar por un Stresemann o por un Schacht vestidos con ropaje «democrático», que defendían sus miras imperialistas de un modo cauto y moderado; en cambio, los advenedizos, las tropas del Tercio político podían armar camorra en todo momento y lanzar a los cuatro vientos la consigna de la «gran Alemania», la reivindicación de colonias y el ajuste de cuentas con Francia. Estos elementos eran, para la clase dominante, un magnífico hallazgo.

Pero esta formación social, tesoro arrojado a la playa del imperialismo alemán, tenía además un gran valor para el capital monopolista, por otra razón. En efecto; aunque estos elementos eran carne y sangre de la burguesía y exteriorizaban sus deseos y encarnaban su afán de conquistas, su situación momentánea de fracasados les permitía hacerse pasar por elementos «afines al pueblo», fingir «sentimientos nacionales» y «dolor por la deplorable situación de Alemania». Las masas populares de Alemania jamás habrían dado oídas a un Krupp, si éste hubiese mostrado sus angustias por la «suerte» de Alemania; sus lamentaciones se habrían desenmascarado fácilmente; las masas habrían comprendido en seguida que cuando un fabricante de cañones se lamenta es porque no puede seguir fabricando cañones, material de guerra, ni seguir embolsando fabulosas ganancias. Pero un individuo anónimo y arruinado a sueldo del mismo Krupp podía perfectamente llorar lágrimas de cocodrilo acerca de la «pobreza» de Alemania, sin exponerse al peligro de que le quitasen la careta. Y cuanto más degenerado y más ridículo fuese este «héroe nacional», con mayores probabilidades contaba para poner en pie a latigazos a las masas sin conciencia de clase. No era un Ludendorff el que podía procurar al capital de los trusts alemanes aquella base de masas que necesitaba para llevar a cabo sus planes dentro de la misma Alemania y en la palestra mundial, sino un emisario del ejército derrotado como el autor del «Mein Kampf», que confiesa él mismo que fué enviado por una autoridad militar para espiar dentro del «partido obrero alemán» al que se afilió; militares salidos de su clase como Goering y Roehm; chusma anónima venida del Egipto y de la Argentina; individuos degenerados salidos de las madrigueras de los guardias blancos: he aquí quienes podían ser los abanderados de la agresividad imperialista y de la esclavización de Alemania.

No tiene nada de extraño que los «líderes prominentes» del partido hitleriano sean casi todos ellos advenedizos políticos. No tiene nada de extraño que al frente de este partido nos encontremos con figuras procedentes de la cloaca, de la charca de las grandes ciudades, de la escoria de la sociedad capitalista. Sólo con este material de dirigentes podía la gran burguesía alemana, quebrada y «hundida»; que se tambaleaba de crisis en crisis y se veía carcomida por la putrefacción y comprometida hasta los huesos, poner en pie un partido que era el

partido del más gigantesco engaño contra las masas y del más desenfrenado afán imperialista de conquistas.

La gran burguesía imperialista alemana, codiciosa, derrotada en los campos de batalla y dispuesta a cualquier violencia, encontró en esta formación social el puntal que, gracias a su carencia total de conciencia de clase y a su degeneración, había de convertirse en el campeón rabioso de las aspiraciones imperialistas de la clase dominante.

Esta formación social que por su posición de clase, por toda su situación y su «actitud» se hallaba en íntimo compadrazgo con el capital financiero, con el ejército y con los grandes terratenientes, era, teniendo en cuenta su situación *material* momentánea, la más indicada para «penetrar en el pueblo» y contagiar a las grandes masas ese veneno chovinista que necesita el imperialismo. Esta formación social era tanto más adecuada para ejercer esta función cuanto que, no teniendo nada que perder y abrigando siempre la conciencia de ser parte de la clase dominante, podía dirigir furiosos ataques incluso contra la burguesía, cuya «política realista» no llenaba sus aspiraciones. Si la burguesía se veía obligada a hacer concesiones, a batirse en retirada, a mantener a veces la «política de reparaciones», a apoyarse en la socialdemocracia, a tocar la cuerda «pacifista» y a no saludar a los fascistas a la luz del día, el exponente anónimo del imperialismo agresivo y reconcentrado podía clavar en la picota este oportunismo de la clase dominante, «luchar» «contra» él y explotar de este modo los «sentimientos anticapitalistas» de las grandes masas.

«El fascismo... impresiona a estas masas —dijo el camarada Dimitrof en el VII Congreso de la Internacional Comunista— por la *violencia de sus ataques* contra los gobiernos burgueses, por su actitud irreconciliable frente a los viejos partidos de la burguesía». (J. Dimitrof, «Problemas del Frente Unico y del Frente Popular», ed. española, pág. 11).

Esta carencia de reservas de los fascistas, expresión y emanación de la ausencia en ellos de toda conciencia de clase, fascinó a no poca gente, que pretendía ver en esta formación social, surgida bajo condiciones especiales y plasmada en el seno de una burguesía sujeta a la más profunda crisis, un factor verdaderamente anticapitalista. Esta carencia de reservas que se trasluce en sus ataques contra el ala «moderada» de la burguesía, que piensa y actúa con arreglo a las normas de la «política realista», refleja una cierta peculiaridad de esta formación social de nuevo tipo, peculiaridad característica de toda formación social, pero no tiene nada que ver con el socialismo.

El capital monopolista, y principalmente el de la Alemania de la postguerra, entra frecuentemente en conflicto con diversos grupos capitalistas que se «mantienen al margen» y no quieren someterse por entero a sus dictados. Dentro de la clase dominante, se mantiene una lucha intestina que gira en torno al reparto del botín arrancado a los trabajadores. Gracias a la posición especial que ocupa dentro de la sociedad, la formación fascista es la que está en mejores condiciones

para expresar las aspiraciones imperialistas del ala más agresiva del capital financiero, y esto la expone, a veces, a la hostilidad de otros grupos y capas sociales de la burguesía. Allí donde consigue entrar en el gobierno, esta formación social adopta de vez en cuando medidas que lesionan los intereses de una parte de la burguesía. Toma decisiones que aprovechan exclusivamente a los miembros de la oligarquía financiera y favorecen su competencia. Pero estas ingerencias no tienen absolutamente nada que ver con el socialismo, aunque atenten contra las «zonas de influencia» de determinadas capas de la clase dominante, pues estas ingerencias se realizan exclusivamente en interés del *imperialismo*, de la rapiña y de la política de conquistas.

Esta nueva formación social, que en el transcurso de la crisis alemana y de la crisis general del capitalismo, va reclutando constantemente nuevos hombres sacados de cauce, se halla atacada por una inquietud constante, por una eterna desazón. No en vano los ideólogos del fascismo hablan tanto del «dinamismo» de los Estados-caudillos, de la necesidad de «vivir peligrosamente», del «reino milenario». La nueva formación social de la clase dominante encarna la contradicción interna de una gran burguesía que «ha salido perjudicada», que está constantemente hambrienta de nuevo botín, que, impulsada por la tensión interior, se halla continuamente al acecho para arrancarles algo a los «hartos». Los capitalistas financieros de Alemania tienen imborrablemente grabados en su conciencia los «años de la ignominia», en que se vieron obligados a desalojar su «puesto bajo el sol», es decir, a renunciar al saqueo de otros pueblos. Estos recuerdos amargos acrecientan su codicia, desencadenan su avaricia, fortalecen su afán de rapiña, al que, a falta de cosas mejores, dan salida, por ejemplo, robando a los judíos sus comercios para gloria de la raza «noble», nórdica, aria. Pero estos recuerdos amargos de la catástrofe de la guerra la hacen también retroceder, sentirse insegura, presa de dudas, cuando llega la hora de las «grandes decisiones». De ahí el constante conflicto latente, las constantes tensiones y fricciones interiores que hacen mella en Alemania, bajo la dominación fascista.

Después de la toma del Poder por el fascismo, comenzó en el campo de éste un proceso muy profundo de reagrupación, que tuvo su expresión visible en la matanza en masa del 30 de junio de 1934. Los pequeños burgueses rebeldes, las gentes sin conciencia de clase y de sentimientos antiburgueses, fueron desplazados, en parte asesinados y en parte despachados con puestos subalternos o convertidos en sumisos pretorianos. En cambio, las cumbres del partido hitleriano se vincularon completamente al capital monopolista, se incorporaron a la gran burguesía, y hoy, con sus manojos de acciones y sus puestos en los consejos de administración, con sus direcciones de bancos y empresas, con sus lujosas viviendas y sus autos de gran precio, forman parte del reducidísimo círculo de los grandes capitalistas que marchan a la cabeza. El imperialismo alemán podía ya comenzar su ofensiva.

Pero la formación social fascista del imperialismo alemán no ha-

bría podido alcanzar su objetivo si en Alemania no se hubiese agudizado especialmente el problema nacional, que el tratado de Versalles contribuyó a acentuar todavía más.

La misión de las fuerzas democráticas con respecto al problema nacional consistía, sobre todo después de la derrota de Alemania en la guerra, en destrozarse el poder de los junkers prusianos y en liquidar las supervivencias del feudalismo, cuyo entrelazamiento con el imperialismo había de contribuir más tarde a agudizar especialmente la situación; en expropiar a los grandes terratenientes y a los príncipes y en repartir entre los campesinos y jornaleros agrícolas hambrientos de tierras sus inmensos latifundios. La misión de las fuerzas democráticas consistía en democratizar de arriba abajo las instituciones públicas, toda la vida pública y del Estado, en fomentar y reforzar la autonomía de los Estados federados, en limpiar y aplastar los nidos de la contrarrevolución, en disolver los destacamentos de voluntarios, en acabar con los conventículos de los conspiradores y facciosos reaccionarios. Consistía en incorporar Prusia a Alemania y no al contrario, Alemania a Prusia. Una Alemania democrática, en la que se hubiese extirpado hasta en sus últimas raíces el espíritu funesto de Postdam, símbolo del militarismo prusiano, mil veces más bárbaro, más brutal y más salvaje que el espíritu de Versalles, llegando a una inteligencia pacífica con los pueblos de las potencias vencedoras y apoyada en una sólida alianza con el País del Socialismo, con la Unión Soviética, habría podido conseguir la liquidación del tratado de Versalles.

El no haber seguido este camino para la solución democrática del problema nacional de Alemania y del problema del tratado de Versalles, es la gran responsabilidad histórica de la socialdemocracia alemana, que ya en noviembre de 1918 fué a guarecerse bajo las alas de los junkers del Este del Elba, de los oficiales blancos y de los magnates financieros, así como de la burguesía alemana, la cual demostró una vez más su impotencia ante los señores prusianos.

Al no haberse resuelto democráticamente el problema nacional, los fascistas, abusando de los «sentimientos heridos» de las masas para sus fines nacionales, pudieron convertir éstos en fuerza propulsora del imperialismo alemán. El no haber eliminado democráticamente el tratado de Versalles, permitió a los fascistas convertir la lucha contra Versalles en una lucha por Potsdam, es decir por el imperialismo de la «gran Alemania». La formación social agrupada en el movimiento fascista y a la que la derrota de Alemania en la guerra había privado de base, pudo, gracias a esto, identificar la suerte del imperialismo alemán derrotado en los campos de batalla a la suerte de la nación alemana, erigirse en defensor de los intereses nacionales de Alemania y arrastrar consigo a las grandes masas. Estas existencias de naufragos arrojados sobre la playa, que no tenían absolutamente nada que ver con el pueblo alemán, ni con su gran cultura, ni con sus luchas espirituales e históricas, ni con su literatura, ni con su

lengua, pudieron de este modo presentarse como los grandes «héroes nacionales» y condenar a todo el que no persiguiese los mismos objetivos imperialistas que ellos. Precisamente el hecho de haber perdido los vínculos con su clase, hecho que —como hemos visto— los enlazaba íntimamente a la minoría dominante de la gran burguesía, hacía de ellos los órganos e instrumentos más «adecuados» de los capitalistas monopolistas alemanes, del imperialismo alemán. No tenían por qué preocuparse para nada de los verdaderos intereses nacionales de Alemania, con tal de servir al imperialismo.

El capital monopolista alemán obtuvo precisamente, con la derrota de Alemania en la guerra, la enorme ventaja de poder consolidar considerablemente sus posiciones económicas dentro del país. La formación de consorcios y de trusts industriales, la creación de formidables agrupaciones monopolistas, la concentración de la riqueza en manos de un puñado de grandes capitalistas, el entrelazamiento de la industria con el capital financiero y el aparato del Estado, hicieron progresos gigantescos. Pero el capital de los trusts tropezaba con ciertos límites en la política interior y exterior. Las contradicciones se agudizaban y reclamaban una solución violenta. Al mismo tiempo, la derrota de Alemania en la guerra suministró al imperialismo alemán la formación social adecuada por toda su situación para convertirse en su exponente de masas, en su abanderado y defensor incondicional. Esta formación social se reclutó en el movimiento fascista, en el partido nazi. El fascismo es la personificación del *imperialismo alemán* hecha carne y hueso, y de un imperialismo que no sólo tiene que recuperar catorce años de «paralización», sino que se ve obligado a rebasar con mucho su punto de partida, a avanzar con ritmo arrollador. De aquí su agresividad, cargada sin cesar de materia explosiva, y su insaciable y rapaz avidez.

En un segundo artículo, intentaremos esclarecer el mecanismo del sistema fascista, su política interior y exterior, puesta al servicio exclusivo del capital monopolista, y los «argumentos» con que los agentes encubiertos del fascismo pretenden demostrar su carácter «progresivo» y casi «socialista».

MICHAEL WOLF.

La generación del sufrimiento y de la lucha

La joven generación de nuestros días sigue desde su infancia, en los países capitalistas, un camino de sufrimiento y de crueles privaciones. Esta generación, que vino al mundo en los años espantosos del hambre de la guerra mundial imperialista de 1914-1918, se ha criado en la miseria y en la penuria más horribles. Sus padres y sus hermanos languidieron y se desangraron en las trincheras; sus madres viéronse obligadas a mantenerse, con sus niños, de un mísero subsidio de guerra. Por aquellos años, no había pan ni carne, leche ni manteca. No había nada de lo que es indispensable para el desarrollo físico de un niño. Los efectos de la guerra mundial imperialista sobre la salud de la joven generación de nuestros días, y sobre todo sobre la salud de la juventud obrera, fueron asoladores. La tuberculosis, el raquitismo, el reumatismo, las enfermedades de los pies y todo género de dolencias, hacían y siguen haciendo estragos en una gran parte de esta generación. Los síntomas de la debilidad física y de la excitación nerviosa son signos de que esta juventud nació y se crió durante los años de la primera guerra mundial imperialista. Esta juventud fué ya víctima de esta guerra en sus años de infancia y todavía hoy millones de hombres pagan las consecuencias de la guerra mundial imperialista de 1914-1918.

Esta generación fué creciendo siempre con la ferviente esperanza puesta en un porvenir mejor. «Cuando seamos hombres, nuestra suerte será, indudablemente, mejor que la de nuestros padres y nuestras madres»: tal era el anhelo sobre el que esta juventud construía sus planes para el porvenir. Transformar el mundo, conseguir con su trabajo creador un puesto en la vida y vivir en paz como hombres libres: tales eran y siguen siendo hoy los ideales de la juventud. Pero los ideales y planes para el porvenir forjados por esta juventud en los días de su infancia, han sido destruidos por la cruel realidad. Apenas había abandonado la escuela y dado los primeros pasos en la vida una gran parte de esta generación de la guerra y de la postguerra, cuando estalló la crisis económica mundial. Esta crisis vino a deshacer de golpe y porrazo los planes para el porvenir de cientos de miles y millones de jóvenes.

Muchos de ellos se vieron privados de toda profesión y obligados a renunciar a su deseo de seguir estudiando. Millones de jóvenes se quedaron sin trabajo y tuvieron que afrontar, sin ayuda de nadie, una

vida llena de tormentos y de privaciones. Cientos de miles se vieron en la imposibilidad de casarse y de crear una familia. Durante los años de la crisis, la alegría y el entretenimiento eran fenómenos raros en la vida de esta juventud. La generación de la guerra y de la postguerra se crió bajo los duros golpes del capitalismo, y en algunos países bajo los latigazos de la dictadura fascista. Y tras unos cuantos años de depresión y de una cierta reanimación económica, *esta misma generación se ve precipitada al torbellino de una nueva crisis económica del capitalismo y de una nueva guerra imperialista.*

Aún mayores privaciones, mayor paro forzoso, mayor inseguridad en el día de mañana: he aquí lo que espera a la juventud de los países capitalistas. La segunda guerra imperialista, desencadenada en Europa por el fascismo alemán e italiano y en el Oriente por la pandilla militar-fascista japonesa, amenaza con destruir las vidas de millones de hombres jóvenes.

La nueva crisis económica.

Ante esta generación, que ha pasado ya por tantos sufrimientos y privaciones, se alzan hoy dos grandes enemigos: la *guerra imperialista, que ya ha comenzado*, y la *nueva crisis económica*. Y la espantosa situación de la juventud *norteamericana* indica con toda claridad lo que la nueva crisis económica del capitalismo reserva a la juventud.

4.300.000 jóvenes sin trabajo hay en este país, el país en que más desarrollado se halla el capitalismo. A esta cifra hay que añadir millón y medio de jóvenes que trabajan a jornada reducida. En total, 6 millones de jóvenes, que constituyen el 31 por 100 de toda la juventud trabajadora de los Estados Unidos y que se hallan total o parcialmente parados. En la misma ciudad de Nueva York, hay 375.000 jóvenes que han cumplido ya la edad escolar, aptos para trabajar y deseosos de ello, pero que no encuentran trabajo. Más de la tercera parte de estos 375.000 jóvenes no ha tenido nunca todavía un trabajo retribuido que haya durado más de una semana. Estas cifras iluminan crudamente la situación de la juventud norteamericana y revelan claramente lo que los nuevos avances de la crisis representarán para la juventud.

En Inglaterra, cuna del capitalismo, crece con una rapidez extraordinaria el paro forzoso entre la juventud. En febrero de 1938, se contaban ya, en Inglaterra, *más de medio millón de jóvenes sin trabajo* de menos de 30 años, entre los cuales casi la mitad son mujeres. Cerca de 20.000 jóvenes de ambos sexos de 18 a 25 años se han visto sin trabajo por espacio de uno a cinco años. Algunos no han conseguido trabajar nunca.

«La crisis actual —como ha dicho el camarada Stalin en su histórico informe ante el XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S.— será más fuerte y más difícil de combatir que la crisis anterior.»

Esto significa que la situación económica de la juventud de los países capitalistas habrá de empeorar todavía más y de un modo considerable en el próximo porvenir.

Como en los años de la crisis económica mundial de 1929 a 1933, volveremos a ver cientos de miles y millones de jóvenes vagar sin trabajo por las calles de las ciudades, en los países capitalistas.

La profunda tragedia que vivió la juventud durante aquellos años amenaza con repetirse en proporciones mucho mayores.

Bajo el yugo del fascismo.

¿Cuál es la situación de la generación juvenil en los países de la dictadura fascista?

La mejor contestación a esta pregunta son los jóvenes italianos, alemanes y japoneses asesinados y mutilados en los campos de batalla de Abisinia, de España, de Albania y de China. Una parte de esta generación *ha sido ya víctima de la segunda guerra imperialista* que mantienen los señores fascistas del llamado Eje Berlín-Roma-Tokío.

La dictadura fascista de Hitler ha convertido literalmente a los *jóvenes alemanes* en esclavos de los grandes capitalistas y de los grandes terratenientes. Decenas de miles de jóvenes son expulsados de las ciudades, arrebatados a sus padres y obligados a ir a trabajar como siervos al campo. Aquí, les obligan a ejecutar los trabajos más duros como mozos y criadas de labranza al servicio de los junkers. No pueden abandonar su «puesto de trabajo» y tienen que permanecer largos años en el sitio que se les asigne, trabajando en las condiciones más difíciles. La juventud alemana es una juventud privada totalmente de derechos. No puede acudir a nadie para quejarse. Si se queja, le aguarda, en vez de la ayuda deseada, la cárcel, el campo de concentración o el despido. Decenas de miles de muchachas se ven obligadas a servir en las casas de la gran burguesía sin cobrar un céntimo para hacer el «aprendizaje doméstico», trabajando como criadas durante 16 ó 18 horas diarias sin percibir ningún salario. 10 a 14 horas de trabajo en la fábrica y, al salir del trabajo, la instrucción militar en los cuarteles de la juventud hitleriana: tal es, día tras día, la «vida» que lleva la juventud en Alemania. La juventud alemana no puede organizar su vida con arreglo a su libre voluntad. No manda en sus personas. Es, en cada uno de sus pasos, prisionera del régimen fascista.

En la Alemania fascista, la juventud carece de los medios de vida necesarios para criar hombres sanos. Nada tiene de extraño, puesto que en este país rige el principio de «cañones en vez de manteca». La carne, la leche y los huevos va haciéndose conceptos inasequibles para la juventud alemana. Esta situación arruina la salud de la juventud alemana. El 36 por 100 de los jóvenes alemanes tiene los pies planos; un 46 por 100 de los jóvenes en edad de trabajo y en edad escolar padece, según una investigación médica, de caries dental; una ter-

cera parte de la juventud alemana en edad de trabajo no goza de aptitud plena para trabajar y se halla tarada con distintas enfermedades. Las comisiones militares de reconocimiento médico han tenido que dar por inútiles a más del 25 por 100 de los reclutas. En la parte occidental de Alemania, desarrolladísima industrialmente, se hallan insuficientemente alimentados el 34 por 100 de 36.000 jóvenes.

La juventud actual se desarrolla *en el período de la decadencia y la putrefacción del capitalismo*. Hoy, el capitalismo ya no puede permitirse, ni mucho menos, un desarrollo libre de la industria, de la técnica, de la cultura y de la instrucción, como en la época de su florecimiento. Principalmente, la parte reaccionaria de la burguesía teme que la cultura y la instrucción se sigan desarrollando, porque esto contribuye a seguir fortaleciendo a la clase obrera y a seguir elevando el nivel cultural de los pueblos. Por eso la parte reaccionaria de la burguesía entorpece este desarrollo. El orden social capitalista es una barrera para los nuevos avances de la técnica, de la cultura, de la ciencia y del progreso humano. Donde más claramente se ve esto es en aquellos países capitalistas donde la forma de dominación de la burguesía reaccionaria es la dictadura fascista.

Uno de los principios más importantes del fascismo es: «cuanto más bajo sea el nivel de instrucción y de cultura de la clase obrera y del pueblo, mayores posibilidades tendremos de mantenernos en el Poder». El fascismo se esfuerza, sobre todo, por reducir el nivel cultural de la juventud a su grado ínfimo. Y se comprende que lo haga así. El fascismo, que empuja a la guerra mundial imperialista, sabe que una juventud culturalmente desarrollada no seguiría su política de bandidaje. Por eso se esfuerza en mutilar espiritualmente la nueva generación. Y los dictadores fascistas no se recatan para calificar como «necesaria» esta mutilación espiritual de la juventud. En el último congreso del partido nazi en Nuremberg, el incendiario del Reichstag, Goering, declaró, refiriéndose a esto: «He de declarar que a mí me parece que los que piensan mucho, leen mucho y se creen muy inteligentes, son también los más tímidos». Esta declaración de Goering indica con toda claridad que el fascismo se limita a destruir la ciencia y la cultura creadas por la humanidad a lo largo de muchos siglos. La actitud de Goering ante la cultura nos da la pauta para juzgar la «educación» que recibe la juventud en la Alemania fascista. Las consecuencias en que se traduce esta barbarie de Goering, al aplicarla prácticamente, son asoladoras para la instrucción de la juventud alemana. En otro tiempo, la juventud alemana descollaba en cuanto a instrucción y cultura, sobre la de muchos otros países. La clase obrera alemana y el pueblo alemán, que trabajaban con tanto entusiasmo por el progreso de la técnica, de la cultura y de la ciencia, sentíanse orgullosos de la generación que había de sucederles. Pero hoy se desarrolla, en la Alemania fascista, una juventud semianalfabeta. Hasta los propios fascistas se ven obligados a reconocerlo abiertamente. Según los datos de la revista central de la juventud hitleriana, «Das Jun-

ge Deutschland», los exámenes de ingreso de los aprendices de comercio en la escuela profesional, celebrados en Cottbus, dieron los siguientes resultados abrumadores: obtuvieron «suspensos», es decir, fueron eliminados como no aptos: *en aritmética*, el 58 por 100, y *en alemán*, el 37 por 100 de los alumnos presentados. En la ciudad de Rostock fueron *eliminados* el 25 por 100 en los ejercicios de alemán y el 36,7 por 100 en los de aritmética. Para apreciar bien estos datos, hay que tener en cuenta, además, que para ingresar en la profesión comercial se hace ya *una cierta selección previa*. Por eso puede suponerse, sin exageración, que las cifras consignadas sólo reflejan muy débilmente la mutilación espiritual de la juventud alemana por el fascismo. Esta espantosa incultura de la juventud alemana hay que atribuirle también al hecho de que el fascismo ha arrojado de sus puestos a los mejores maestros y profesores alemanes, sustituyéndolos por los salvajes jefes de las secciones de asalto que más se distinguen en los asesinatos de obreros. Estas bestias salvajes con figura humana son las que hoy hacen estragos como «maestros» y «profesores» en las escuelas y universidades de Alemania.

El fascismo, que intenta minar por los medios más brutales todas las fuerzas del progreso humano, *destruye también los retoños intelectuales del pueblo*. En 1914, había en Alemania 72.000 y en 1931 160.000 estudiantes. En la Alemania fascista, el número de estudiantes se halla hoy reducido a 60.000. Estas cifras claman al cielo. Indican claramente que el fascismo ha hecho retroceder a Alemania, en lo que se refiere a la nueva generación intelectual, a mucho más atrás del período de antes de la guerra. El fascismo priva a miles y decenas de miles de jóvenes de la posibilidad de adquirir una instrucción universitaria para hacerse ingenieros, médicos, maestros o profesores. La nueva generación intelectual del pueblo alemán muere bajo el régimen de la dictadura fascista. La realidad de esto lo atestigua también la triste situación por que atraviesa la Escuela Técnica Superior de Múnich, antes famosa en el mundo entero, cuya matrícula de alumnos ha bajado de 6.000 a 1.500.

A la par que mutila intelectualmente a la juventud alemana, el fascismo la descompone también moralmente. Mata en los corazones de la juventud los sentimientos más puros y más humanos, su anhelo de casarse y de constituir una familia. Y es natural que sea así, pues en el Estado Mayor de la juventud hitleriana se considera como «todo un hombre» a quien puede jactarse de contar más historias de mujeres y más aventuras femeninas. De 1933 a 1937, han aumentado *en más del 400 por 100*, entre la juventud alemana, los delitos contra la moral. Pero también esta cifra expresa solamente de un modo muy tenue la descomposición moral provocada entre la juventud alemana por el fascismo de Hitler. Son incontables los delitos contra la moral cometidos por los dirigentes de la juventud hitleriana y ante los que las autoridades hacen la vista gorda. El fascismo arranca los hijos y las hijas a la tutela del hogar paterno. Los dirigentes de la juventud

hitleriana, gentes brutales y completamente degradadas en cuanto a lo moral, reivindican para sí el derecho exclusivo de educar a la juventud alemana. En estas condiciones, no tiene nada de extraño el que entre esta juventud se advierta también una gran floración de delitos comunes.

Parecida a ésta, y no menos triste, es la situación en que se encuentra la juventud en la *Italia* fascista. Una de las preocupaciones capitales del fascismo italiano consiste en alejar a la juventud, con mano de hierro, de todo lo que guarda relación con la cultura. El «Popolo d'Italia», órgano de Mussolini, no ha tenido ningún escrúpulo en tratar de este tema en un largo artículo titulado «Los perjuicios de la cultura para la juventud fascista». Este periódico, tribuna de Mussolini, prohíbe la difusión de la cultura entre la juventud como un peligro extraordinariamente grande, porque la cultura hace que la juventud empiece a dudar en muchos problemas y pierda la fe en las verdades fascistas. Además, la cultura —dice el articulista del «Popolo d'Italia»,— extiende el horizonte visual y aguza el sentido crítico de la juventud. «En una palabra —termina el artículo—, la cultura es algo que hace que la juventud se aproxime al enemigo. Y una cosa evidente es que un soldado no tiene porqué ser ningún sabio». Tanto en Alemania como en Italia, el fascismo educa a la juventud en el desprecio por la ciencia, en el desprecio por los libros y por las obras de los mayores sabios de la humanidad. ¡No leas ni estudies, marcha! Tal es, en todas partes, la consigna del fascismo para la juventud.

Esta vida de esclavos y esta mutilación intelectual y moral amenazan también hoy a la juventud de otros países que se hallan bajo la amenaza de ser sojuzgados por los agresores alemanes e italianos. La juventud austriaca y checoeslovaca sienten ya en sus carnes las espantosas consecuencias de la esclavización de sus países por el fascismo alemán. Como en la antigüedad, en la época de la barbarie, los vencedores arrastraban a su país a los pueblos vencidos para venderlos, hoy miles y decenas de miles de jóvenes austriacos y checoeslovacos son arrastrados al Tercer Reich para hacerles trabajar como esclavos. Se les obliga a trabajar por un mísero salario en la construcción de fortificaciones, en la desecación de pantanos y en el tendido de carreteras o se les entrega a los terratenientes alemanes para que les exploten como siervos.

Hay «políticos» del campo de la burguesía y de la dirección de la Segunda Internacional que aún no comprenden por qué la joven generación de nuestros días toma partido contra el fascismo y aún a cada vez más sus fuerzas contra él.

A estos señores, se les podría replicar: ¡paraos un momento a pensar en el calvario de la generación de la guerra y de la postguerra, paraos a pensar en cómo el fascismo, allí donde está en el Poder, mutila y sojuzga a la juventud! No tiene nada de extraño que esta juventud preste cada vez menos oídas a vuestros consejos y que, a pesar

de vuestros esfuerzos por desviarla de él, abraza el camino de la resistencia, el camino de la lucha y no el camino de la capitulación, que vosotros le recomendáis.

El ejemplo del socialismo.

La generación de la guerra y de la postguerra tiene delante de sus ojos muchos ejemplos magníficos, que son su estrella polar en la lucha por un porvenir feliz. De estos ejemplos, la juventud saca cada vez mayores enseñanzas para su actuación. Tiene ante sí, como ejemplo, la heroica lucha del pueblo español y del pueblo chino y de su juventud contra el fascismo; la valiente lucha que la clase obrera alemana e italiana y su juventud sostienen en la clandestinidad. Pero el ejemplo más formidable es el que se le ofrece en la encarnación viva del socialismo: en la Unión Soviética, que señala a la joven generación el camino del porvenir. No hay en la reacción mundial fuerza capaz de extinguir en los corazones de millones de jóvenes de los países capitalistas las simpatías cada día más fuertes hacia el poderoso País del Socialismo, hacia la Unión Soviética. Y se comprende que sea así. La juventud ve en la Unión Soviética no sólo la fuerza más poderosa y la defensora de la paz, *sino también el porvenir*. Ya no vivimos en aquellos tiempos en que los reaccionarios conseguían asustar a la juventud con los peligros que, según ellos, le amenazaba del lado de la Unión Soviética. Hoy, cada vez es más extenso el sector de la juventud que anhela ver extenderse estos «peligros» a su propio país.

Ante los ojos de la juventud actual, crece y se fortalece con cada día que pasa el País del Socialismo, bajo la dirección genial del mejor amigo y auxiliar de la joven generación del mundo entero, camarada Stalin. La juventud sabe hoy que existe *otro* orden social, además de aquel en que unos hombres explotan a otros. Y la juventud de hoy sabe aún más, pues se convence cada vez con mayor fuerza de que el orden social *socialista* es mejor que el capitalista. *La crítica del viejo orden social y el interés por el orden social nuevo ganan constantemente terreno entre la juventud actual*. Y ello es lógico. La juventud actual ve que en la Unión Soviética, donde se ha acabado con la explotación del hombre por el hombre, crece una generación que puede realizar libremente todos sus sanos ideales. Las heroicas y apasionantes hazañas y la lucha de la juventud soviética por seguir desarrollando el progreso y la cultura en todos los aspectos de la vida humana animan y fortalecen a la juventud de los países capitalistas para luchar por una vida como esa que la juventud soviética ha conquistado ya. La actual generación no vive solamente en el período de decadencia del capitalismo, sino también en el período del triunfo del socialismo en la sexta parte de la tierra. Y este doble aspecto del desarrollo imprime su sello a las ideas y a la mentalidad de la juventud de nuestros días.

Cambios políticos de la joven generación.

Con los grandes cambios políticos sobrevinidos en el mundo, se han operado también cambios *importantes* en el seno de la juventud. Si nos fijamos solamente en el período de la crisis económica mundial de 1929-1933, vemos que entonces reinaba dentro de la juventud, al lado de un fuerte sentimiento anticapitalista, una cierta depresión y un cierto cansancio. Aquella juventud era la que más sufría las consecuencias de la crisis. Estaba descontenta de la democracia burguesa y de todos sus partidos políticos. Se apoderó de la juventud una gran decepción respecto al régimen. Y en aquella situación, ni los partidos burgueses ni los socialdemócratas trazaban a la juventud un camino claro. No comprendían el problema de la juventud. En la mayoría de los países capitalistas, la juventud se dejaba llevar, no pocas veces, por el sentimiento que se expresaba en la consigna de «¡Nada de política!». Decenas y centenares de miles de jóvenes se enrolaron por aquel entonces en las organizaciones deportivas y culturales. Este período coincide con el comienzo de una actividad extraordinaria por parte del fascismo hitleriano en Alemania. El fascismo se dió cuenta de que los partidos burgueses y socialdemócratas no prestaban ninguna atención al problema de la juventud y de que ésta buscaba cada vez más apasionadamente un camino para salir de su difícil situación. *Aquella juventud descontenta era la falla más peligrosa del régimen democrático-burgués en Alemania.*

El fascismo se entregó a una lucha febril para atraerse a esta juventud. Se presentó a ella como la fuerza, como el movimiento de la juventud descontenta y le prometió crear un «Estado de la juventud», en el que podría realizar sus ideales. Teniendo en cuenta los sentimientos anticapitalistas de la juventud, el fascismo se las daba de enemigo del capitalismo. Por entonces, el fascismo era para la juventud, en Alemania, un fenómeno nuevo. Muchos jóvenes le juzgaban atendiendo a sus discursos y a sus promesas. Estas no podían ser más tentadoras. La juventud aún no podía juzgar al fascismo por sus actos, porque el fascismo no era todavía más que una fuerza de oposición; aún no había conseguido llegar al Poder. Con estos métodos mentirosos de propaganda, el fascismo consiguió penetrar en las filas de la juventud e incluso en las de la juventud obrera. Así fué cómo el fascismo subió al Poder, en Alemania, contando con el apoyo activísimo de gran parte de la juventud, engañada por él. Después de la subida al Poder del fascismo de Hitler en Alemania, los fascistas de otros países empezaron a desplegar también una gran actividad entre la juventud, ante la que proclamaban hipócritamente: «¡Somos un movimiento juvenil contra el viejo mundo!». También en estos países hubo una parte de la juventud que se dejó arrastrar por la influencia funesta del fascismo. Durante este período, la juventud vacilaba entre el fascismo y

las fuerzas de la democracia y del progreso. Tanteaba todavía en la sombra y aún no había descubierto en el fascismo su enemigo mortal.

La saña de la sangrienta dictadura fascista de Hitler en Alemania, el aplastamiento de todas las organizaciones democráticas y progresivas, el exterminio de las organizaciones de la juventud, la liquidación de toda clase de derechos y libertades, la cruzada de exterminio contra la cultura y contra todo lo que impulsa el progreso, la creación de los campos de trabajo y de los campos de concentración, el asesinato y el encarcelamiento de los mejores hombres del movimiento obrero y progresivo, de los mejores representantes de la cultura y de la ciencia, todo contribuyó a abrir los ojos a la juventud. Entre ésta empezaron a ganar terreno los sentimientos contrarios al fascismo. Bajo la influencia de la resistencia cada vez más fuerte de la clase obrera contra el fascismo, la juventud empezó, lentamente, a darse cuenta de las consecuencias de la derrota sufrida por la clase obrera alemana y por el pueblo. *Y así, la generación de la guerra y de la postguerra va pasando de la crítica a la lucha, al ataque contra el fascismo.*

Como protesta de toda una generación contra su explotación y contra el fascismo y la guerra imperialista, ha surgido un potente movimiento de unidad de las más extensas masas de la juventud, en todos los países capitalistas y coloniales. Fuerzas propulsoras de este movimiento son el descontento contra el viejo mundo, el odio fogoso contra el fascismo y el deseo ardiente de conquistar un porvenir humano y feliz.

La dura y amarga vida en que se cría la joven generación en los países capitalistas forma una juventud *combativa y con mentalidad política*, que clama en voz alta y enérgicamente por sus derechos y lucha con entusiasmo juvenil por un porvenir de libertad.

Los mismos políticos burgueses que contemplan objetivamente el movimiento juvenil se ven obligados a reconocer los grandes cambios operados en la juventud. En un artículo titulado «Qué piensa la juventud inglesa», publicado en el número de junio de la «Contemporary Review», Judith Cocoran dice:

«En estos últimos tiempos, ha aparecido en escena un movimiento juvenil organizado. Aquellos muchachos alegres y despreocupados, aquellos jóvenes de la década del 20 de este siglo, que sólo pensaban en divertirse, han desaparecido, para ceder el puesto a una generación seria y consciente de su responsabilidad. En nuestros días, no consideramos como un fenómeno extraordinario el ver jóvenes que dedican cuatro y hasta cinco noches a la semana a asistir a reuniones políticas, a trabajar en comités o a repartir hojas o vender la prensa. No hay que perder mucho tiempo en buscar las causas de esto. En este país, los llamamientos a la libertad no han quedado nunca sin contestar. El señor Hitler y sus amigos habrán podido conseguir ciertos éxitos entre determinados sectores de la población de tales o cuales países, en sus esfuerzos por socavar la fe en la democracia; pero, al mismo tiempo, con esto se ha conseguido que la juventud adquiriera la conciencia de los ideales democráticos y comience a creer apasionadamente en ellos. Cada día son más los que opinan que la democracia, si ha de seguir existiendo, tiene que ser una democracia activa y adquirir una importancia mucho

mayor de la que hoy tiene en la vida diaria del pueblo. Cada vez son más los jóvenes que se preguntan: «¿De veras es la Gran Bretaña un país democrático?»

La generación de la lucha y de la victoria.

Entre estos jóvenes, la diferencia de opiniones políticas va pasando cada vez más a segundo plano. Todos ellos se dan cuenta, por su dura vida, de que la sociedad es para ellos una madrastra y de que son *el sector más desheredado de toda la humanidad*. Lo que hace que se establezca entre ellos una cohesión y una unidad estrecha es la conciencia de que la historia les impone una grande y responsable misión: *la misión de vencer al fascismo y al mundo del pasado*.

La juventud de nuestros días quiere luchar en primera fila, al lado de sus padres y de sus madres, para abrir un camino libre al desarrollo futuro del progreso humano y crear un nuevo mundo, en el que la juventud pueda vivir contenta, alegre y en paz. En las banderas del movimiento de unidad de la joven generación aparecen inscritas sus justas reivindicaciones: lo que esta generación reclama es el derecho al trabajo, a la cultura y al descanso. Y clama enérgicamente por sus reivindicaciones económicas, políticas y culturales. Así, por ejemplo, en países como los Estados Unidos e Inglaterra aparecen «Cartas» o «leyes juveniles» redactadas conjuntamente por numerosas organizaciones de la juventud progresiva y en las que se reconocen las justas reivindicaciones de la juventud actual.

Este grito de la juventud clamando por sus derechos económicos, políticos y culturales, encuentra taponados los oídos de los señores en los países capitalistas. Pero la juventud prosigue enérgicamente la lucha por sus reivindicaciones y pugna por darles satisfacción. Se ha propuesto la honrosa misión de colaborar activamente en la gloriosa tarea de acabar con el fascismo. Este movimiento se propone como objetivo infligir una derrota militar al fascismo en el plano internacional y en los países en que desencadena la guerra, para impedir que los agresores fascistas consigan extender al mundo entero la guerra iniciada.

Esta juventud no ha perdido la esperanza de que la guerra pueda ser evitada. Día tras día, crece en sus filas el convencimiento de que si los pueblos de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos, en unión de los 170 millones de hombres del gran País del Socialismo, de la Unión Soviética, se unen y agrupan en torno a ellos a todos los demás pueblos, se podrá obligar al agresor fascista a ponerse de rodillas y salvar al mundo de una segunda guerra mundial imperialista.

El movimiento de esta generación se ha templado en la lucha a favor de la República española. Cientos de miles de jóvenes de los países democrático-burgueses han colaborado con gran entusiasmo en la obra de defender a la España republicana. Miles de ellos desfilaron

por las calles de Londres, de París, de Nueva York, de Estocolmo, de Bruselas, exigiendo que sus gobiernos ayudasen y apoyasen de un modo activo a los republicanos españoles. Esta generación envió a sus mejores representantes a los frentes de la España republicana, para luchar también con las armas en la mano contra el fascismo. Cientos y miles de jóvenes franceses, ingleses, americanos, checos, suecos, alemanes y austriacos se han batido heroicamente en las gloriosas Brigadas Internacionales contra la superioridad de fuerzas del fascismo. La parte progresiva de la juventud no conoce la cobardía ni la indecisión ante el enemigo fascista. Ama la paz, pero no está dispuesta a pagar la paz con la esclavitud. Pero eso exige cada vez más enérgicamente en Londres, París y Varsovia, en Belgrado y en Nueva York, que sus gobiernos desarrollen una política de resistencia contra el agresor fascista. Por eso lucha incansablemente por la formación de gobiernos que no conspiran con los agresores fascistas, sino que mantengan frente a ellos, audaz y resueltamente, una política de resistencia.

Esta juventud sigue creyendo, a pesar de la traición cometida contra la República española, a pesar de la ocupación de Checoslovaquia y de Albania, en la posibilidad de triunfar sobre el fascismo. A la agresión fascista redoblada, responde con una lucha todavía más tenaz contra el fascismo. La huelga de un millón de estudiantes en los Estados Unidos contra la guerra imperialista y a favor de la seguridad colectiva, revela el magnífico espíritu de lucha de la juventud norteamericana. Esta empieza a darse cada vez más clara cuenta de que el pueblo norteamericano y su juventud se hallan vitalísimamente interesados en ayudar y en unirse a aquellas fuerzas de Europa que quieren cerrar el paso al fascismo, para impedir sus nuevas agresiones. Millones de jóvenes ingleses mantienen, en unión de la juventud india, una lucha tenaz contra la política profascista de Chamberlain. Pugnan con gran ahinco porque se ponga término a la política exterior chamberlainiana, política de ayuda al fascismo, que deshonra al pueblo inglés. Y claman por la formación de un gobierno que esté dispuesto a defender la libertad y la independencia de los pueblos. Este mismo camino sigue también la juventud francesa. Los estudiantes del Barrio Latino, que se han manifestado tumultuosamente en las calles de París contra los planes de agresión de Mussolini, no expresan más que la voluntad combativa de toda la juventud francesa, su voluntad de defender la intangibilidad y la independencia de Francia.

La juventud polaca, que no hace todavía mucho tiempo se hallaba fuertemente influida por la reacción, aparece en la palestra de la vida política de Polonia. Sus organizaciones democráticas llaman a la juventud a la unión. Se manifiestan enérgicamente en contra de los capituladores y se muestran dispuestas a defender con las armas en la mano, contra el fascismo alemán, cada palmo de tierra de su país.

También la juventud de los Balcanes comienza a despertar. La juventud de todos los pueblos de Yugoslavia va forjando su frente común para defender la independencia de su país contra el fascismo alemán

e italiano. ¡Nada de pactos con el agresor! ¡Hacerle frente! Tal es su consigna.

El frente de la juventud para la defensa de la independencia de los pueblos contra el fascismo alemán e italiano se refuerza sobre todo en aquellos países que se hallan expuestos directamente al peligro de una agresión fascista. Esta juventud abandona el pacifismo y abraza el camino de la lucha activa, el camino de la resistencia contra el fascismo. Este espíritu de lucha, esta voluntad de luchar contra el fascismo con las armas en la mano para defender la independencia de sus países, son las características más importantes de la juventud de todos los países amenazados por el fascismo alemán e italiano.

Los capituladores hacen grandes y numerosos esfuerzos por quebrantar y descomponer este magnífico movimiento de lucha de la joven generación. Pero grandes sectores de ésta les vuelven la espalda a los cobardes capituladores. Esta juventud no quiere verse convertida en una generación de capitulación ante el agresor fascista. Comprende cada vez mejor que sólo podrá conquistar una vida libre y feliz si une su suerte a la de la lucha resuelta contra el fascismo.

A la generación de la guerra y de la postguerra le esperan grandes y duras luchas. En estas luchas que se avecinan se ventilará la suerte de los pueblos del mundo entero y de su juventud. En estas grandes batallas se decidirá si el mundo ha de marchar por el camino del progreso o por la senda de la reacción y de la barbarie. En estos combates se ventilarán también los problemas que afectan al porvenir de la juventud. No cabe duda de que estas batallas históricas acabarán con la victoria del progreso y de la libertad. Pero esta victoria *no se conseguirá por sí sola*. Será necesario desplegar esfuerzos gigantescos para conquistarla.

Hoy, la juventud discute apasionadamente para saber cómo habrá de conquistarse esta victoria. La juventud quiere ver claro y encontrar el camino certero para salir de la situación actual.

La juventud y la clase obrera.

Es necesario que la joven generación sepa que *ella sola no puede triunfar sobre el fascismo*. Para poder triunfar sobre el fascismo, la joven generación tiene que agruparse en torno a la fuerza que tiene la misión histórica de ser la enterradora del fascismo y del viejo mundo capitalista. ¿Cuál es esta fuerza? *Es la clase obrera*. La generación de la guerra y de la postguerra debe apretar las filas en torno a la clase obrera y luchar bajo su dirección. ¿Por qué?

«La clase obrera es la clase más avanzada y la fuerza más poderosa de la sociedad contemporánea. Su vanguardia ha triunfado, en la sexta parte del globo, sobre las fuerzas tenebrosas del capitalismo y ha construido una nueva sociedad, la sociedad socialista. La clase obrera internacional tiene un interés vital en romper definitivamente las cadenas de la explotación

capitalista y de la esclavitud en el mundo entero. Es el enemigo más irreductible de la reacción y del fascismo, el adversario más resuelto y consecuente de toda opresión y de toda esclavización de los pueblos, de toda guerra de rapiña.

La clase obrera, por ser la espina dorsal de su pueblo y disponer de la inmensa ventaja que suponen su papel decisivo en la producción de la vida del país, su fuerza numérica, su concentración y su organización, es el más firme baluarte de la libertad y la independencia del país» (Dimitrof) *.

Que la clase obrera es la fuerza fundamental en la lucha contra el fascismo, se ha demostrado también claramente en Francia, en la lucha contra la barbarie fascista. Gracias a la actitud resuelta y unida de la clase obrera de Francia el 6 de febrero de 1934, pudo rechazarse la tentativa de los fascistas franceses de apoderarse del timón de España y de su juventud. En todas partes, en todos los países, es durante dos años y medio contra la superioridad de fuerzas del fascismo, ello se debió, sobre todo, a la actitud resuelta de la clase obrera de España y de su juventud. En todas partes, en todos los países, es la clase obrera el motor y la fuerza propulsora de la lucha antifascista. Por eso la joven generación debe agruparse también en torno a la clase obrera, porque ésta es la fuerza a la que la historia asigna la misión de conquistar un mundo nuevo. Conquistar este mundo nuevo es también el deseo ardiente de sectores cada vez más extensos de la juventud actual. Hoy, la juventud lucha fogosamente contra el fascismo, no sólo porque prefiere a éste la democracia burguesa, sino además porque, acabando con el fascismo, quiere *seguir avanzando* hasta conquistar un orden social nuevo, un mundo nuevo. *Apoyar activamente a la clase obrera y ayudarla en todos los aspectos, es la misión más importante de la joven generación en su lucha contra el fascismo.*

Pero, en su lucha contra el fascismo, la clase obrera tropieza con el obstáculo y la rémora que supone la escisión existente dentro de sus propias filas. La escisión de la clase obrera es la causa más importante de que hasta hoy no se hayan podido conseguir éxitos mayores en la lucha contra el fascismo. Si la clase obrera luchase en frente único contra el fascismo, la situación de Europa sería hoy muy distinta. Si la clase obrera estuviese unida en su lucha contra el fascismo, los pueblos austriaco, checo, español y albanés no habrían sucumbido al yugo del imperialismo fascista. La historia nos enseña que sólo una clase obrera unida dentro de cada país y en el plano internacional puede contener y aplastar la agresión fascista. Por eso *es una cuestión de honor no sólo para los obreros, sino también para toda la joven generación trabajadora colaborar activamente en la creación de la unidad de acción de la clase obrera, en cada país y en el plano internacional.*

Hoy, en el movimiento internacional de la clase obrera se acentúa cada vez más la corriente favorable a la creación de la unidad de ac-

* J. Dimitrof, «Problemas del Frente único y del Frente popular», ed. española, págs. 230-231.

ción internacional, a la convocatoria de una Conferencia internacional de todas las organizaciones obreras, para discutir el problema del frente único de lucha contra el fascismo y por la defensa de la paz. La joven generación cometería un error si se quedase al margen de este movimiento. La juventud se halla seriamente interesada en la organización de esta Conferencia internacional de todas las organizaciones obreras. La juventud obrera debe alzar su voz en favor de la convocatoria de esa Conferencia internacional, en unión de todas las organizaciones juveniles antifascistas. En esa Conferencia, podría la juventud plantear también sus propios problemas, y no cabe duda de que una Conferencia internacional de esta naturaleza no sólo acogería con simpatía, sino que además apoyaría activamente todas las aspiraciones e iniciativas de la juventud en contra del fascismo y en pro del mejoramiento de su situación social.

El enérgico llamamiento del gran héroe de la lucha antifascista Jorge Dimitroff en favor de la unidad internacional de la clase obrera contra el fascismo gana los corazones de sectores cada vez más extensos del proletariado. Los obreros quieren esta unidad. Los que no la quieren son algunos dirigentes reaccionarios del movimiento obrero. Estos tienen miedo a la unidad de la clase obrera y quieren impedir que se convoque una Conferencia internacional de este género. La joven generación, que es la primera víctima de la barbarie fascista y de la guerra imperialista, debe considerar también como un deber suyo vencer la resistencia de estos dirigentes reaccionarios y actuar en todas partes con gran energía y entusiasmo en pro de la unidad de la clase obrera.

Por la unidad del movimiento juvenil progresivo.

A la luz de los grandes combates que se avecinan, es conveniente, sin duda alguna, enfocar con mirada crítica el propio movimiento juvenil por la paz, la libertad y el progreso. ¿Qué lagunas y qué fallas se advierten en el movimiento juvenil? También es necesario ver con claridad las fallas de este movimiento, para vencerlas, haciéndole más fuerte y poderoso. No hay que olvidar que el enemigo procura aprovecharse de todas las fallas y lagunas del movimiento juvenil progresivo, para descomponerle e incapacitarle para la lucha. ¿Cuál es la falla más importante del movimiento juvenil unitario, la falla que más urgente y más apremiante es remediar? *Es la insuficiente participación de las organizaciones juveniles obreras en este movimiento y la escisión existente dentro de la juventud obrera.* La juventud obrera viene manteniendo desde hace años una lucha tenaz, incansable, para conseguir su unidad contra el fascismo. En una serie de países, esta lucha fué coronada por el éxito. La heroica juventud obrera de España dió a la juventud obrera de todos los países capitalistas un ejemplo mag-

nífico de cómo puede llevarse a cabo su unidad. La unidad de las organizaciones de la juventud obrera se ha convertido también en una realidad en otra serie de países. Sin embargo, todavía quedan muchos países en los que no se ha establecido aún la unidad de la juventud obrera. Las Juventudes Socialistas de muchos países importantes, como, por ejemplo, Francia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, *siguen estando al margen del movimiento general de la juventud contra el fascismo*, y ni la propia dirección de la Internacional Juvenil Socialista fomenta la unidad de las organizaciones juveniles obreras. ¿Acaso porque los afiliados a las Juventudes Socialistas no quieren colaborar con las organizaciones juveniles comunistas y con las demás organizaciones de la juventud antifascista? ¡No, nada de eso!

Lejos de ello, quieren colaborar, y hasta lo exigen. Los afiliados a las Juventudes Socialistas en los distintos países han hecho y siguen haciendo numerosos esfuerzos por conseguir la unidad de las organizaciones obreras juveniles, para de este modo poder luchar mejor contra el fascismo. Pero estos esfuerzos son malogrados en todas partes por un pequeño grupo de dirigentes de las Juventudes Socialistas, enemigos de la unidad. Hasta hoy, los afiliados a las Juventudes Socialistas no han conseguido hacer prevalecer su anhelo de unidad, pero este anhelo es cada día más fuerte. Sin embargo, ha llegado la hora de que los afiliados a las Juventudes Socialistas luchen *con más energía que hasta ahora* por imponer la unidad de las organizaciones juveniles obreras. Sí; nunca ha sido tan necesario como hoy luchar enérgicamente por la unidad de la juventud obrera contra el fascismo. Los afiliados a las Juventudes Socialistas deben darse cuenta de su responsabilidad ante la juventud obrera. Los jóvenes que militan en las Juventudes Socialistas y Comunistas son la parte más combativa y más avanzada de la juventud obrera. Tienen el deber común de agrupar en torno suyo a toda la juventud obrera e incorporarla al gran movimiento de lucha de la juventud obrera contra el fascismo. ¿No es evidente que, por no existir una estrecha colaboración entre las dos organizaciones obreras juveniles, grandes sectores de la clase obrera se mantienen al margen de la lucha activa contra el fascismo? ¿Y a quién favorece esto? No es, ni mucho menos, a la causa de la lucha contra el fascismo. Hoy, ante la agresión fascista acentuada, se halla en grave peligro todo el movimiento obrero, y con él todas las conquistas sociales y democráticas que ha conseguido el proletariado a fuerza de largos y duros años de lucha. Por eso es apremiantemente necesario lograr la unidad de la juventud obrera y establecer entre sus organizaciones una estrecha alianza contra el fascismo. La juventud obrera necesita esta unidad como el pan, el aire y el sol. La juventud obrera tiene la misión de ser el destacamento de lucha más resuelto y más valiente en el movimiento de unidad de la joven generación. Pero para ello necesita estar unida ella misma. Cuando se logre la unidad de la juventud obrera y sea una realidad la colaboración entre las dos organizaciones juveniles obreras dentro de cada país y en el plano inter-

nacional, el frente de lucha de la joven generación será todavía más fuerte y más poderoso. Nuestra generación necesita esta unidad. La necesita, incondicionalmente, para librarse de la triste suerte de la juventud alemana e italiana, austriaca y checa. La necesita para conseguir que la joven generación *sea verdaderamente la generación de la victoria sobre el fascismo y sobre el viejo mundo capitalista.*



Cada día son más extensos los sectores de la joven generación que marchan hacia el frente antifascista. Esto indica que este frente cuenta con todas las probabilidades para vencer sobre el fascismo, pues quien tiene la juventud tiene el porvenir.

Grande es la responsabilidad de la clase obrera y de todas las fuerzas populares democráticas ante la joven generación actual. Ayudar a la juventud y a sus organizaciones antifascistas, democráticas y progresivas, es hoy una de las tareas más importantes de todos los partidos y de todas las organizaciones que quieran defender la paz contra el agresor y liberar al mundo del fascismo; es también ésta una tarea que incumbe a todos los intelectuales progresivos. Los pueblos sólo son fuertes e invencibles, en la lucha contra el agresor fascista, cuando saben incorporar al frente de la defensa de su independencia a la juventud, cuando saben inflamar el corazón de su juventud con el espíritu de la enérgica resistencia contra el agresor fascista. Educar a la joven generación actual dentro del espíritu del amor por la libertad y por la independencia de su pueblo, dentro del espíritu del odio contra el fascismo: he ahí el objetivo que deben proponerse con todo entusiasmo todos los obreros, la clase obrera y todas las fuerzas populares democráticas.

La generación de la guerra y de la postguerra se está convirtiendo en una grande y poderosa fuerza contra el fascismo. Hacer que esta fuerza sea cada vez más poderosa, constituye uno de los problemas más importantes de las grandes luchas históricas que se avecinan entre el fascismo y la democracia.

J. HERNANDEZ

Vázquez ha sido asesinado

Mariano R. Vázquez, el secretario general de la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.) de España, ha sido vilmente asesinado. Su cadáver ha aparecido flotando en las turbias aguas del Sena, y un silencio hartos sospechoso envuelve hasta el día de hoy este monstruoso crimen.

Vázquez era desde hacía dos años el dirigente de una poderosa organización sindical que abarcó, en el período álgido de la guerra del pueblo español, a más de un millón de hombres organizados. Joven aún —no contaba con más de treinta y cinco años—, había conquistado un gran prestigio en los medios proletarios del anarco-sindicalismo y en toda la España republicana. ¿Cómo es posible que el asesinato de un hombre de tan recia personalidad pueda ser callado?

Ningún trabajador español, ninguna persona honrada del mundo, podrá retener una exclamación de ira y de dolor al conocer este miserable asesinato. ¿Quién puede tener interés en silenciar tal crimen? ¿Por qué calla la F.A.I.?

Mariano R. Vázquez fué secretario general de la C.N.T. y miembro de la organización política de los anarquistas, de la F.A.I.

La F.A.I. no es la C.N.T., como los obreros confederales tampoco son, en su inmensa mayoría, anarquistas.

La F.A.I. la forman —con pocas excepciones, tales como Vázquez— unos grupos de elementos anormales, desclasados, y de «snobs» que se reclutan entre la hez de todas las capas de la sociedad. Estas gentes forman lo que ellos llaman «grupos específicos» del anarquismo. Se encuentran entre ellos los partidarios del desnudismo integral, los del vegetarianismo cien por cien, los filósofos peripatéticos; los adeptos de los «solariums pedagógicos», etc. Y se denominan por los nombres más disparatados: «Dinamita cerebral», «Los hijos de nadie», «Los incontrolados», «Los Sin Ley», «Los aguiluchos», etc., etc. Estos grupos, tienen vida propia, independiente entre sí; luchan muchas veces entre ellos y llegan hasta la eliminación física por lograr la hegemonía sobre esta o la otra organización, y les unen solamente los principios pequeño-burgueses que inspiran su «ideología», y su odio a las demás organizaciones obreras. Se unen igualmente en la defensa de las posiciones generales y comunes, tales como la dirección de las organizaciones sindicales, culturales, cooperativas, etc. de la clase obrera. Grupos de «élite», sienten profundo desprecio por las masas, y su táctica de lucha es el terrorismo individual.

Están vivos aún en el recuerdo los tiempos en que estos «libertarios» a ultranza, en cuanto se apoderaban de un sindicato, mataban toda

la vida democrática del mismo, y son infinitos los casos en que, cuando el descontento de los trabajadores los obligaba a convocar asambleas para dar cuenta de su gestión, se presentaban con sus grupos de pistoleros, coaccionando de esta forma brutal a la asamblea, mientras el presidente, a menudo, abría la sesión poniendo la pistola sobre la mesa, y preguntando bravuconamente: ¿Quién tiene algo que oponer?».

El terror de esta gente ha perseguido a los obreros hasta en los propios lugares de trabajo, donde el «delegado sindical» cobraba «por las buenas» los cupones de cotización, y cuando los obreros se negaban, al que encarnaba esta resistencia lo acribillaban a balazos en cualquier esquina. Los grupos «específicos» se apoderaron por medios terroristas de todo el aparato de la C.N.T. y lo han conservado en sus manos, gracias a que todos los delegados a los Plenos comarcales, locales o nacionales de la C.N.T. eran designados, no por las masas, democráticamente, sino por los «grupos específicos».

La C.N.T. nació, no como una corriente específicamente anarquista, sino sindicalista, apolítica; pero, por razón de su misma concepción ideológica, se explica que los aventureros pudieran apoderarse de ella y entronizarse en ella, si bien, pese a su terror, que ha costado la vida a muchos militantes del Partido Socialista Unificado de Cataluña y de la U.G.T. catalana, durante la guerra, se han desgajado de la C.N.T. centenares de miles de obreros que hoy militan en la U.G.T. Aquellos grupos, que pudieron campar alegremente por el favor y la ayuda que les prestaban Largo Caballero y su gente, desde el Poder y fuera de él, fueron quedándose, en el curso de la guerra, reducidos, a su miserable papel de traición, aunque conservando siempre gran parte del aparato de la C.N.T.

Durante los treinta y tres meses de la heroica guerra del pueblo español contra los invasores fascistas, la F.A.I. fué, junto con los trotskistas, el centro de organización y camuflaje de todos los espías y provocadores, de los agentes de la Gestapo y de la Ovrá, de los fascistas y reaccionarios que adquirían su carnet, escapando así a la justicia del pueblo. Organizaron especialmente para estos elementos el Sindicato de Oficios Varios, y cuando se les denunciaba el hecho, respondían cínicamente que era para «regenerarlos».

En los primeros momentos de la lucha, estos fascistas disfrazados de anarquistas formaron columnas de verdaderos facinerosos y bandoleros que operaban solamente en la retaguardia (la «Columna de Hierro», integrada por todos los presidiarios de delitos comunes del Penal de San Miguel de los Reyes y de infinidad de fascistas, la del «Rosal», etc.) que devastaban España y saqueaban el campo y las ciudades con sus latrocinios y crímenes, lesionaban a conciencia los intereses de los extranjeros en España, para crear mayores dificultades, desorganizaban la vida económica del país, atentaban contra todo el orden existente y levantaban a los campesinos y a las masas pequeñoburguesas contra la República.

En infinidad de pueblos, estos «antiautoritarios» proclamaban el

comunismo libertario. ¡Original «comunismo», que consistía en que un Comité se erigía en el más brutal y tiránico dictador! La mayoría de las veces, eran pequeños burgueses desclasados, que ni siquiera eran de la localidad, y que llegaban con su cuadrilla y proclamaban el «comunismo libertario». Recogían o confiscaban por la violencia toda la moneda, las joyas, alhajas y valores de todas clases, decretando «abolido» la moneda para los demás, pero no para ellos, y sustituyéndola por unos vales.

Llegaban a las propiedades de los modestos campesinos y, tras de requisarles todo lo útil, ponían un cartel en sus tierras que decía «Requisado». Y el campesino debía entregar todos sus productos, que, después de tasados, se los pagaban en «*unidades*», es decir, con un papel y un sello que nadie, fuera de allí, reconocía.

Refractarios a toda disciplina y carentes de todo amor a la lucha y a la causa de España, en cuantos combates fueron obligados a intervenir abrieron sus frentes en connivencia con el enemigo, sin detenerse ante el asesinato de uno de sus más prestigiosos jefes, Durruti, que cayó asesinado, cuando les reprochaba su cobarde conducta en el frente de Madrid.

Dirigente de la F.A.I. era Ascaso, el presidente del tenebroso Consejo de Aragón, autorizado y legalizado por Largo Caballero, cuya historia constituye una vergüenza para la República. Soberanos y todopoderosos en toda la zona aragonesa, estos elementos empujaron hacia el enemigo, por la desesperación, a pueblos enteros. Nada ni nadie era respetado por ellos en los pueblos de retaguardia, mientras sus «columnas», en vez de pelear, organizaban en los frentes partidos de fútbol con los fascistas. Cuando Largo Caballero, su protector, dejó el ministerio de la Guerra y el gobierno Negrín disolvió el «Consejo de Aragón», Ascaso, que se había «apropiado» de bienes de fascistas y antifascistas y que se había casado con la hija de un conocido fascista aragonés, al que se había ejecutado, huyó de España, para eludir la acción de la justicia, llevándose al extranjero infinidad de joyas, oro y azafrán.

Dirigente de la F.A.I. era Ortiz, brazo armado de Ascaso en el «Consejo de Aragón» y más tarde jefe de la 26 división, que cubría una zona importante en las estribaciones de los Pirineos. Este individuo tenía organizado un harén donde pasaba el tiempo en unión de otros «faístas» en la más bochornosa depravación, y en los momentos más difíciles para la República, huyó con Ascaso al extranjero, llevando consigo igualmente numerosas maletas, en las que atesoraba el producto de su pillaje.

Dirigente de la F.A.I., era Melchor Rodríguez, director general de Prisiones, nombrado para este puesto por García Oliver y mantenido más tarde en él por el ministro católico vasco Irujo. Este individuo fue el que se apoderó del Ayuntamiento de Madrid cuando se consumó la traición abierta de la Junta, y lo conservó para hacer entrega de él a Franco. Suyas son estas cínicas palabras de su declaración a un periodista del diario fascista «Ya» de Madrid, el día 21 de abril de 1939:

«—¿Por qué, siendo usted anarquista, salvó durante la época roja a tantos nacionales?»

»—Mi deber era ése.»

Y más adelante, recordando los esfuerzos hechos para salvar a los fascistas, evoca su conversación con uno de los dirigentes máximos de Falange, y dice:

«—Entre los presos de la calle de Alcalá estaba don Raimundo Fernández Cuesta. Aquella noche, hablé con él; jamás olvidaré la emoción de nuestra entrevista...»

Y después, agregó:

«—Tuve algunas ocasiones de escapar, pero entonces ¿quién respondía de los doce mil presos de las cinco cárceles de Madrid, de los mil quinientos de Alcalá, de las veintiocho personas ocultas que tenía en mi casa y de tantas y tantas más?...»

Y como digno broche de tanta infamia, Melchor Rodríguez, el terrible «revolucionario» de la F.A.I., declara al periodista que le pregunta sobre los veintiséis puntos del programa de la Falange Española:

«—Cualquier persona honrada aceptará esos puntos.»

La F.A.I., con los trotskistas del P.O.U.M., organizó la sublevación de mayo de 1937 en Barcelona, de acuerdo con los agentes del fascismo italiano, para justificar la intervención abierta de éstos. Los pistoleros de los provocadores fascistas asesinaron al secretario de la U.G.T. de Cataluña, Antonio Sesé, como anteriormente habían asesinado a Trillas, dirigente del Sindicato del Puerto de Barcelona. La F.A.I., elementos anarco-fascistas, fueron los que, por seis veces consecutivas, organizaron tentativas de asesinato contra el secretario del Partido Socialista Unificado de Cataluña y consejero del Gobierno de la Generalidad, Juan Comorera.

La F.A.I. sirvió de refugio a los trotskistas del P.O.U.M. cuando esta organización fué disuelta por el gobierno, y trotskistas y F.A.I. fueron los enemigos más encarnizados de la unidad obrera, de la unidad sindical y del Frente popular. Sus campañas de provocación y de calumnias contra la Unión Soviética sobrepasaban a todas las infamias del fascismo. Su existencia y organización así como su «influencia» sobre la C.N.T., no pudieron ser más nefastas para la lucha del pueblo español, y por tanto, para toda la clase obrera internacional.

No en vano las masas, con su fina intuición e ironía, les llamaban, en el último período de guerra, no «faístas», sino «failangistas», significando así su ligazón con la Falange fascista.

Mariano R. Vázquez formaba parte de estos grupos de la F.A.I. De no ser así, no hubiera podido ocupar la Secretaría general de la organización confederal en Barcelona, pasando más tarde a la nacional. Pero Vázquez, en contacto con las masas, fué desechando las «teorías» de los «específicos» y evolucionando honradamente hacia una política más justa de dirección y actuación de la Confederación Nacional del Trabajo. Los «faístas» veían con gran disgusto la orientación de Váz-

quez, encaminada a emancipar de la tutela de los «específicos» a las masas confederales, tan sobradamente escarmentadas y hartas de estos piratas.

Los que han asesinado a Mariano R. Vázquez lo han hecho para liquidar a un amigo sincero de la unidad de la clase obrera, y del movimiento sindical. Vázquez, aparte de sus muchas declaraciones hechas en este sentido, era consecuente con esta línea. Bajo la dirección de Vázquez, se formó en Cataluña, en septiembre de 1936, a los tres meses de guerra, el primer Comité de enlace entre la C.N.T. y la U.G.T., el Partido Socialista Unificado de Cataluña y la F.A.I. Personalmente, tomó parte en actos grandiosos en pro de la unidad sindical y obrera. En lucha constante y abierta con sus antiguos amigos, laboró, aunque con debilidad y con dificultades, por elevar la unidad de acción entre ambas organizaciones sindicales a un plano nacional. Y hoy, después de las experiencias de la derrota, su línea de unidad se hubiera hecho, indudablemente, más firme.

Los que han asesinado a Mariano R. Vázquez, sabían que éste había comprendido, al ver el desastre, toda la indignidad de la infame traición de Casado y de los trotskistas y anarco-fascistas comprados por el enemigo, traición que llena de vergüenza a todas las personas honradas y responsables, militen donde militen y piensen como piensen. Vázquez comprendía bien que todos los malvados que apoyaban a la Junta de Casado, a fuerza de traicionar, habían traicionado y engañado a la misma masa de la Confederación, haciéndola aparecer hoy ante los ojos del pueblo manchada con el lodo sangriento de los que entregaron España a Franco.

Los que han asesinado a Mariano R. Vázquez, sabían que éste había mostrado, ya en España, y después en Francia, deseos de separar a la C.N.T. de esa ridícula y fantasmagórica Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.), verdadero antro de provocadores y aventureros internacionales.

Y, en fin, los que le han asesinado lo han hecho porque el fascismo español y los invasores alemanes e italianos sabían que Vázquez no consentiría la indignidad de obtener para ellos el apoyo de las masas de la C.N.T. Por eso les estorbaba Vázquez. Y sus asesinos han obrado de acuerdo con los fascistas españoles.

El aprecio en que los fascistas tienen a la F.A.I. no admite regateos.

El fascismo español, por boca de uno de sus «teorizantes» más destacados, Jiménez Caballero, en una serie de artículos publicados en «Unidad» de San Sebastián los días 22, 23 y 24 de junio pasado, hace un gran elogio de las virtudes de los aventureros anarquistas, afirmando que «nuestro corazón de celtíberos se puso a latir con las pistolas vindicativas e irredentas de los anarco-sindicalistas...» Y asegura, que era tal su admiración por éstos, que «en un momento de delirio por nacionalizar el sindicalismo, me fuí a inscribir, allá por 1931, en la C.N.T.». A continuación, habla de sus preocupaciones por encontrar la verdadera

doctrina sindical «ofensiva y combatiente para España» y afirma que «con enorme y jubiloso asombro, me enteré —en Italia— de que el estrato más radical del fascismo italiano era precisamente el anarco-sindicalismo».

De todo ello saca este «teorizante» la conclusión de que los «estratos, en España, deberán ser «aquellos sindicalistas que recogían en sus venas de pistoleros y combatientes callejeros, la herencia de los conquistadores de las Indias, de los aventureros de los Tercios, de los audaces bandidos generosos»; es decir, la F.A.I.

Y completando la idea, dice: «Por eso yo entonces (1931) pude ya vaticinar que habría de llegar un día en que, al «regenerarse» el sindicalismo..., surgirían de aquellas masas de chulos y pistoleros «los reconstructores sociales de España».

Y, como ilustración demostrativa, el autor de estos artículos añade: «Desde un principio, nosotros respetamos, entre otras cosas, tres muy importantes, habiendo sido la primera de ellas *el adoptar la bandera simbólica «roja y negra» de los anarco-sindicalistas.*»

Esto basta para que, a la luz de la experiencia de España, todo el mundo comprenda con claridad lo que significan los «anarquistas» «puros» e «impuros» dentro del movimiento obrero revolucionario, y las fundadas esperanzas que en todos ellos cifra el fascismo.

Y de esta experiencia, hay que sacar conclusiones terminantes:

Hay que barrer sin contemplaciones del seno y contacto de las organizaciones obreras, como basura apestosa, a los grupos «específicos» del anarquismo, denunciándolos como agentes del fascismo y de la reacción internacional.

Hay que lograr que la clase obrera tronche sin piedad las manos de todos los asesinos de Vázquez y de tantos otros, en España y fuera de España.

Hay, en fin, que mantener una intensa lucha ideológica contra el anarquismo como «teoría», demostrando su falsedad, su contenido teóricamente pequeñoburgués y prácticamente reaccionario, como una doctrina absolutamente extraña a la lucha de clases y a los intereses del movimiento revolucionario de todos los países.

En el País del Socialismo:

E. VARGA.

¡Alcanzar y sobrepasar!

(De una Conferencia pronunciada en la Academia de Ciencias de Moscú, en junio de 1939.)

La meta natural de la sociedad soviética es el comunismo; no aquel tipo de comunismo pobre, espartano, con el que hace unos cien años soñaban los socialistas utópicos, sino un comunismo rico, en el que cada cual pueda vivir con arreglo a sus necesidades y trabajar a medida de su capacidad.

Es evidente que la productividad del trabajo en la Unión Soviética no es todavía, hoy, ni con mucho, lo suficientemente grande para una sociedad comunista de este tipo y que aun se necesita una tensión muy grande de todas las fuerzas del Estado Soviético para conseguir el objetivo más próximo, el objetivo inmediato: alcanzar y sobrepasar en el terreno económico a los países capitalistas más adelantados. Alcanzar y sobrepasar a estos países, decimos, en el terreno económico; es decir, incrementar la producción de la Unión Soviética en tales proporciones, que cada habitante de nuestro país obtenga la misma cantidad de productos de idéntica calidad que en los países capitalistas más avanzados. Así fué cómo el camarada Stalin planteó el problema, en su informe histórico al XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S.

He aquí algunas cifras que indicarán el atraso de la Unión Soviética, en el terreno económico, respecto a los Estados Unidos, que son los que marchan a la cabeza de los países capitalistas:

*Cantidades que correspondieron a cada habitante en 1938
(en casos aislados, en 1937)*

	EE.UU.	U.R.S.S.
Carbón (en kgs.).....	2.700	781
Petróleo (en kgs.).....	1.277	180
Energía eléctrica (en kilovatios)....	1.120	233
Hierro (en kgs.).....	146	87
Acero (en kgs.).....	217	107
Tejidos de algodón (en metros).....	58	16
Tejidos de lana (en metros).....	28	0'6

Calzado de cuero (pares).....	26	1
Azúcar (en kgs.).....	12	14
Trigo y centeno (en kgs.).....—	205	361
Papel (en kgs.).....	48	12
Jabón (en kgs.).....	12	3

Estas cifras demuestran que en los Estados Unidos ha correspondido a cada habitante una cantidad considerablemente mayor de productos (debiendo tenerse en cuenta, sin embargo, que en las cifras de producción de los EE.UU. van incluídas también las *exportaciones*). La Unión Soviética sólo lleva ventaja a los EE.UU. en lo que se refiere a los productos agrícolas, a los víveres. La cantidad de trigo y centeno que corresponde a cada habitante en la Unión Soviética es mayor que en los EE.UU. También es mayor la cantidad de azúcar por cabeza de población. Hay que tener presente, sin embargo, que los EE.UU. producen, además de trigo y centeno, una cantidad enorme de maíz y disponen de bastantes más legumbres, frutos y productos lácteos que la Unión Soviética. De las cifras consignadas, resulta que, para alcanzar a los EE.UU. en el terreno económico, es necesario duplicar, triplicar, cuadruplicar, por término medio, la producción de la Unión Soviética, sobre todo en la industria.

Ahora bien; ¿en qué sentido han cambiado las proporciones entre los EE.UU. y la Unión Soviética, comparadas con las que existían entre los EE.UU. y la Rusia zarista? ¿El nivel de producción de la U.R.S.S. tiende a acercarse al de los EE.UU.?

Las siguientes cifras nos ayudarán a contestar a esta pregunta:

Producción por cabeza de población (en kgs.)

		1913	1928	1938
<i>Carbón</i>	EE. UU.....	5.358	4.360	2.700
	U.R.S.S.....	209	230	781
<i>Hierro</i>	EE. UU.....	326	328	146
	U.R.S.S.....	30	21	87
<i>Acero</i>	EE. UU.....	330	437	217
	U.R.S.S.....	30	28	107

Estas cifras indican que, hasta la guerra imperialista, el desnivel de producción entre la U.R.S.S. y la Rusia zarista era mucho más grande que en 1938. En los años de 1928 a 1938, la Unión Soviética se ha ido acercando con ritmo vertiginoso al nivel de producción de los EE.UU. No obstante, la Unión Soviética tendrá que hacer todavía grandes esfuerzos y necesitará aún tiempo para conseguir su objetivo inmediato: alcanzar y sobrepasar en el terreno económico a este país capitalista.

¿Por qué medios han conseguido algunos países capitalistas marchar temporalmente a la cabeza en el terreno económico? ¿Qué es lo que la Unión Soviética puede asimilarse y lo que no le sirve, de estas experiencias históricas?

Si examinamos el desarrollo histórico del capitalismo, vemos que sólo hay dos países que han mantenido, de hecho, un predominio sostenido y fuerte. Estos dos países son Inglaterra, en la primera mitad del siglo XIX, hasta la década del setenta, y los EE.UU. durante el siglo XX. En el período que media entre el año 1870 y la guerra mundial imperialista, les salió a ambos países un competidor en Alemania, la cual sobrepasó a Inglaterra, pero fué quedándose cada vez más rezagada respecto a los EE.UU. (que dejaron también atrás a Inglaterra).

¿Existen algunos factores de carácter general en el desarrollo de estos países? Yo entiendo que sí; son, a mi juicio, los siguientes:

Primero: ninguno de estos países se puso a la cabeza gracias a sus propios recursos; todos ellos explotaron de diversos modos los recursos económicos de otros países.

Segundo: poseían importantes riquezas naturales (teniendo en cuenta el nivel técnico de aquellos tiempos).

Tercero: aplicaron, en su tiempo, la técnica más avanzada de la producción que se había ido desarrollando en el transcurso de las décadas anteriores.

Cuarto: esto les permitió conseguir una productividad del trabajo considerablemente más elevada que sus competidores.

Finalmente, quinto: sobre esta base, disminuyó en fuertes proporciones el peso específico de la agricultura y aumentó el peso específico de la industria; además, se operó un fuerte proceso de diferenciación entre los campesinos: las pequeñas haciendas se arruinaron y el capitalismo irrumpió en la agricultura.

Tales son los factores generales que pueden señalarse respecto a estos países.

Examinemos un poco más en detalle estos diversos aspectos.

El desfalco de países extranjeros brindó a Inglaterra grandes recursos económicos. Marx escribe que los tesoros arrancados por el reparto de Europa mediante el robo directo, la esclavización de los indígenas y el asesinato, afluían a la metrópoli, para convertirse aquí en capital.

El Gobierno inglés arrancó a la población depauperada de la India (en los años de 1835 a 1861), en concepto de impuestos, la suma anual de 29 millones de libras esterlinas. De esta cantidad, sólo 66.000 libras esterlinas se quedaban en la India, para atenciones culturales.

Era ésta una de las grandes fuentes de ingresos de Inglaterra.

Marx nos informa de que en 1792 había, solamente en Liverpool, más de 132 barcos dedicados al comercio de esclavos.

Además, Inglaterra obtenía, no sin acudir a la violencia, grandes empréstitos extranjeros de Holanda, el Norte de Italia, etc. Como ve-

mos, el desarrollo de Inglaterra se debía en gran parte a los recursos extranjeros.

¿Qué ventajas naturales presentaba Inglaterra sobre otros países? Hasta la época de los ferrocarriles, contaba con la ventaja especial de tener ríos navegables durante todo el año y que atraviesan casi todo el país; además, sus costas marítimas otorgaban a Inglaterra una gran ventaja sobre los demás países.

La existencia de grandes yacimientos de carbón cerca del mar, de yacimientos de mineral de hierro, etc., etc., representa también una ventaja importante.

Inglaterra fué el primer país del mundo que aplicó a la industria textil y a otras industrias la técnica más progresiva, la máquina de vapor, la tracción de vapor en los barcos, etc. Esta evolución hizo de Inglaterra, como es sabido, el taller industrial del mundo, posición que ocupó, sobre poco más o menos, hasta la década del setenta del siglo pasado.

Estas ventajas permitieron a Inglaterra adoptar la posición del librecurso, ya que no tenía por qué temer a ningún competidor peligroso; además, su producción industrial para el mercado mundial se hallaba especializada. Es sabido que en Inglaterra había fábricas de chapa para techos que se dedicaban años y años a fabricar chapa de esta clase exactamente del mismo espesor; había fábricas textiles que, durante años y años, sólo fabricaban carretes de un determinado número, etc. Y estas eran, naturalmente, ventajas muy considerables. Pero el desarrollo de la industria fué reduciendo a la agricultura a un abandono casi completo. Además, hay que tener en cuenta el conocido conservadurismo de los industriales ingleses, que se hizo sentir muy especialmente cuando Alemania y los Estados Unidos aparecieron en la palestra mundial.

Como hemos dicho, en el período que siguió al año 1870, Alemania y los Estados Unidos empezaron a ponerse a la altura de Inglaterra, y acabaron dejándola atrás. Los Estados Unidos conquistaron el primer lugar del mundo, que siguen ocupando todavía hoy.

El desarrollo de los Estados Unidos se operó también de un modo muy peculiar. Norteamérica obtuvo grandes recursos del extranjero. Un gran torrente de capitales afluía de Europa a los Estados Unidos. Así, por ejemplo, todavía a fines del siglo XIX la mitad de las acciones de las compañías ferroviarias se hallaban en manos de los capitalistas ingleses y de otros capitalistas europeos. Además —cosa más importante aún—, los Estados Unidos obtuvieron una cantidad enorme de mano de obra, de la mejor mano de obra de Europa. En el transcurso del siglo XIX, la emigración pura ascendió a 40 millones de hombres. Y hay que tener en cuenta que se trataba de los hombres más enérgicos, de los que habían decidido abandonar los viejos puestos de trabajo, dar al traste con todo el pasado y cruzar el océano para empezar la vida de nuevo; era una selección de los hombres mejores y más enér-

gicos de todos los países de Europa. Los recursos naturales de Norteamérica son, como todo el mundo sabe, enormes. Un gran territorio, un clima excelente, ricos y provechosos tesoros naturales, etc.

Además, las condiciones sociales eran también favorables, ya que, fuera del Sur, no existían en parte alguna supervivencias feudales que entorpeciesen el desarrollo del capitalismo. Las ganancias iban a parar por entero a manos de los capitalistas, quienes no se veían obligados a repartirlas con los terratenientes y los agrarios, como ocurría, por ejemplo, en la Rusia zarista. Tales fueron las causas a que obedeció el desarrollo impetuoso de la economía norteamericana. Se produjo una escasez casi crónica de mano de obra. Los salarios y los sueldos manteníanse en un nivel relativamente alto. El historiador Shadwell consigna, refiriéndose al desarrollo de Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos en el siglo XIX, que, fijando en 100 el nivel de los salarios en Inglaterra, el de Alemania era, aproximadamente, del 70 al 80 y en los Estados Unidos del 150 al 180. La escasez de mano de obra y los salarios altos hicieron que en Norteamérica se desarrollase en grandes proporciones la producción mecanizada, la aplicación de máquinas y la elevadísima intensidad de trabajo. Sabido es que muchas de las máquinas que sirven directamente para disminuir el desgaste de trabajo humano, proceden de los Estados Unidos. Las máquinas agrícolas, las máquinas automáticas, las máquinas de calcular, las cajas registradoras, etc., todas ellas fueron inventadas en Norteamérica. Pero, al hablar del desarrollo de Norteamérica, no podemos omitir la codicia despiadada con que el capitalismo norteamericano se lanzó sobre las riquezas naturales, su derroche infructuoso de la riqueza nacional. Los bosques, por ejemplo, han sido talados casi en su totalidad. Esto ha dado lugar a un gran agotamiento de la tierra, a una erosión; grandes extensiones de tierra han quedado inutilizadas para la agricultura, por las gigantescas tempestades de arena frecuentes en ellas. Se ha dado el caso de que en una ciudad alumbrada por gas natural no se apagasen los faroles durante años y años porque resultaba ms caro pagar a un empleado que encendiese y apagase diariamente los faroles que el dejarlos arder día y noche durante largos años. La codicia de los capitalistas norteamericanos se ceba también en la más importante de las fuerzas productivas, en la clase obrera. En las fábricas de los Estados Unidos pueden leerse, por ejemplo, carteles con esta inscripción: «No se da trabajo a obreros de más de 40 años». Hoy, ya no encuentran trabajo, en los Estados Unidos, los obreros de más de 35 años, pues sólo los obreros jóvenes, en la plenitud de su fuerza, pueden resistir el inhumano ritmo de trabajo de aquella industria. Pasemos ahora a Alemania.

El desarrollo de Alemania se distingue del de Inglaterra y del de los Estados Unidos. Alemania obtuvo también grandes recursos del extranjero, en forma de empréstitos y de las grandes contribuciones de guerra arrancadas a Francia (1871). Los recursos naturales de Alemania

son, evidentemente, mucho más reducidos que los de Norteamérica. Alemania cuenta con un territorio más pequeño, aunque tiene muchas y provechosas riquezas naturales —carbón, lignito, grandes yacimientos de sal—, que constituyen la base de la formidable industria química de Alemania. Además, en los territorios fronterizos de Alemania, en Lorena, existen también yacimientos de mineral de hierro, etc.

El factor fundamental del desarrollo de Alemania fué que, al convertirse el ferrocarril en el medio más importante de transporte, el lugar central de Alemania en Europa empezó a representar una ventaja considerable, ya que todas las líneas europeas, tanto las del sur hacia el norte como las del este hacia el oeste, pasan por Alemania.

El régimen social imperante en Alemania entorpecía el desarrollo del capitalismo, pues en este país se mantuvieron en pie durante largo tiempo grandes vestigios del feudalismo. Otro factor peculiar hay que destacar en Alemania, y es la gran disciplina de trabajo, característica del obrero alemán y del pueblo alemán en conjunto. La tradición del militarismo prusiano, que obligaba a los hombres a trabajar bajo severas sanciones, ha contribuido no poco a este resultado. También la escuela primaria y los demás establecimientos de enseñanza, al igual que los sindicatos, han ayudado a fomentar la disciplina de trabajo del pueblo alemán, creando ese tipo peculiar de obrero de gran productividad, característico de Alemania. Otro factor que caracteriza al capitalismo alemán es el estrecho enlace entre la ciencia y la industria. Puede afirmarse que en ningún país del mundo la ciencia y la industria trabajan tan estrechamente unidas como en Alemania.

Todas estas causas hicieron que Alemania, a fines del siglo XIX, empezase a aplicar la técnica mejor y más moderna, poniéndose a la cabeza en algunas ramas industriales, sobre todo en la industria química y en la industria eléctrica.



Hemos expuesto a grandes rasgos cómo los mencionados países han conquistado su predominio.

¿Puede la Unión Soviética aprender y asimilarse algo de estas experiencias?

Yo entiendo que, a pesar de la diferencia fundamental de su sistema social, la Unión Soviética puede aún aprender algo, asimilarse algo del capitalismo. Es evidente que en la Unión Soviética los procesos técnicos son los mismos que los de los demás países, que los aplicados en Alemania y en los Estados Unidos no se diferencian en nada de ellos. Las leyes naturales son también las mismas en la Unión Soviética y en los otros países. Pero el sistema de la sociedad socialista excluye, naturalmente, la aplicación de métodos que desempeñan un papel importante en los países capitalistas. La Unión Soviética no desfalta a naciones extranjeras, ni acepta empréstitos extranjeros que la mediaten económica o políticamente. En la Unión Soviética no se mantiene

tampoco una actitud codiciosa con respecto a los recursos naturales del país, a pesar de ser éstos muy grandes. La Unión Soviética ha puesto fin para siempre a la explotación de la clase obrera, que representa la base del capitalismo, y no abraza tampoco el camino de acabar con los campesinos.

Todos estos caminos son incompatibles con el orden social socialista existente en la Unión Soviética. El camino de la Unión Soviética es otro. Este camino consiste en *eleva la eficacia de trabajo de todo el pueblo, en colocarle a un nivel más alto que en los países capitalistas*. Alcanzado el mismo nivel, desde el punto de vista de la producción, podemos decir que la Unión Soviética *reducirá a un minimum el tiempo de trabajo que representa cada mercancía*.

Debo explicar por qué separo aquí la eficacia de trabajo del pueblo en conjunto de la productividad del trabajo. Son dos cosas que no coinciden en absoluto. Veamos por qué.

¿De qué depende el rendimiento de un obrero? Depende de diversos factores naturales, de los medios de producción, de la intensidad del trabajo, etc.

La eficacia del trabajo del pueblo en su conjunto depende, además, de otros factores. Depende, por ejemplo, de la proporción acertada entre las diversas ramas industriales, del buen emplazamiento elegido para la instalación de las diversas ramas y empresas, etc. Por tanto, cuando afirmamos que en distintas empresas de la Unión Soviética el rendimiento del trabajo de un obrero es el mismo que en los EE.UU., esto no significa que la eficacia de todo el trabajo social sea también la misma. ¿Por qué? Porque, a igualdad de rendimiento, cabe perfectamente que en un país las máquinas se desgasten más rápidamente, por ejemplo, que en el otro; cabe que en un país se gasten más materias primas o más combustible que en el otro para producir el mismo resultado; cabe que en un país haya más piezas de deshecho que en el otro, etc.

Fijémonos, por ejemplo, en el transporte ferroviario. Puede ocurrir que en un país el rendimiento de un obrero ferroviario no sea inferior al del trabajo del ferroviario de otro país, sin que de aquí se deduzca que el rendimiento del transporte en conjunto sea el mismo en ambos países.

Así, por ejemplo, si se transporta cemento a 10.000 kilómetros o si en la región de Kusnietz se fabrican raíles pesados que se transportan de allí a Ucrania o en Ucrania se producen raíles ligeros que se necesitan en Siberia y se transportan a esta región, la eficacia del transporte en la economía nacional de la Unión Soviética no responde, naturalmente, al rendimiento de un ferroviario aislado.

En los países capitalistas, la diferencia entre el rendimiento de un solo obrero y la eficacia del trabajo en conjunto para la economía nacional es, naturalmente, mucho más grande. En estos países, el rendimiento individual de cada obrero es muy elevado, ya que se ve azuzado fuertemente por toda una serie de motivos, pero aquí las condiciones

sociales no permiten que el rendimiento de trabajo en conjunto se desarrolle en proporciones análogas. Como es sabido, en los países capitalistas se produce cada ocho o diez años una crisis industrial, que hace retroceder el desarrollo de la producción, y, asimismo, es sabido que el capitalismo monopolista entorpece el desarrollo de la técnica, que hay una parte considerable del aparato de producción que no se pone jamás a pleno rendimiento, que existe un paro forzoso en masa y constante, etc.

Hoy, la situación existente en los países capitalistas hace que los progresos técnicos se desarrollen sobre todo en el terreno de la técnica de la guerra. La técnica guerrera se desarrolla rápidamente, por cuya razón las demás ramas tienen que adaptarse también a ella en una medida u otra. Los monopolios son tan poderosos, que no consienten que la técnica se desarrolle al mismo nivel.

Indicaré una cifra que ilustra la divergencia existente en los Estados Unidos entre el rendimiento individual del obrero aislado y el rendimiento de conjunto. De 1920 a 1936, el rendimiento individual del obrero en activo aumentó, por término medio, en un 4'4 por 100 al año, mientras que la producción industrial sólo aumentó en un 1'3 por 100; es decir, que el aumento experimentado por el rendimiento de un obrero fué tres veces mayor que el de la producción global de todo el capitalismo norteamericano. ¿Qué indica esto? Que, a pesar de aumentar el rendimiento individual del obrero, en Norteamérica, en el mundo capitalista, el ritmo de desarrollo de la producción industrial es cada vez menor.

Daré algunas cifras demostrativas de cómo se desarrolla la curva de la producción capitalista. Entre 1870 y 1890, el incremento anual de la producción industrial fué del 6'3 por 100; entre 1890 y 1913, del 5'8 por 100, y entre 1913 y 1929, del 3 por 100 solamente; en el último ciclo, el de 1929 a 1937, ha quedado reducido al 0'4 por 100. *

* La curva se desarrolla, pues, inequívocamente, hacia abajo.

Y esto no tiene nada de extraño, sino que es el resultado del capitalismo monopolista, de las crisis del capitalismo, del carácter de la sociedad capitalista. La diferencia entre el orden social capitalista y el socialismo nos garantiza, en un sentido histórico, que el socialismo sobrepasará al capitalismo. La misión de la Unión Soviética consiste en conseguir que esto sea una realidad lo antes posible.

Si examinamos el ritmo de desarrollo de la producción industrial en la Unión Soviética, los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia entre 1929 y 1937-38, vemos claramente que, mientras en la Unión Soviética la producción industrial ha experimentado un aumento enorme, de nueve veces, con respecto a la producción de 1913, los países capitalistas apenas han rebasado el nivel de antes de la guerra.

* Estos porcentajes se han calculado a base de las fuentes indicadas por el Instituto alemán de coyuntura y por la Sociedad de Naciones.

Cabe preguntarse si la Unión Soviética dispone de recursos naturales suficientes para sobrepasar a los Estados Unidos.

He aquí algunas cifras demostrativas de los recursos naturales más importantes, por cabeza de población:

	U.R.S.S.	EE. UU.
Suelo (superficie útil).....	1'2	1'3
Bosques	3'7	1'5
Carbón (miles de toneladas).....	10	22
Petróleo (toneladas).....	51	17
Energía hidráulica (kilovatios).....	1'6	0'6
Mineral de hierro (toneladas).....	1.572	724

¿En qué situación se halla la Unión Soviética respecto a los medios de producción?

En los informes del camarada Stalin y el camarada Molotov en el XVIII Congreso del P.C. (b.) de la U.R.S.S. se ha indicado que la instalación de la industria y de la agricultura de la Unión Soviética es bastante más moderna y, por tanto, mucho mejor también en cuanto a calidad que la de los países capitalistas. En estos, la introducción de nuevas máquinas y de una nueva técnica choca siempre con los intereses de los capitalistas poseedores de grandes fábricas viejas, basadas en una técnica antigua; los capitalistas no quieren que sus empresas pierdan valor mediante la introducción de la nueva técnica.

En la Unión Soviética, no existen estas consideraciones; por eso, aquí la técnica se desarrolla con un ritmo mucho más rápido y sin los obstáculos internos que caracterizan al capitalismo. Además, la Unión Soviética puede seleccionar sus cuadros sobre un campo mucho más extenso de hombres que el régimen capitalista.

La matrícula de alumnos que estudian en las Universidades en los países capitalistas se recluta entre los jóvenes cuyos padres disponen de medios materiales para dar carrera a sus hijos. Es muy raro, una excepción, encontrarse en estas Universidades con hijos de familias pobres.

En la Unión Soviética no puede existir una situación semejante. Y esto representa, también, una gran ventaja.

No obstante, a pesar de que los recursos naturales de la Unión Soviética no son menores de los de los Estados Unidos, a pesar de que la Unión Soviética aplica una técnica más moderna, a pesar de que el ritmo de desarrollo de la Unión Soviética es más rápido y su sistema de selección de hombres mejor, la U.R.S.S. marcha, en el terreno económico, a la zaga de los Estados Unidos. ¿Por qué?

En primer lugar, porque, a pesar de que la Unión Soviética dispone de una buena técnica, el volumen de su utillaje sigue siendo, hasta hoy, menor que el de los Estados Unidos. No daré cifras; me limitaré a consignar que la industria norteamericana trabaja, aproximada-

mente, con 50 millones de caballos de fuerza y que la Unión Soviética emplea unos 15 millones de caballos; la industria algodonera norteamericana emplea unos 30 millones de husos, mientras que la Unión Soviética trabaja con 10 millones; en los Estados Unidos hay 1'7 millones de tractores, mientras que la U.R.S.S. sólo cuenta con 500.000; etcétera. Por eso, la Unión Soviética, como dijo en su informe al XVIII Congreso del P.C. (b.) de la U.R.S.S. el camarada Stalin, tiene que hacer todavía grandes esfuerzos para alcanzar a los Estados Unidos, «invertir grandes capitales para desarrollar por todos los medios nuestra industria socialista...», «construir nuevas fábricas». («La Internacional Comunista», número extraordinario dedicado al XVIII Congreso del P.C. (b.) de la U.R.S.S., pág. 21.)

Un segundo factor, muy importante, en el que se piensa muy pocas veces, es la proporción de personas menores de edad en el censo de población. Esta proporción es, en la Unión Soviética, muy diferente de la de los países capitalistas. El porcentaje de hombres aptos para el trabajo entre los 15 y los 65 años es en los Estados Unidos del 65 por 100, en Inglaterra del 68 por 100, en Alemania del 69 por 100 y en la Unión Soviética del 57 al 58 por 100, aproximadamente. En la Unión Soviética hay un número grande de personas jóvenes que, naturalmente, consumen, pero sin aportar todavía nada a la producción; esto hace disminuir, naturalmente, la cantidad de productos por habitante. Pero esta circunstancia tiene, por otra parte, su lado positivo, pues quiere decir que en la U.R.S.S. se está preparando para entrar en acción una generación joven y fuerte, mientras que en los países capitalistas los hombres de ciencia han calculado ya con toda precisión cuándo se producirá el viraje y la población comenzará a disminuir.

El tercer factor es que en la Unión Soviética existen dificultades para dacer pasar a la técnica industrial moderna la mano de obra acostumbrada a trabajar en la agricultura. No se debe olvidar que hace 22 años la mitad de la población de la Rusia zarista no sabía leer ni escribir y que con semejante material humano no resulta fácil el formar obreros industriales modernos. Las dificultades que se oponen al paso de la agricultura a la industria son conocidas de todo el país.

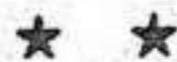
Otro factor es la disciplina de trabajo. Bajo el capitalismo, la disciplina de trabajo es *una disciplina basada en la dominación de clase*. La clase capitalista obliga a los obreros a trabajar. La bancarrota del poder de la burguesía ha acabado en la Unión Soviética con la disciplina de la producción basada en la dominación de clase; ha sido necesario crear una nueva disciplina, y esto supone un proceso bastante largo. Por eso, hay que seguir laborando por crear la mejor organización para el control del trabajo, para el control de la disciplina en la producción. Al mismo tiempo, hay que seguir trabajando por ahondar la conciencia comunista de todos los obreros, por explicar la importancia del paso de la vieja disciplina del trabajo a una disciplina nueva, comunista, absolutamente consciente.

Tales son los factores más importantes que explican por qué el desarrollo de la Unión Soviética no ha seguido un ritmo tan rápido como hubiera podido seguir.

Otro factor muy importante es el siguiente: en la Unión Soviética el porcentaje de los obreros que trabajan en la agricultura es mucho más alto que en los países capitalistas más adelantados. En los Estados Unidos trabajan en la agricultura el 22 por 100; en Alemania, el 29 por 100; en la Unión Soviética, el 58 por 100, aproximadamente. Lo más probable es que la Unión Soviética no podrá ponerse al nivel de los Estados Unidos mientras la mayoría de su población trabaje en la agricultura, se dedique a producir víveres y primeras materias para la industria del vestido. Por eso es necesario no perder de vista el problema cuya importancia ha subrayado el camarada Stalin: la necesidad de que todos los años pasen de la agricultura a la industria millón y medio de jóvenes koljosianos. Sin un desplazamiento considerable de recursos humanos de la agricultura a la industria, la Unión Soviética no podrá alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas.

Existe la posibilidad de proceder a esta reagrupación de los hombres. Es evidente que, como indica en su informe el camarada Molotov, una parte de los koljosianos trabaja poco y registra pocas jornadas de trabajo al cabo del año. Los koljosianos pueden vivir perfectamente sin esta mano de obra, pues la situación de los campesinos en la Unión Soviética difiere radicalmente de su situación bajo el capitalismo: la tierra les pertenece en disfrute perpetuo, sin que sobre ella pese ningún impuesto ni haya ninguna desgracia repentina que pueda privarles de su base de vida. Además, los koljosianos disponen de su economía propia, razón por la cual pueden vivir sin gran esfuerzo a base de sus actuales exigencias, que, aunque aumentan rápidamente, no son todavía muy elevadas. De lo que se trata es de elevar el nivel cultural de los campesinos, de conseguir que aspiren a vivir todavía mejor. Para ello, es necesario hacerles saber que vivirán mejor cuando aumente el número de obreros industriales y disminuya el número de personas que trabajan en la agricultura.

Otra causa que ha contribuido a entorpecer el desarrollo de la Unión Soviética ha sido el trabajo de sabotaje de los enemigos. La existencia de un mundo capitalista circundante es también, indudablemente, una causa importante. Es indudable que podrían dedicarse recursos mucho mayores a las inversiones de capital si la defensa del país no exigiera sacrificios tan grandes.



El alcanzar en el terreno económico a los países capitalistas más adelantados no es, ni mucho menos, un problema puramente económico, un problema que puedan resolver por sí solos los economistas. La parte fundamental de este problema tienen que resolverla las ciencias naturales y la técnica. ¿Por qué? Porque los economistas no pueden

descubrir los recursos naturales. Ni pueden tampoco inventar medios de producción más perfeccionados. Esto es misión de quienes se hallan al frente de las ciencias naturales y de los técnicos. Los economistas pueden y deben también, naturalmente, hacer algo. Deben intervenir en el estudio y la solución de problemas como el de la división del territorio, el de la selección de la mejor industria «standard», el de la investigación de los resultados obtenidos por las diversas empresas desde el punto de vista de sus proporciones, el del empleo más eficaz de la mano de obra, de la aplicación más conveniente de las materias primas y del aparato de producción.

Yo no me considero competente para decir qué problemas son los que deben resolver estos o los otros hombres de ciencia. No hay en el mundo nadie que sea competente en todas las ramas de la ciencia. Me limitaré a apuntar algunas observaciones como mero observador.

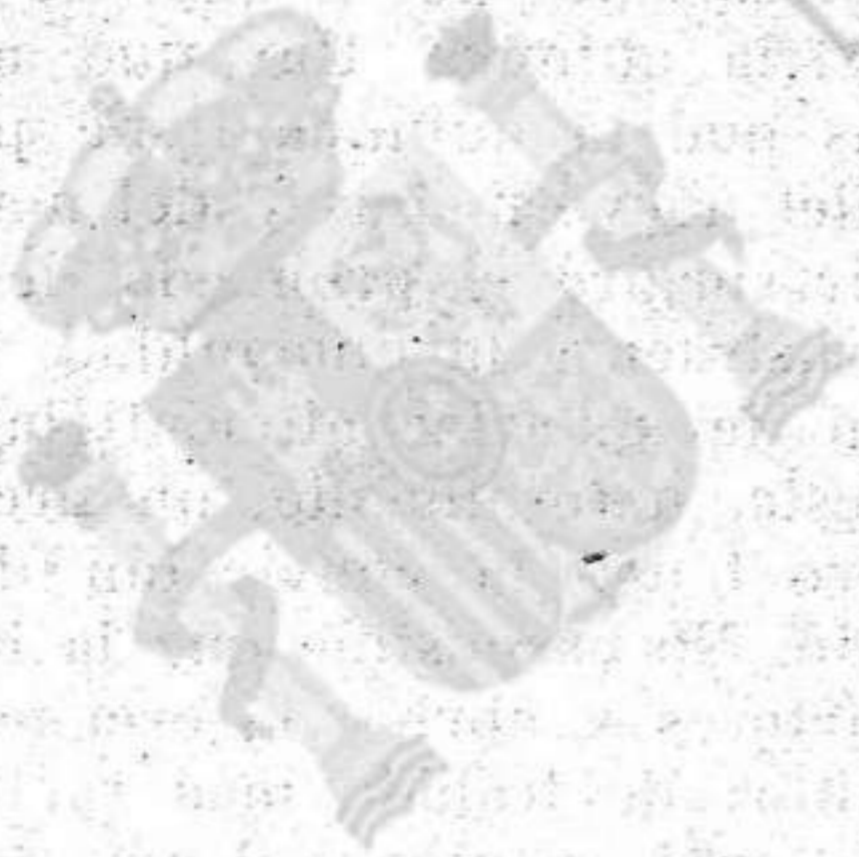
A la geología soviética se le plantea, manifiestamente, el problema de seguir estudiando las riquezas del país. Aún no sabemos exactamente qué tesoros encierra en su entraña la tierra soviética. Y este problema está relacionado con el del transporte, pues el sitio en que se hallan emplazados los yacimientos de carbón o de mineral de hierro no es indiferente, ni mucho menos.

El tercer Plan quinquenal, que el camarada Molotov ha llamado el Plan quinquenal de la Química, plantea a esta ciencia una serie de problemas muy importantes. En la Unión Soviética existen todavía grandes contradicciones entre el gran desarrollo de la química teórica y el defectuoso desarrollo de la industria química. Hay que acabar con esto. Son muchísimos los problemas que la química tiene planteados. Entre estos, se cuenta el problema del nuevo material, del material sintético, etc., y en un lejano porvenir surgirá el problema de librarnos de la agricultura de viejo tipo, de sustraer a la humanidad de este estado de cosas en que la producción de materias alimenticias depende del sol, del clima y del calor. Es este, naturalmente, un problema reservado a un remoto porvenir. Pero tengo la convicción de que las cosas se desarrollarán en este sentido. No es posible que la humanidad se halle supeditada a todos estos factores y abrigo la creencia de que en el porvenir se descubrirán métodos de trabajo más racionales, en lo que se refiere a la agricultura. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que hayan de resultar menoscabados ni en lo más mínimo los problemas prácticos que la agricultura plantea a los biólogos y a los agrónomos.

La técnica tendrá, naturalmente, una importancia decisiva. En este terreno, la Unión Soviética abraza el mismo camino por el que han marchado los países capitalistas, que se han puesto a la cabeza precisamente por haber aplicado la técnica más moderna, la técnica mejor. En la Unión Soviética, este camino es más fácil de seguir que en los países capitalistas. En la Unión Soviética es este un camino sin obstáculos. Ante ella, se plantean cientos y miles de problemas de los más

diversos. Desde el punto de vista de los economistas, ¿qué aspecto presenta y adónde conduce el desarrollo de la técnica?

En sus comienzos, el hombre se servía de instrumentos que podía manejar con sus propias fuerzas, trabajaba a base de sus propias fuerzas, con ayuda de herramientas. En la etapa siguiente, las que trabajaban eran ya las máquinas; el hombre las servía, se convertía en un apéndice de la máquina. En la tercera etapa, las máquinas trabajan ya automáticamente; son las máquinas y los aparatos los que trabajan, el hombre se limita a observarlos, a vigilarlos. Tal es la trayectoria seguida por el desarrollo. Bajo el capitalismo, esto significa dejar parados a millones de obreros, condenar a la miseria y al hambre a millones de hombres. Bajo el socialismo, esto significa conseguir la plétora de productos necesaria para poder pasar a la segunda fase del socialismo, al comunismo. Estoy seguro de que los investigadores soviéticos del campo de las ciencias naturales y los técnicos contribuirán a que esta gran transformación de la técnica que permita al hombre limitarse a vigilar el funcionamiento de las máquinas y de los aparatos se lleve a cabo en la Unión Soviética, en el País del Socialismo, más rápidamente que en ningún otro país del mundo.



Materiales y documentos

En el tercer aniversario de la rebelión militar-fascista en España

Manifiesto del Partido Comunista español

A los obreros y campesinos. A los combatientes refugiados en el extranjero. A todo el pueblo.

Camaradas, antifascistas, españoles:

En este tercer aniversario del 18 de Julio, fecha de la rebelión militar-fascista, el Partido Comunista de España saluda fervorosamente la memoria de los héroes populares caídos en la contienda, a los que lucharon por la independencia de la Patria, a las víctimas de la barbarie invasora, a los presos, a los luchadores reugiados en el extranjero y, con emocionado orgullo, a los que, dentro de España, bajo el terror fascista, continúan, firmes y sin desmayo, la lucha contra los opresores.

Hoy hace tres años que los generales traidores al servicio de las fuerzas de la reacción y del fascismo, se levantaron en armas contra el Gobierno legítimo de la República para defender los intereses de los grandes terratenientes, del gran capital y del alto clero. Estaban de acuerdo con los gobiernos fascistas de Italia y Alemania. La reacción y el fascismo, que habían sido vencidos democráticamente en la contienda electoral del 16 de Febrero, les lanzaron al asalto del Poder para esclavizar de nuevo al pueblo, para destruir la República, que abría a las masas populares amplias perspectivas de trabajo, de pan y libertad. Los grandes terratenientes, el gran capital y el alto clero no se resignaban a perder sus privilegios seculares, amasados con la sangre y la vida de numerosas generaciones de trabajadores. Derrotados por las masas populares en las elecciones de Febrero, buscaron el apoyo de los gobiernos fascistas para destruir las conquistas democráticas. Los gobiernos fascistas de Italia y Alemania les ayudaron en esta empresa criminal de traición a la patria, porque ellos también querían conquistar a España para reforzar el frente de guerra de los países agresores. Querían apoderarse de nuestros puntos estratégicos, de nuestras riquezas minerales, de nuestros productos agrícolas y de la vida de nuestras juventudes. Por eso han ayudado a los traidores, han invadido nuestro suelo y han destrozado España y asesinado a millares y millares de españoles.

Pero el pueblo español, con un heroísmo inverosímil, ha sabido defenderse del doble ataque de los traidores internos y de los invasores extranjeros. Durante treinta y dos meses, en una lucha de epopeya, nuestros soldados han asombrado al mundo por su bravura. Nuestro pueblo ha dado, asimismo, las más altas pruebas de abnegación y de firmeza. El fascismo invasor no ha pasado fácilmente por nuestras tierras. En toda España ha encontrado la resistencia armada del pueblo, el heroísmo de las masas. Un heroísmo y una resistencia que no han terminado, que continúan, que continuarán hasta la victoria.

Los invasores no podrán consolidar jamás su dominación en España. No es la primera vez que nuestra Patria ha sido invadida por el extranjero y tampoco será ésta la primera vez que, al cabo de una lucha tenaz e implacable, el pueblo español arroje de su suelo a los invasores.

No; los opresores de hoy no podrán cantar victoria mucho tiempo. Siempre que la reacción ha logrado un triunfo momentáneo, bajo ella ha comenzado inmediatamente a formarse y crecer el poderoso oleaje de la fuerza popular, que la ha derrotado al fin. ¿Qué ocurrió después de la brutal y sangrienta represión del movimiento de Jaca? Los cuervos siniestros de la reacción creían que este crimen había aplastado definitivamente el movimiento revolucionario de las masas. Pero la victoria del 14 de Abril demostró que las masas populares no estaban vencidas. Lo mismo ocurrió el 34. La reacción, que había ganado las elecciones del 33, quiso adueñarse del Poder; pero las acciones de las masas trabajadoras, la huelga general en casi toda España y, sobre todo, el glorioso levantamiento de Asturias, demostró que el pueblo estaba en pie, resuelto a defenderse, decidido a no dejarse esclavizar. Ni el terror salvaje del bienio negro ni las matanzas ni los despojos, consiguieron someter a las masas obreras y campesinas. El 16 de Febrero quedó otra vez demostrado que los triunfos de la reacción tienen muy corto plazo.

Esta experiencia, tantas veces repetida, nos permite afirmar que tampoco el triunfo de Franco será largo. Nuestro pueblo sigue luchando, sigue resistiendo. ¿Cómo podría jamás deponer las armas, si es un pueblo que nunca se ha rendido a la esclavitud, si sus actuales condiciones de vida son verdaderamente espantosas? Sí; la lucha continúa. El triunfo de Franco es un triunfo momentáneo. Ninguno de los grandes problemas planteados en España ha sido resuelto, ni puede ser resuelto por las fuerzas retrógadas de la reacción. El fascismo no puede satisfacer las más elementales necesidades del pueblo; no puede darle pan ni trabajo, no puede asegurarle la paz, no puede concederle libertad. ¿Cómo es posible, en estas condiciones, que el pueblo lo soporte? No; el pueblo no lo soporta, lucha contra él y luchará hasta vencerle.

Cerca de tres años de lucha armada nos han enseñado cuál es la inmensa fuerza combativa de nuestro pueblo. Hemos perdido la guerra,

es cierto. Pero la lucha no ha terminado; no estamos vencidos. Franco se ha apoderado transitoriamente de España gracias a la ayuda abierta de las tropas alemanas e italianas y a la nefasta política de «No Intervención» practicada por los gobiernos de Francia e Inglaterra, y gracias, también, a la negativa constante de los jefes de la Segunda Internacional a organizar la unidad de acción de las masas obreras y democráticas en favor de la República española. Al amparo de estas circunstancias, que estrangulaban el heroico esfuerzo del pueblo español, los agentes del fascismo, los criminales trotskistas, los caballeristas-trotskistas, los capituladores, los resentidos e ineptos, pudieron trabajar solapadamente en el interior de nuestras filas para romper nuestra unidad interna y darle el golpe traidor.

El pueblo sigue su heroica lucha.

¡Infame conjunto de crímenes y traiciones! Pero hoy, a pesar de ellos, la lucha continúa. El pueblo español odia al fascismo con un odio que el terror, las matanzas y el saqueo de los invasores hace aún más ardoroso, más implacable. Los heroicos mineros de Asturias, agotados por un trabajo de forzados, pero llenos de espíritu de libertad, se levantan en protestas airadas contra sus verdugos; en las montañas asturianas continúa la lucha; los campesinos de Andalucía, Castilla y Extremadura, a quienes se les ha quitado la tierra y se les quiere imponer condiciones de vida y de trabajo de siervos, resisten al nuevo régimen, no siembran, abandonan el campo; los obreros del Norte, de Cataluña y de Madrid, en respuesta a los salarios de hambre y a los vejámenes que les infligen los fascistas, merman la producción; la resistencia silenciosa, tenaz de todo el pueblo a un régimen de esclavitud terminará por ahogar a los opresores: tal es el estado de ánimo de nuestro pueblo. Estos hechos son episodios de la lucha que prosigue, que no terminará nunca, jamás, hasta la victoria.

Los propios fascistas sienten que la resistencia y la lucha del pueblo mina las bases de su predominio. Entre ellos mismos se acentúan más y más cada día las contradicciones, las rencillas, la riña abierta. Los últimos hechos sangrientos entre falangistas y requetés, el antagonismo entre monárquicos y falangistas, indican que la descomposición de las fuerzas que rodean a Franco ha bajado ya hasta la base de las organizaciones fascistas, que la pugna por sostenerse en un poder amenazado está convirtiéndose en una desesperada guerra de facciones.

Una ola de terror asola todo el país.

Franco intenta detener este proceso de descomposición de sus fuerzas y aplastar la resistencia popular por medio de un terror implacable. España es ahora un inmenso campo de crímenes, siniestramente admi-

nistrado por la Gestapo y la Ovrá. Las familias obreras y campesinas, destrozadas durante la guerra por la aviación extranjera, sufren ahora, día y noche, nuevas matanzas. Hombres y mujeres son asesinados por millares, sin proceso, clandestinamente. Un millón doscientas mil personas están en las cárceles y campos de concentración. La policía alemana e italiana inventa procesos monstruosos para descargar sobre los patriotas condenas de muerte, de trabajos forzados, de años de presidio.

El fascismo quiere ahogar en sangre todo lo que es patriotismo, libertad, anhelo de libertad e independencia. El noble sentimiento nacional de los vascos y catalanes es perseguido a muerte. Se aplastan sus instituciones tradicionales, se prohíbe el uso de sus idiomas propios. Cataluña y Euzkadi sufren hoy una esclavitud como jamás la han sufrido.

Pretenden convertir a España en una colonia del imperialismo fascista.

¿Y qué persigue Franco, qué persiguen los invasores con este ejercicio desenfrenado de la barbarie? Pretenden convertir a España en una colonia del imperialismo fascista. Las tropas invasoras continúan en nuestro suelo; alemanes e italianos controlan los puestos de mando del ejército, de la policía y de la administración general del Estado y los centros nerviosos de la industria y de las finanzas. El plan de los gobiernos fascistas para la explotación colonial de España está trazado. La misión Wohltat acaba de negociar un tratado comercial que entrega a Hitler todas nuestras riquezas minerales; Ciano viene hoy a España para establecer la participación activa de Franco en los planes agresores del fascismo.

¡Franco quiere entregar a nuestra España, hambrienta, en ruinas, destrozada por la invasión y la barbarie, a los dictadores totalitarios! ¡Quiere utilizarla como carne de cañón en la guerra contra las democracias que preparan Hitler y Mussolini!

¡Esta es la suerte que el fascismo ha impuesto a nuestra patria! ¡A millones de españoles esclavizados, sin pan ni hogar, el fascismo les ofrece la perspectiva de morir en una hecatombe espantosa al servicio de las ambiciones dominadoras de Hitler y Mussolini!

Contra tal perspectiva se levanta el espíritu indómito de España, el valor heroico de todos sus hijos, obreros y campesinos, intelectuales, de todos los patriotas, en suma, que sienten a España en la sangre, que aman su independencia y saben que siempre, siempre, cuando el extranjero, con la complicidad de unos cuantos traidores, ha querido esclavizarla, se ha levantado contra los invasores y ha vencido. Nosotros, los comunistas, estamos hoy, como siempre, en el primer puesto de la lucha. Nosotros, comunistas, unidos fraternalmente a todos los verdaderos antifascistas, a todos los patriotas, sentimos la angustia de la patria opri-

mida y luchamos con todas nuestras fuerzas y todos nuestros medios por redimirla.

El régimen de Franco, impuesto a España por los invasores, se asienta sobre un volcán. Desde lo más profundo del país, desde las entrañas mismas del pueblo, surge y crece un poderoso movimiento de rebeldía que cada vez se hace más denso, adquiere mayor potencia y no tardará en estallar.

Derecho de asilo para los refugiados españoles.

Pero mientras en España se desarrolla este gran movimiento contra los opresores y la resistencia heroica de las masas populares impide la consolidación del fascismo, fuera de nuestras fronteras, tenemos planteado un problema doloroso. Los hombres que durante treinta y dos meses combatieron en nuestras filas y llenaron de gloria la gesta de nuestra guerra, que defendieron la causa de la libertad y de la democracia, patrimonio común de nuestro pueblo y del pueblo francés, están hoy en los campos de concentración de Francia, confinados allí, como enemigos, por los mismos responsables de la política de «No Intervención». Nosotros, mano a mano con la democracia francesa, pedimos para ellos el pleno derecho de asilo. El pueblo francés grita incesantemente: «¡Abajo los campos de concentración!». Nosotros repetimos este grito de solidaridad y de justicia. Esos millares de combatientes abnegados, que han servido también a la democracia francesa, deben incorporarse a la vida social de Francia, con la plenitud de derechos sindicales y con amplia libertad de trabajo. Lo pedimos en nombre de los principios que ellos han defendido y que están resueltos a defender de nuevo cuando sea necesario. Si la democracia francesa estuviese en peligro, volverían a luchar por ella. Esos millares de españoles son amigos y defensores de Francia y quieren contribuir a su prosperidad. Francia debe, pues, acogerlos como amigos, como aliados.

Esto lo pedimos también a todos los pueblos libres, y, en particular, a nuestros hermanos de América. Les pedimos que luchen por que se conceda el derecho de asilo a los refugiados españoles, por una mayor asistencia de la solidaridad.

***Unidos, férreamente unidos,
venceremos más pronto.***

Las horas actuales son decisivas. El Partido Comunista de España se dirige a los que dentro de España se enfrentan con los invasores, a todos los españoles patriotas del extranjero, a todos los que sienten el dolor de la patria oprimida, y les alienta con su grito de fe.

¡No, españoles; la lucha no ha terminado! ¡Sostened, firmes y unidos, la bandera de la independencia española!

La lucha es y será dura. Pero venceremos. Venceremos más pronto si todos unidos, todos, los antifascistas, los patriotas, más unidos aún que durante la guerra, sabemos resistir y luchar. La unidad firme, estrecha y cordial, sin capituladores ni traidores, es la condición precisa de la victoria.

¡Unámonos y luchemos sin descanso por la reconquista de España!

Los españoles que están en el extranjero tienen la misión ineludible de ayudar por todos los medios a los que, dentro de España, dan su esfuerzo y su vida a la lucha. Este es también el deber de la solidaridad universal antifascista. Nosotros pedimos a la clase obrera de todos los países libres, cuya solidaridad ha sido nuestro mayor apoyo durante la guerra, que continúe ayudándonos, que luche con nosotros, unida, nacional e internacionalmente, contra el espantoso terror de Franco, por la vida de los millares de republicanos españoles en peligro de muerte, por una más amplia asistencia a los refugiados españoles y a los combatientes de las Brigadas Internacionales.

En este aniversario de nuestra gloriosa epopeya, cuando la promesa de seguir en la lucha hasta la victoria renueva el temple del heroísmo español, el Partido Comunista de España saluda a los que en todos los países han brindado sin tasa su solidaridad y su ayuda, y particularmente al pueblo soviético y a su gran jefe el camarada Stalin, los más firmes, los más entusiastas y los más generosos sostenedores de la causa de nuestra democracia.

¡Hoy más que nunca «la causa del pueblo español es la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva»!

Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos, antifascistas, españoles, patriotas todos: ¡Unámonos en un frente de hierro, en un frente indestructible, para expulsar pronto de España al invasor; unámonos más estrechamente que nunca, con más decisión, con más fervor todavía que en las gloriosas jornadas de julio para liberar a nuestro pueblo de la espantosa esclavitud a que le somete el fascismo!

¡Viva el heroico pueblo español que, a pesar del terror salvaje, combate por la reconquista de la República!

¡Viva la unidad de todas las fuerzas antifascistas!

¡Viva la República española!

El Comité Central

del Partido Comunista de España.

Crítica y bibliografía.

FRANZ WILLNER

La ciencia, contra las patrañas racistas

En la editorial de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., se ha publicado un libro muy oportuno en estos momentos titulado «*La ciencia de las razas y el racismo*».

Este libro ha sido compilado por el *Instituto de investigación antropológicas de la Universidad de Moscú*. Con razón, se dice en el prólogo:

«La publicación de este volumen es de una actualidad especial, en estos momentos en que los ideólogos de las capas más reaccionarias y más terroristas de la burguesía ensalzan las «teorías» del racismo, en que en los países fascistas y sobre todo en Alemania las «ideas de la raza y de la sangre» se convierten en la ideología oficial y en la justificación «de un sistema de bandidaje organizado», como lo llama J. Dimitrof» (pág. 4).

El presente volumen contiene la crítica de las tesis generales del racismo. Y no se limita a estudiar el racismo en su forma más extrema y más bestial, el racismo hitleriano, sino que analiza también las «teorías» racistas mantenidas en otros países y en la ciencia burguesa en general. El segundo volumen, en preparación, se consagrará especialmente a analizar el carácter de clase del racismo nazi.

Destacaremos algunos problemas, entre la multitud de los interesantes materiales contenidos en este volumen.

La leyenda de las razas «superiores» e «inferiores».

El nervio de la «teoría de las razas» de esa «peregrina teoría, tan alejada de la ciencia como el cielo de la tierra», según las palabras del camarada *Stalin* en el XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S. es la afirmación de que existen razas «superiores» e «inferiores». Esta afirmación pretende «demostrarse» haciendo extensivos a la humanidad los conceptos zoológicos, alegando la existencia de razas invariables y puras y definiendo y determinando las razas con la mayor vaguedad

y la mayor *arbitrariedad*. Así lo comprueba el hecho de que diversos sabios y «teóricos de las razas» burgueses hayan «definido» de diversos modos ¡de 2 a 150 razas distintas! Además, se afirma que es la raza la que determina *la lengua, la cultura y la historia* y que, en el fondo, todo el desarrollo de la cultura y de la historia se cifra en la sumisión de las razas «inferiores» a las razas «superiores» y en la dominación de éstas sobre aquéllas, con arreglo a las normas predeterminadas por la naturaleza.

Generalmente, los racistas, sobre todo los nazis, no se toman siquiera la molestia de pararse a «demostrar» sus afirmaciones sobre la existencia de razas «superiores» e «inferiores». Pero, a veces, los lacayos pseudoeruditos de los imperialistas y los fascistas en los distintos países aparentan demostrar «científicamente» esta afirmación. El libro a que nos referimos desmenuza estas afirmaciones de los agentes pseudocientíficos del racismo.

En primer lugar, pone de manifiesto que es absolutamente imposible trasplantar los conceptos de la *zoología* o ciencia de los animales al estudio del hombre. Semejantes ensayos tienen necesariamente que conducir a resultados radicalmente falsos. *El hecho fundamental de la antropología (ciencia del hombre) es aquello que hay de específico en el origen del hombre, en este proceso, único en el mundo de los seres vivientes, de sustitución de las leyes biológicas por leyes sociales.*

La afirmación de que las razas humanas son *invariables* contradice también a todos los datos de la ciencia. El artículo de introducción del profesor *Bunak* demuestra cuán *variables* son las características de las razas humanas con sujeción a los factores *sociales e históricos*. A este propósito, podemos recordar también las palabras de Marx:

«Hasta las diferencias naturales entre los géneros, como las diferencias de raza, etc..., pueden y deben eliminarse históricamente» *.

Asimismo es una fábula eso de que existan en ningún sitio ni de ningún modo razas «*puras*». Las razas humanas se han mezclado y cruzado siempre y en todas partes.

Otra «teoría» en que los racistas han intentado, repetidas veces, «apoyar» su afirmación de la existencia de razas «superiores» e «inferiores» es la «teoría» del *distinto origen* de las diversas razas humanas. Esta «teoría» racista opone al monogenismo, según el cual todos los hombres tienen un origen común, la «teoría» del poligenismo, que pretende que cada una de las grandes razas humanas descende de *distintas* formas del mundo animal. Jamás se ha aportado ni una sombra de prueba de esta afirmación chovinista; lejos de ello, todas las ciencias —la anatomía, la antropología, la etnografía, la arqueología—

* Marx-Engels, «La ideología alemana», Obras completas, ed. alemana, t. V, pág. 403.

demuestran lo contrario, o sea *la unidad* de los orígenes y desarrollo de toda la humanidad.

Esto no es obstáculo para que los celosos pseudoeruditos al servicio de los imperialistas y de los fascistas afirmen constantemente que ciertas razas humanas, sobre todo las razas de color, ocupan un nivel inferior de desarrollo. En estas «investigaciones», los racistas gustan de entretenerse en ensayos sobre el *cráneo* y el *cerebro* del hombre.

El profesor *Gremiatski*, en su artículo titulado «*Las características de las razas «superiores» e «inferiores» y los orígenes del hombre*», espiga estas «investigaciones» racistas y pone de manifiesto que, cuando no se las falsea totalmente, sólo demuestran lo *contrario*, a saber: que *todas* las razas humanas se hallan *igualmente alejadas* del mono. Con este criterio, examina las características del cráneo del hombre, que constituyen lo específicamente humano por oposición al mono, y concluye:

«Si se comparan los cráneos de las distintas razas humanas para ver si todas ellas han alcanzado el nivel característico del género «hombre», que distingue tan marcadamente a éste de los supremos primates, se ve manifiestamente que todas las razas sin excepción se hallan por entero dentro de esta fase de desarrollo. Las variantes raciales del cráneo no significan una aproximación mayor o menor a esta fase, sino que tienen una significación completamente distinta» (pág. 62).

Gremiatski examina especialmente a fondo los distintos intentos de los racistas de «demostrar», a base de las investigaciones sobre el cerebro humano y de ciertos detalles del cráneo relacionados con ellas (altura de la bóveda craneana, volumen de la cavidad craneana, ángulo facial, etc.), la «inferioridad» de ciertas razas, sobre todo de las razas negras, de los australianos y de otras razas de color. Dando de lado a estas intenciones y caracterizando los resultados efectivos de las investigaciones, escribe este profesor:

«El conjunto de las características fundamentales que reflejan la evolución del cerebro y de la adaptación de los huesos de la cabeza (y de la cara) a este proceso no permiten en lo más mínimo afirmar que ninguno de los tipos raciales de hoy se halle en una fase inferior de esta evolución o se desarrolle hacia la fase alcanzada ya por las otras razas «superiores». Esto viene a corroborar una vez más que todas las razas de la humanidad actual se hallan en la misma fase de filogénesis (evolución de las estirpes) y sólo representan variantes en uno u otro sentido» (pág. 71).

Otro truco predilecto de los racistas, que gustan de aplicar especialmente contra los negros de América, son los llamados «*análisis (tests) de inteligencia*». En su artículo titulado «*Sobre la investigación psicotécnica de las distintas razas y pueblos*», *J. Roginski* entra a examinar estos intentos encaminados a «demostrar» la mayor o menor inteligencia y capacidad de las distintas razas y, por tanto, la existencia de razas «superiores» e «inferiores». En primer lugar, los métodos de análisis empleados son, como pone de relieve *Roginski*, métodos muy arbitrarios y que reflejan los prejuicios políticos, sociales y casi siem-

pre racistas de quienes los aplican. En segundo lugar, en estos métodos se prescinde completamente del factor *social*. Así, por ejemplo, en ellos se comparan lisa y llanamente los resultados de los «tets» hechos para analizar la «inteligencia» de hijos de padres blancos ricos, rodeados de todos los cuidados, con los resultados del estudio hecho sobre los hijos de los negros oprimidos y socialmente humillados, cuya infancia se desarrolla en la miseria y en el abandono. Cuando el análisis recae realmente sobre personas que viven en condiciones relativamente análogas, por ejemplo sobre los estudiantes blancos y negros de una universidad o sobre los niños de las escuelas de Nueva York cualquiera que sea su color, conducen siempre al resultado de que la inteligencia y la capacidad de las distintas razas *son las mismas*.

Otro «argumento» que aducen los racistas para «demostrar» la existencia de razas «superiores» e «inferiores» es el atraso cultural de ciertos pueblos. Los imperialistas oprimen a una gran parte de los pueblos de la humanidad, los hacen objeto de una explotación inhumana, entorpecen por todos los medios su progreso y procuran fomentar su atraso diciendo que se trata de «razas inferiores». Luego, ¡se descuelgan diciendo que estos pueblos son «razas inferiores», como lo demuestra su «atraso cultural»! A eso se reduce el argumento de los lacayos racistas pseudoeruditos del imperialismo. Hace ya mucho tiempo que la ciencia, sobre todo la arqueología y la etnografía, ha demostrado que el mayor o menor atraso de ciertos grupos de la humanidad en el terreno cultural no tiene absolutamente nada que ver con las características raciales de estos grupos, del mismo modo que el mayor progreso social y cultural de otros grupos no puede atribuirse tampoco a sus características de raza. Este desarrollo responde a factores *económicos* y *sociales*, a factores *históricos*. Son éstos los que hacen que unos grupos de la humanidad se hallen más atrasados y otros más adelantados, con respecto al desarrollo general. Y a ellos se debe también el que grupos que habían sido siempre atrasados puedan convertirse de pronto en grupos progresivos, más avanzados incluso que otros que lo venían siendo hasta entonces. En su artículo titulado «*La «teoría de las razas» y la etnografía*», A. Solotariev escribe:

«La aparición del *homo sapiens* (del hombre) en la primera parte de la edad de piedra, en todas sus variantes raciales, vino a sustituir las leyes biológicas por las leyes sociales. La forma del hombre de Neandertal, forma «inferior» en el sentido de la historia del desarrollo, desapareció, convirtiéndose en el tipo del *homo sapiens*, al que pertenecen todas las razas que hoy existen. Gracias a este «salto», el nuevo hombre, en todas sus variantes de raza, se reveló igualmente capaz de desarrollar una actividad creadora cultural e intelectual. El atraso de unas razas y el progreso cultural de otras obedecen, desde entonces, exclusivamente a causas históricas y sociales. Pero las mismas causas históricas que han bastado para retener a los australianos en una fase inferior del desarrollo cultural —no, en modo alguno, del desarrollo biológico-racial—, son también lo suficientemente fuertes para hacer que los australianos se incorporen a las formas supremas de la cultura. La prueba de esto la tenemos en el ejemplo de los numerosos pequeños pueblos de Siberia a los que muchos antropólogos consideraban como de

raza «inferior» y que, no obstante, se han incorporado victoriosamente a la *más alta* de todas las culturas existentes hasta hoy: la cultura socialista» (pág. 130).

En efecto. La refutación más elocuente de todas las patrañas chovinistas e imperialistas sobre las razas «superiores» e «inferiores» es la *Revolución Socialista de Octubre*, es la *Unión Soviética*, la alianza fraternal de los pueblos soviéticos y su poderoso auge cultural. Permítanos, pues, citar aquí las palabras del camarada *Stalin* que sirven de lema al libro que comentamos:

«Antes, «solía» creerse que el mundo estaba dividido desde tiempos inmemoriales en razas inferiores y superiores, en negros y blancos, de los cuales los primeros no son aptos para la civilización y están condenados a ser objeto de explotación, mientras que los segundos son los únicos exponentes de la civilización, llamados a explotar a los primeros. Hoy, hay que considerar esta leyenda como destruida y desechada. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre es el hecho de haber asestado el golpe de gracia a esta leyenda, demostrando en la práctica que los pueblos no europeos liberados y atraídos al cauce del desarrollo soviético son capaces de impulsar una cultura *realmente* adelantada, no inferior en modo alguno a la de los pueblos europeos *.»

Raza, cultura e idioma.

Todas las investigaciones de la ciencia demuestran con una certeza incontestable que la cultura no tiene nada que ver con la raza y que el desarrollo cultural de la humanidad forma una unidad. *Solotariev* muestra en su artículo que todos los etnógrafos realmente grandes se han mantenido siempre en este punto de vista y que toda la etnografía científica constituye una única prueba de este hecho. Así lo ha expuesto con una claridad especial *Morgan*, cuyas investigaciones etnográficas a lo largo de muchos años le llevaron, como dice Engels en «Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado», a «volver a descubrir a su modo la concepción materialista de la historia». En su libro sobre «La sociedad primitiva», en el que se expone el desarrollo común de la humanidad desde el salvajismo a la civilización a través de la barbarie, escribe Morgan:

«Los inventos y los descubrimientos forman una serie ininterrumpida en la senda del progreso humano y revelan sus etapas sucesivas; estas instituciones representaban y han conservado para nosotros los hechos fundamentales que ilustran el camino recorrido. Su continuidad y su comparación revelan la unidad de orígenes de la humanidad, la coincidencia de las necesidades humanas en la misma fase de desarrollo y la analogía de las actividades del espíritu humano bajo un régimen social análogo» (pág. 131).

Así se explica también el *paralelismo* de los descubrimientos e inventos fundamentales de la humanidad y de las manifestaciones de la

* J. Stalin, «El carácter internacional de la Revolución de Octubre», en «Problemas de Leninismo», ed. española, pág. 239.

cultura, el hecho de que veamos surgir paralelamente y sin la menor relación entre sí y no pocas veces a decenas de miles de kilómetros de distancia, los mismos inventos, como el de la producción del fuego, el del hacha, el del arco y la flecha, el del arado, el de la construcción de viviendas, los ornamentos, etc. Es lo que la ciencia llama la *convergencia* del desarrollo cultural, el hecho de que, en una fase igual de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, surjan, sin relación alguna entre sí, elementos análogos de cultura, que van acercándose cada vez más entre sí en el desarrollo conjunto de la humanidad.

El mismo resultado a que conduce la etnografía científica, a saber: que el desarrollo de la cultura no tiene nada que ver con la raza ni con las características raciales, lo corrobora la *ciencia del lenguaje o filología*. En este terreno, fué el sabio soviético académico N. J. Marr quien rompió la marcha, echando por tierra las ideas y teorías racistas de la mayor parte de la filología burguesa.

Los filólogos burgueses «solían» considerar el lenguaje como manifestación de la raza, clasificando los idiomas en «familias idiomáticas» y adscribiendo cada una de ellas a una determinada raza. Según esto, las lenguas indoeuropeas o lenguas indogermánicas o arias, como las llamaban los seudoeruditos reaccionarios alemanes, se adscribían a una supuesta raza, a la raza «aria». N. J. Marr ha pulverizado esta construcción artificial, demostrando que todas estas tesis pertenecen al reino de las fábulas y que no son más que un reflejo del espíritu chovinista, imperialista, de la burguesía reaccionaria. En realidad, *el lenguaje no tiene absolutamente nada que ver con la raza*. En la formación del lenguaje, como en general en todo lo que afecta a la creación de la cultura, el factor decisivo es el factor *social e histórico*. Las familias idiomáticas raciales son una *invención*. La raza y el lenguaje no coinciden ni han coincidido jamás. El proceso de formación del lenguaje de toda la humanidad es un proceso *homogéneo*. Las lenguas indoeuropeas no son ni han sido jamás específicas de una raza. *La «raza aria» es una ficción, una invención; no hay tales «arios»*. Las lenguas indoeuropeas no son, en realidad, más que un perfeccionamiento, determinado por causas *sociales e históricas*, de las lenguas *jaféticas*, que han llegado hasta nuestros días en el lenguaje que se habla en Georgia y en Baskiria.

Ya en 1927 escribía el académico Marr:

«La filología soviética, que abarca actualmente todas las lenguas del mundo, coronó sus investigaciones al plantear el problema del entronque entre la ciencia filológica y la historia de la cultura material y del desarrollo social y al sentar la tesis de que todas las culturas del Oriente y del Occidente y todas las lenguas son fruto del mismo proceso cultural... Lo que hasta entonces se venía considerando como lenguas distintas unas de otras por sus diversos orígenes raciales, se demostró que era, simplemente, el resultado de diversas épocas. Cada «familia idiomática racial» resultó ser, no un grupo distinto por sus orígenes, sino un nuevo sistema, desarrollo del sistema precedente... En estos últimos tiempos, somos testigos del hecho comprobado de que desde el Japón y China hasta las costas del Océano

Atlántico, las expresiones fundamentales de la vida cultural y prehistórica son las mismas *.»

Marr llega a un resultado análogo al de Morgan. Como fruto de una labor de investigación que duró muchos años y a la que imprimió un impulso decisivo la Revolución de Octubre y la construcción victoriosa del socialismo en la Unión Soviética, mediante la alianza fraterna de pueblos iguales en derechos, Marr, una de las primeras figuras de la filología antigua, llegó a las posiciones del materialismo histórico y reconoció que el punto de vista de Marx, Engels, Lenin y Stalin es el único acertado y científico.

En su artículo titulado «*Razas, idiomas y culturas*», G. Debetz se asigna la tarea de investigar las teorías racistas del idioma, sobre la base de los datos de la antropología. Plantea el problema de si los datos de la ciencia antropológica permiten llegar a la conclusión de que las pretendidas «familias idiomáticas» proceden cada una de ellas de una raza distinta, como fruto de la creación de ésta. Y después de examinar las investigaciones antropológicas realizadas sobre los pueblos cuyas lenguas pertenecen a tres sistemas idiomáticos distintos, el *indoeuropeo*, el *jafético* y el del *Ural-Altai*, llega a la siguiente conclusión:

«Los datos de la antropología, que... hemos examinado en tres sistemas, nos revelan que cada uno de éstos se ha desarrollado en un medio racialmente heterogéneo y que ni hoy ni a lo largo del proceso de formación del sistema idiomático éste se halla ni se ha hallado nunca vinculado a una determinada raza, sin que pueda afirmarse, en modo alguno, que ninguna característica racial haya influido en la formación de estas lenguas. Los datos de la antropología confirman plenamente la nueva teoría del lenguaje formulada por N. J. Marr, según la cual la llamada afinidad de las lenguas constituye un fenómeno social» (pág. 117).

Así es cómo todos los resultados a que nos lleva la verdadera ciencia echan por tierra las afirmaciones de la «teoría de las razas», «teoría» imperialista y fascista.

Los sabios soviéticos a los sabios del mundo entero.

La obra que comentamos no se dirige solamente al lector soviético, sino también a los sabios de los demás países. A los verdaderos hombres de ciencia, es decir, a aquellos que, como escribe S. Tolstov en su artículo titulado «*El racismo y la teoría de los círculos culturales*», tienen en alta estima la conciencia científica y marchan por la senda de la ciencia progresiva. En una hoja especial añadida al libro se contienen algunas manifestaciones dignas de interés en este sentido. En ella, se dice que la obra se hallaba ya en prensa cuando se desataron sobre la Alemania hitleriana los bestiales pogromos de judíos. Y se añade:

* «En memoria del académico N. J. Marr» (1864-1934), Academia de Ciencias de la U.R.S.S., 1938, ed. rusa, pág. 9.

«La orgía salvaje de los sangrientos pogromos de judíos, que han provocado la indignación de las grandes masas dentro de la propia Alemania, ha revelado a la democracia burguesa de la Europa occidental y de América a dónde conducen las «ideas de la raza y de la sangre» del fascismo. Como es sabido, el Presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, ha condenado enérgicamente la política sangrienta del fascismo alemán. Informados por el mismo espíritu, han reaccionado contra los pogromos de judíos desatados en Alemania los antropólogos ingleses y norteamericanos, entre ellos algunos cuyas doctrinas no estaban libres de ciertos errores teóricos en el modo de tratar las razas humanas. El abismo entre los «sabios» fascistas y los verdaderos hombres de ciencia del mundo entero se ha hecho todavía más hondo. Los sabios soviéticos tienen la misión de seguir manteniendo una lucha implacable contra todas las invenciones racistas contrarias a la ciencia. Y están seguros de que encontrarán, en esta lucha, el apoyo activo de los sabios progresivos y avanzados del mundo entero.»

La marcha de los acontecimientos viene a confirmar, día tras día, que esta confianza de los sabios soviéticos no es equivocada.

MINISTERIO
DE CULTURA



Crónica de acontecimientos

Las provocaciones de guerra del triángulo guerrero Berlín-Roma-Tokio han revestido en estas últimas semanas un carácter extraordinariamente amenazador. La agudización de la situación en Dantzig y en el Extremo Oriente responde, sin ningún género de duda, a un plan común de operaciones de los agresores fascistas. Aletados por las escandalosas maniobras dilatorias del reaccionario gobierno inglés en las negociaciones para el pacto con la Unión Soviética y por las equívocas declaraciones de Chamberlain y de sus alabarderos franceses, declaraciones que sólo pueden interpretarse como el preludio de un nuevo Munich, los fascistas alemanes han anunciado la incorporación de Dantzig al Reich Gran-alemán como un acontecimiento inminente y han tomado en Dantzig toda una serie de medidas militares. Al mismo tiempo, la pandilla militar japonesa ha emprendido nuevas agresiones contra la República Popular de Mongolia y ha provocado serios encuentros con las tropas soviético-mongolas.

Un periódico burgués, la «Basler Nationalzeitung», publicaba el 5 de julio un interesante artículo en el que se declaraba descaradamente que ciertos grupos poderosos de la City de Londres, aun viendo en el fascismo alemán un peligro para sus intereses de gran potencia, lo consideraban, al mismo tiempo, como un instrumento útil contra la Unión Soviética, contra el socialismo. Y añadía :

«Si, por último, gracias a la política de resistencia inaugurada ahora por las potencias occidentales, llegase el día en que se hundiesen los sistemas totalitarios, ¿no sería el comunismo el que saldría beneficiado en la Europa central? Y, aunque la caída del Tercer

Reich no provocase en la Europa central un movimiento comunista, estos círculos dan por seguro que Europa se vería anegada por una ola de izquierdas de consecuencias incalculables. Incluso allí donde hoy se organiza a la fuerza la resistencia, se preferiría pactar con un nacionalsocialismo o con un fascismo con el que pudiera tratarse...»

Pocos días después de aparecer este elocuente artículo, Chamberlain formuló una declaración sobre la situación de Dantzig, en la que se decía :

«Tal vez en una atmósfera más despejada pudieran discutirse posibles arreglos... En su discurso del Reichstag del 28 de abril, Hitler declaró que si el gobierno polaco deseaba entablar nuevas negociaciones acerca de sus relaciones con Alemania, esta sugestión sería bien recibida. El gobierno británico considera que la evolución que han tomado últimamente las cosas en Dantzig ha empañado la confianza y que actualmente es difícil crear una atmósfera en la que prevalezcan las reflexiones razonables.»

Pero, dos días más tarde, el embajador alemán en París era recibido por Daladier. El contenido de esta entrevista se guardó en el mayor de los secretos, pero en los círculos diplomáticos corrió la voz de que se preparaba una «inteligencia» sobre Dantzig y de que los gobiernos inglés y francés estaban dispuestos a permitir a Hitler la «anexión» de Dantzig, siempre y cuando que su puerto fuese concedido a Polonia como puerto libre. Las líneas de una nueva capitulación de Munich se dibujan cada vez más claramente y todos los pueblos, todas las fuerzas de la paz deberán redoblar sus esfuerzos para impedir que se consume la más grave y peligrosa capitulación ante el agresor fascista.

La carrera desenfrenada y suicida de los militaristas japoneses.

Para agudizar la tensión y facilitar a los agresores alemanes y a los capitalistas japoneses han procedido a tutadores su juego en Europa, los minuevas y descaradas provocaciones de guerra contra la Unión Soviética.

Con ellas, no aspiran solamente a vengarse de la dura derrota que se les infligió en el Lago Jasan, sino que pretenden, además, salir a flote de la enmarañada guerra de China, brindar a los círculos más reaccionarios de la burguesía de los Estados no agresivos sus servicios contra la Unión Soviética y desencadenar a todo evento una guerra mundial, poniéndolo así todo a una carta y desalojando del Extremo Oriente a Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Las camarillas militares imperantes en el Japón, después de dos años de intentos bárbaros pero infructuosos para avasallar al pueblo chino, se hallan en un estado de espiritual, que se ven empujados de una aventura a otra. Presintiendo su bancarrota militar y política en China, intentan ahora, por medios equivocados, «corregir» su suerte guerrera en las fronteras de la República Popular de Mongolia. En cada uno de estos intentos, las tropas japonesas han sido rechazadas por las fuerzas soviético-mongolas, teniendo que retirarse de la frontera con la cabeza descalabrada. Pero, cuanto más sensibles son sus pérdidas, más histéricos y fantásticos se hacen los «partes de victoria» del ejército japonés de Kuantung. Frente a estas mentiras insensatas, las informaciones veraces del Estado Mayor de las fuerzas soviético-mongolas brillan por su carácter concreto, por su sobriedad y claridad. En realidad, los militaristas japoneses han podido comprobar una vez más la formidable capacidad combativa y la superioridad militar del Ejército Rojo y se han dado cuenta con terror de que hasta en las tropas escogidas

del Ejército japonés empieza a germinar la semilla de la descomposición.

Amenazas con las señas equivocadas.

No contentos con los golpes que reciben en la frontera mongola, los agresores japoneses, engallándose, han dirigido al Gobierno Soviético una nota desvergonzada en la que formulan exigencias respecto al norte de Sajalin, donde los concesionarios japoneses infringen sistemáticamente sus obligaciones y estafan a los obreros soviéticos. El Gobierno Soviético se ha negado incluso a recibir esta nota, por las amenazas que en ella se contienen. La Unión Soviética ha hecho ver una vez más que estas amenazas no le impresionan en lo más mínimo. La U.R.S.S. no se deja apartar por estas maniobras, sobre todo, de su deber de ayudar al pueblo chino en lucha por su libertad, a diferencia de los gobiernos burgueses de la Europa Occidental, que pretenden convertir su política en China en objeto de chalaños a costa del pueblo chino. Aunque Chamberlain ha declarado en la Cámara de los Comunes que las negociaciones anglo-japonesas de Tokio sólo se refieren a los incidentes de Tien-Tsin, el «Times», órgano de Chamberlain, se ha ido ya un poco más de la lengua. En un artículo, ha comentado con benevolencia las llamadas reivindicaciones mínimas del Japón contra China, dando aire a la afirmación japonesa de que en ciertos círculos del Gobierno Nacional de China existe también el deseo de concertar la paz. Las llamadas reivindicaciones mínimas del Japón tienden a la colonización directa de la China del Norte y a la tutela política sobre toda China, asegurando en Yangsetal posibilidades de explotación a los grupos de capitalistas ingleses y de otros países. Este artículo del «Times», destinado a tantear prudentemente el terreno, merece ser tomado muy en consideración por todos los amigos del pueblo chino, pues deja entrever que

el gobierno Chamberlain está dispuesto también a consumir una traición en el Extremo Oriente.

Que China se halla dispuesta a luchar hasta asegurar de un modo definitivo su independencia nacional, lo ha confirmado también recientemente Chang-Kai-Chek en un mensaje dirigido al pueblo chino. Al mismo tiempo, ha dirigido un llamamiento al pueblo japonés saliendo enérgicamente al paso de las afirmaciones del Japón de que trata de «salvar a China del comunismo».

La deuda de sangre de los llamados Estados «democráticos».

En estas últimas semanas, ha salido a la luz de la opinión pública inglesa y norteamericana el hecho monstruoso de que los Estados Unidos, el imperio inglés y Holanda, con sus colonias, cubren casi la totalidad de las importaciones de material de guerra del Japón, compartiendo con ello la responsabilidad por la matanza del pueblo chino. Cada vez son más las voces que se alzan en Norteamérica e Inglaterra pidiendo que se suspendan inmediatamente los suministros de material de guerra al Japón y se boicoteen las mercancías japonesas. La opinión pública es, indiscutiblemente, partidaria de que se apliquen medidas resueltas contra los agresores japoneses. De lo que se trata es de imponerlas, haciendo frente a la resistencia de ciertos gobiernos y a los explotadores capitalistas.

La lucha de Roosevelt contra los saboteadores de su política.

La Cámara de los Representantes de los Estados Unidos ha aprobado bajo una forma muy diluida una propuesta de revisión de la «ley de neutralidad», lo que la prensa fascista de Europa ha comentado jubilosamente como una derrota de Roosevelt. Hasta ahora, el

Senado norteamericano no se ha mostrado dispuesto a revisar la llamada ley de neutralidad, ley que, en el fondo, significa un apoyo indirecto a los agresores. El Presidente Roosevelt se ha manifestado públicamente en contra de este sabotaje de su política de paz. El Presidente y con él grandes sectores del pueblo norteamericano comprenden claramente que la actitud de los políticos aislacionistas sólo aprovecha a los agresores y que, por otra parte, el suministro de material de guerra norteamericano a las víctimas de la agresión, sin las trabas de la «ley de neutralidad», contribuiría considerablemente a hacer retroceder a los promotores de la guerra.

Una mayoría formada por demócratas reaccionarios y republicanos ha conseguido restringir considerablemente la oferta de trabajo, poniendo con ello en peligro la mísera existencia de cientos de miles de obreros en estado de penuria, alargando la jornada de trabajo de estos obreros y dejando a la calle a los actores parados, etc. empleados en representaciones teatrales subvencionadas por el gobierno.

Los trabajadores de Francia marchan bajo la bandera del Frente Popular.

Con ocasión del 150 aniversario de la toma de la Bastilla, los trabajadores de Francia se han manifestado en masa para testimoniar su fidelidad a la idea del Frente Popular. En París desfilaron unos 250.000 y en Marsella unos 100.000 afiliados a los sindicatos, comunistas, socialistas y republicanos, bajo la consigna de: «¡Atrás el fascismo y la traición!» En otras ciudades de Francia, se organizaron manifestaciones de masas igualmente nutridas. Bajo pretextos nimios, la dirección del Partido Socialista se negó a organizar una manifestación en común con el Partido Comunista. Pero los afiliados al Partido Socialista y al Partido Radical Socialista no se abs-

tuvieron por ello de manifestarse en unión de sus hermanos comunistas contra el enemigo exterior e interior. Las detenciones de conocidos periodistas de la prensa reaccionaria a sueldo de Hitler y que recibían de Berlín sus instrucciones, han venido a demostrar lo extendida que se halla la trama de la traición contra la República francesa y al servicio del fascismo hitleriano.

Pérdidas de votos del Partido Laborista inglés.

Las elecciones parciales celebradas en el distrito inglés de Caerphilly han dado como resultado la reelección de

un diputado laborista, pero con una pérdida de votos, en números redondos, de 5.000 en comparación con los obtenidos en las últimas elecciones generales a la Cámara de los Comunes. El candidato gubernamental obtuvo unos 1.600 votos más que en estas elecciones generales. Como se ve, la dirección del Partido Laborista no puede ni siquiera mantener bajo su bandera a los antiguos electores, y mucho menos conquistar nuevos votos. He ahí a lo que conducen los acuerdos antiunitarios de la Conferencia anual del Partido Laborista y su repulsa de la agrupación de todas las fuerzas de la oposición contra Chamberlain.

Le Gérant : HENRI HANRIOT.



IMP. COOPERATIVE ETOILE
18-20, Fg du Temple, Paris-11^e

Printed in France

MINISTERIO
DE CULTURA



Ediciones Europa-America

París-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

José DIAZ

TRES AÑOS DE LUCHA

Una recopilación de todos los artículos y discursos de José Díaz, Secretario general del P.C. de España, desde 1935 hasta 1939. La mejor historia de la gloriosa lucha del pueblo español contra el fascismo

Un volumen de 700 páginas 18 fr.

La Internacional Comunista

Revista mensual

Precio de cada ejemplar:

En Francia, **4 francos**; en México, **40 centavos**;
en los EE. UU. y demás países, **0,15 dólar**

Pedidos en Francia a : Bureau d'Éditions, 31, Boul. Magenta, Paris (X^e); E.F.E.P., 3, rue Montholon, Paris (IX^e); C.D.L.P., 25, rue d'Alsace, (X^e).

— **México a : Editorial Popular, Avenida Hidalgo, 75, México D. F.**

— **Chile a : Editorial Antares, San Francisco, 347, Santiago.**

— **Cuba a : Editorial Páginas, Apartado, 2213, Habana.**

— **los Estados Unidos a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York.**